Libros del Asteroide

Charlotte Wood

El retiro

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



Charlotte Wood

El retiro

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos

Libros del Asteroide

Primera edición, 2026
Título original: *Stone Yard Devotional*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Charlotte Wood 2023

© de la traducción, José Gabriel Rodríguez Pazos, 2026
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Pieter Estersohn / Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 979-13-88056-26-0
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

A Jane Palfreyman

Me sentí escarmentado del mundo.

Nick Cave

Esto es lo que he decidido hacer con mi vida
en este momento. Me ocuparé en este ejercicio
de recuerdos transformados —deformados, incluso—
y llevaré esta vida: la que llevo hoy.

Elizabeth Hardwick

Primera parte

Día Uno

Llego finalmente hacia las tres. El sitio parece un balneario de los años setenta o una ecocomuna, pero no es acogedor. Carteles en las vallas, o en pequeños postes junto a los caminos: PROHIBIDO EL PASO. PROHIBIDO APARCAR. Un lugar de trabajo, no de diversión.

Aparco en un punto indeterminado, cerca de una valla, y permanezco sentada en el silencio del coche.

De camino hacia aquí paré en el pueblo y visité la tumba de mis padres por primera vez en treinta y cinco años. Tardé en encontrarlos en lo que llaman el «cementerio del césped», la zona nueva, separada por un vallado —¿por qué?— del cementerio originario, con sus sinuosas hileras de cruces y sus lápidas de piedra blanca. La parte antigua está custodiada por unos pinos negros enormes; los cuervos y las cacatúas chillan en sus altas ramas. Por el contrario, el cementerio del césped es una extensión llana y aburrida, surcada de hileras en curva de lápidas feas, todas de las mismas dimensiones. Más ordenado, supongo (¿por qué tiene que ser ordenado un cementerio?).

No hay césped, solo hierba seca y polvorienta.

Para encontrar a mis padres tuve que recordar la sensación de frío y desprotección —física, me refiero— que experimenté en cada uno de sus funerales, como si ese lugar donde los depositaron, primero a mi padre y después a mi madre, en huecos contiguos excavados en la tierra, estuviera rodeado de un espacio excesivo. (En aquel momento me pareció una falta de sensibilidad bajar a una persona a un agujero en el suelo utilizando cuerdas en vez de brazos.) Pero al caminar esta vez por el cementerio, el recuerdo de esa sensación me ayudó a localizar el sitio. Me planté delante de las lápidas de mi madre y de mi padre, dos trozos de piedra pulida y cortada por una máquina. El

color y el diseño de las lápidas, lo mismo que las palabras que tenían grabadas, no parecían guardar relación alguna con mis padres, aunque debí de ser yo quien las eligió y aprobó.

Alguien había puesto unas flores de plástico horrorosas en la pequeña rejilla que hay junto a las lápidas. Quizás unos voluntarios se ocupan de poner flores artificiales en las tumbas que no visita nadie. ¿Quién si no iba a preocuparse del lugar donde están enterrados mis padres después de tanto tiempo? El plástico de las flores se había vuelto gris, aunque en tiempos seguramente había sido de colores chillones, como las que sobresalían de los pequeños floreros de otras lápidas: pétalos sintéticos de formas irregulares, morados, granates y blancos, con tallos de color verde oscuro jalonados con nudos y hojas artificiales.

De pie sobre la hierba, miré aquellas flores tan feas y los nombres de mis padres tallados en las lápidas que tenía delante. Y pensé: *Vuestros huesos están aquí, bajo mis pies*. Me senté sobre los escasos palmos de tierra que separaban sus cuerpos del mío, me besé los dedos y los apreté contra la hierba seca.

Al volver al coche recordé algo más: una llamada, muchos meses después de la muerte de mi madre. Una voz de hombre que me decía en un susurro que la lápida estaba lista. Me recuerdo de pie, junto a la puerta del lavadero, con el teléfono en la mano, impávida por fuera mientras todo en mi interior se desmoronaba. Como si una montaña de arena colapsara dentro de mí.

Hacia el final del trayecto el cielo se oscureció y empezó a lloviznar. La carretera comenzó a zigzaguear por una pronunciada pendiente —mi coche subía a duras penas por el asfalto húmedo—, adentrándose en un túnel de densa maleza para abrirse al otro lado a estas llanuras infinitas, agrestes y peladas como el ante desgastado.

Nombres de sitios que creía olvidados volvieron a mí uno a uno: Chakola, Royalla, Bredbo, Bunyan. Jerangle, Bobundara, Kelton Plain, Rocky Plain, Dry Plain, como las cuentas de un rosario. Como

si nombrara los huesos de mi propio cuerpo.

Poco después de llegar sale el sol. Me bajo del coche, miro a mi alrededor e intento averiguar adónde tengo que ir. Hay unos cedros de Tasmania escuálidos, unos pocos eucaliptos empapados, mucho silencio. Tres o cuatro pequeñas cabañas de madera pintadas de un color oliva apagado; tejados a dos aguas de chapa verde.

Deambulo hasta que encuentro una cabaña con un cartel en el que se lee OFICINA y llamo a la puerta. Aparece una mujer que se presenta como la hermana Simone. Lo pronuncia *Sim*one, con algo de acento (¿francés?). Edad indeterminada, semblante serio pero apacible al mismo tiempo. Enjuta. Dientes bastante amarillentos. Se disculpa por no haber salido a recibirme; tiene cosas que hacer, pero, si espero un poco, la gobernanta me enseñará el sitio. Me dice con una amplia sonrisa —una mueca, más bien— que me ha buscado en internet y que mi trabajo parece «muy admirable». Su tono me resulta sutilmente insultante. Sonrío y le digo que internet es muy engañoso. Se queda callada un momento y después dice que salvar a criaturas de Dios es sin duda un trabajo importante. Está un tanto contrariada, creo. No parece acostumbrada a que le lleven la contraria. Nos dedicamos amplias sonrisas la una a la otra y cierra la puerta de la oficina.

Anita, la gobernanta. Habladora y de trasero amplio. Tirita un poco a pesar del chaleco granate de lana que lleva sobre una blusa turquesa; pantalones azul marino. Me enseña los edificios y la finca, me guía sin parar de hablar, y yo apresuro el paso detrás de ella. Ella nunca podría ser monja —imagine tener que levantarse a las cinco de la mañana para maitines. ¡En invierno! Además, no pueden ver Netflix: «Yo no podría con eso»—.

Descruza los brazos cada vez que quiere señalar algo —tienda, huerto antiguo, cabañas de huéspedes; hace un gesto para mostrarme, a lo lejos, los cercados, una pequeña presa—, los vuelve a cruzar para combatir el frío y seguimos andando hacia una pequeña capilla de piedra. Abro la boca para decir: *No se preocupe, no necesito ver el*

interior, pero no quiero ser descortés. Abrimos una puerta ancha de madera y entramos. El parloteo de Anita no cesa, pero se vuelve susurro, aunque no hay nadie en la iglesia. Se acaba de enterar, dice, de que a esto no se le llama capilla —las capillas son propiedad privada—. Esto es una iglesia consagrada. Cuando entran aquí se llama la liturgia de las horas, musita, articulando estas palabras como si las dijera en una lengua extranjera. Que supongo que lo es.

Anita señala una esquina: «Ahí es donde se sienta *usted*».

Cuatro bancos apartados en un lateral, separados de los del centro de la iglesia, que imagino que son los que usan las monjas. Los bancos de los huéspedes son más pequeños que los de ellas, de diseño más moderno y madera de pino clara. Cada sitio está marcado con un cojín marrón, liso y cuadrado, y, delante, hay un reclinatorio de la longitud del banco, con un acolchado de cuero marrón. Anita espera que le demuestre que sé cómo sentarme. El asiento es sorprendentemente cómodo.

Junto al altar hay un sencillo atril de madera, delante de un enorme crucifijo colgado en la pared encalada.

Cuando nos vamos, Anita se detiene para mostrarme un centro de flores muy grande, en el suelo, debajo del crucifijo. Lo hizo una de las oblatas, dice. Mascullo un sonido indefinido. Sí, asiente Anita, y suspira con admiración. Es una oblata muy pero que muy creativa.

No le digo que no tengo ni idea de lo que es una oblata.

Anita hace la siguiente parada de la visita junto a una nevera-congelador de dos puertas en una galería. Abre la puerta de la nevera para enseñarme los estantes con huevos, leche y algunas manzanas. Cierra esa puerta con un golpe, abre el congelador y veo pasteles de carne en envases individuales y paquetes con cuatro rebanadas de pan integral cada uno. Esta comida es para los que no quieran comer en el comedor, explica.

No veré a las monjas más que en la iglesia, me advierte, como si me fuera a llevar una decepción. Las monjas viven en otro edificio, alargado y bajo, aislado por un seto y situado detrás de la iglesia: una zona escondida a la que no pueden acceder los huéspedes.

Por fin, mi cabaña, a la que Anita se refiere con el nombre de un santo que olvido inmediatamente. Las cabañas cercanas parecen desocupadas, pero ¿quién sabe? No pregunto si hay otros huéspedes. El sitio da la impresión de estar bastante vacío.

Anita abre la puerta con una llave, entra, descorre las cortinas y me enseña el mando a distancia del aparato de aire acondicionado de ciclo inverso. («Aquí hace mucho calor en verano, le sorprendería, pero mire, está en "calor", ¿ve el símbolo del solecito?»). Coge un folleto plastificado de un pequeño escritorio —«Todo lo que necesita saber está aquí»— y lo vuelve a depositar donde estaba. Hace un gesto con la mano hacia la pequeña cocina, los botes, los armarios de la vajilla y, en dirección contraria, hacia el oculto cuarto de baño. Después me sonríe y suelta un suspiro definitivo, como si las formalidades hubieran concluido y pudiéramos sentarnos a tener una conversación en condiciones. Le doy las gracias con resolución y me dirijo a la puerta. Parece aceptar que no tengo ganas de charla y se va.

Sola por fin, después de ojear el folleto y traer mis cosas del coche, me tumbo en el suelo, en el sitio sobre el que se proyecta la pálida luz del sol de la tarde. La bomba de calor funciona bien; la habitación no tarda en calentarse. La luz que entra por la ventana ilumina un pequeño crucifijo de madera colocado en la pared, encima del escritorio. El silencio es tan denso que me hace sentir rica.

Mi teléfono vibra y doy un respingo. Alex ha aterrizado en Heathrow; sus nuevos compañeros van a recogerlo. Contesto y me vuelvo a tumbar en el suelo. Ninguno ha dicho nada todavía, pero los dos sabemos que yo no lo voy a seguir. Los dos sabemos que él se sentirá aliviado.

Me doy cuenta de que aquí —una vez que Anita te da la llave y se aleja caminando con sus botas de piel de oveja— sería posible pasarse toda la estancia sin ver ni oír a un alma. Se acepta, lo dice el folleto plastificado, que los huéspedes puedan querer una soledad total, y son libres de no unirse a los demás para comer o para el culto. Se debe evitar el ruido. Nadie tendría por qué saber, hasta el final de la estancia, que uno ha decidido poner fin a su vida aquí, sobre la limpia

moqueta de una habitación caliente y silenciosa. En este momento no se me ocurre un acto de bondad más grande que ofrecer semejante privacidad a un desconocido.

Pero mi huida es de un tipo diferente, menos definitivo.

Desde algún punto al otro lado de mi ventana llega el tenue cacareo de unas gallinas.

A las cinco decido intentar espabilarme uniéndome a las monjas en vísperas. Recorro el camino que conduce a la pequeña iglesia bajo la luz que declina, envuelta en silencio. El único sonido es el de mis pasos sobre la gravilla. Me siento en la fría iglesia y espero. Estaba equivocada en lo de que no hubiera otros huéspedes: dos mujeres se acercan decididas a la primera fila de los bancos de las visitas y se sientan. Parecen sentirse como en casa. Entonces, por una puerta en el extremo opuesto de la iglesia, empiezan a entrar las monjas, de una en una o de dos en dos. Hábitos marrones largos, cuello blanco. Algunas llevan las manos bajo el delantal que les cuelga sobre el hábito. Una de ellas, muy anciana, entra en una silla de ruedas eléctrica que da un ligero bote al pasar por encima de un resalte en el umbral de la puerta. Otra utiliza un andador. Son ocho en total: la mitad, al menos, bastante mayores. La hermana Simone también está. No nos mira; ninguna lo hace.

Sus bancos tienen un frontal de madera panelado, por lo que solo se las ve de cintura para arriba. Comienzan a cantar una serie de oraciones que me resulta imposible encontrar en los dos folletos fotocopiados que hay en mi banco, uno con pentagramas y otro con las letras de los salmos. Las monjas tienen voces muy agudas y muy finas, alguna muy bonita. Es una especie de cantinela: las mismas siete u ocho notas, repetidas una y otra vez. Hay un fiel sentado un par de bancos por detrás de mí. Una voz de hombre suave y grave, interrumpida de vez en cuando por un carraspeo. El canto me hipnotiza, hasta que encuentro la página precisa en el folleto preciso y descubro que la letra es toda ella una denuncia de tal mal o de tales enemigos de Dios. La delicadeza de la cadenciosa cantinela contrasta con la contundencia de las palabras.

Al mirar a las mujeres me convenzo de que las palabras que cantan carecen de significado; de que este ritual es puro cuerpo y subconsciente. Cíclicamente, siguiendo una señal que no logro identificar, hacen una profunda inclinación detrás del frontal de sus bancos y desaparecen durante un minuto. Y reaparecen después. Yo pienso en el yoga: tiene el mismo rítmico sosiego, la misma sumisión pausada, femenina.

Cuando todo acaba, me quedo un rato sentada después de que las monjas y las mujeres que están delante de mí (y el hombre al que no he visto) se han ido. Cuando por fin salgo, la iglesia está completamente vacía. Atravieso la penumbra del anochecer en dirección a mi cabaña.

Me impresiona la tranquilidad.

Para cenar tomo dos cuencos de cacahuetes y tres vasos de vino.

El dolor de espalda es ahora intenso, agravado por las seis horas de conducción y el banco de madera, duro a pesar del cojín. Me tumbo en la moqueta con los brazos extendidos. Cuando me despierto veo a Jesús, que me mira desde su cruz.

Día Dos

He dormido mal. La luz de la señal verde de salida que hay encima de la puerta de mi cabaña brilla demasiado y el crujido de la madera golpeada por el viento me han desvelado. Me levanto a las cinco y media, me ducho y me preparo un café. Consigo conectar un momento el teléfono —la cobertura es muy mala, pero se supone que de eso se trata cuando vienes aquí— y me entran varios correos electrónicos, uno de ellos de Alex, breve y animado. Leo algunos, pero me siento incapaz de contestar ninguno. Debería configurar una respuesta automática, pero incluso eso se me antoja una tarea imposible. Me siento con mi café en el pequeño escritorio de madera y observo cómo el cielo se ilumina poco a poco tras las copas de los cedros de Tasmania. Escucho el viento que amaina.

A las siete y media, movida por la curiosidad, voy a laudes. (¿Qué otra cosa pensaba que iba a hacer aquí? Dormir, supongo. Decidir, quizá, sobre Alex, sobre mi trabajo. Llorar. Esconderme.) Al cerrar la puerta de la cabaña me llega el aire frío y limpio del alba que baja de las montañas; y el sabor de ese aire, como si viniera de la infancia.

El sol va ascendiendo y penetra a chorros en la iglesia cada vez que se abre la enorme puerta de madera. Las monjas entran en silencio. La del andador es la primera en llegar. Puede que sea la que toca el órgano, aunque desde mi sitio, en la parte trasera de la zona de huéspedes, no consigo ver lo que hay detrás de la esquina. Otra enciende las velas: una cerca de su puerta, otra junto al atril y dos en el suelo, a los pies del crucifijo.

El canto es cautivador, sobre todo cuando armonizan. Una monja dirige el salmo y las demás repiten a coro un estribillo. Laudes, como vísperas, dura media hora.

Después viene la eucaristía (¿es lo que llaman también tercia?), a las nueve.

Durante laudes me doy cuenta de que estoy pensando *pero ¿cómo consiguen hacer algo estas mujeres?* Con todas estas interrupciones, un día y otro, obligadas a dejar lo que tienen entre manos para dirigirse a la iglesia cada dos horas. Entonces lo entiendo: no es una interrupción del trabajo; es el trabajo. Esto *es* lo que hacen.

Las velas de la iglesia son sencillas, blancas, y tienen un olor agradable. Como de hierbas o de canela. Un deje a incienso, pero no embriagador.

En la iglesia me invade una inmensa serenidad. Intento analizar lo que sucede, pero la tranquilidad en la que estoy inmersa es tan misteriosa y profunda que me impide pensar. ¿Tendrá que ver con permanecer casi completamente pasiva, aunque participando de algún modo? O quizá solo se debe a estar en un sitio tan *silencioso;* un lugar dedicado por entero al silencio. En nuestra época, este tipo de quietud resulta radical. Ilícita.

Vuelvo más tarde, para sexta. Son solo unos veinte minutos. Se repite la misma melodía para los distintos salmos, con una redundancia que acaba por fatigarme, y a duras penas consigo mantenerme despierta. Su canto es como un repique, un sonido de tipo medieval: imprevisto y desequilibrado pero armonioso, con esas voces finas y atipladas. Cantan todo muy despacio. Es hipnótico. Las palabras parecen no tener sentido. Hablan mucho de gente malvada que intenta destruir al narrador de los salmos. *Todo el día me aplastan mis adversarios.* Adversarios y enemigos decididos a masacrar y aniquilar. Todo eso canturreado por un puñado de monjas retiradas aquí, en las llanuras altas y secas de Monaro, lejos de cualquier sitio.

Cuando acaba sexta, dos monjas se acercan al centro de la iglesia desde puntos opuestos, se inclinan ante el crucifijo, se giran, se inclinan una frente a la otra y se van. Las dos siguientes llegan al centro, se inclinan ante Jesús y después una frente a la otra. Y así sucesivamente, hasta que no queda ninguna.

El almuerzo puede ser en una mesa «compartida con otros huéspedes» —no, gracias— o para llevar. Voy al comedor con mi cesta y un par de tarteras de mi cabaña. Cuando Anita me explicó esta opción me pareció romántica: lo de llevar tu cesta y llenarla de comida. Imágenes de mimbre y paños de cocina a cuadros, en plan Caperucita Roja. Pero resulta que la cesta es de esas de plástico que usan en las cajas rápidas de los supermercados. La decoración (si es que se puede hablar de decoración en un convento) es muy simple: naíf y ridícula, en cierto modo. Como la que tendría en su casa una tía anciana, pero con crucifijos en vez de cuadritos de «Dios bendiga cada rincón de esta casa». La comida de hoy consiste en gruesas lonchas de jamón york, algo de *chutney* de color amarillo chillón, una sencilla ensalada de lechuga, junto a la que han puesto una botella con «aliño italiano», y zanahorias, patatas y chirivías asadas, todas un poco duras. También hay un cuenco grande de puré de patata con aspecto de engrudo, del que me abstengo. El postre es una especie de pudin de manzana. El pudin está bueno; todo lo demás es muy normalito. Nadie querría comer esto todos los días de su vida. Los demás huéspedes —las dos mujeres al menos; al hombre no lo he visto— no levantan la mirada cuando paso por delante de ellas. Lo cual me parece estupendo.

El almuerzo es la comida principal del día, y de la cena se debe ocupar cada uno con los numerosos briks y latas de una ración que tenemos en nuestras cabañas. Yo me he reservado dos lonchas del jamón york del almuerzo para tomármelas en la cena con una lata de alubias en salsa de tomate. Los armarios de mi habitación son como los de esa especie de despensa que había en los moteles rurales de mi infancia. Todo está empaquetado en bolsitas individuales: Nescafé, azúcar, Vegemite, margarina, bolsas de té. Pequeñas latas Heinz de espaguetis, alubias o atún. Cajitas de cereales de desayuno ultraprocesados. Hay galletas en paquetes de dos unidades; Scotch Finger, Jatz. Y diminutos envases de lonchas de queso en el minibar. Por algún motivo me pregunto si todo esto no lo habrá donado alguna empresa. En un primer momento, al ver tanto envoltorio no pude evitar que se me saltaran las lágrimas, lo cual fue ridículo. Pero había algo en aquellos paquetitos que me superó, algo repugnante: tenía que ver con el hecho de reducirlo todo a fragmentos horrorosos y

antinaturales. La soledad y el desperdicio que suponían. Y un sentimiento de contaminación: incluso aquí, el ineludible imperativo de generar residuos. Seguro que, si Dios existe, no toleraría toda esta *basura*. Aun así, yo también he traído —muy en contra del espíritu del lugar— mi propia basura: tabletas de chocolate, bolsas de cacahuetes salados, arándanos en un envase de plástico, café, vino. Probablemente Dios tampoco toleraría eso.

Estar aquí se parece en cierto modo a la infancia; las horas se hacen muy largas y hay mucha espera y mucho mirar al infinito. No se me pide absolutamente nada ni se espera nada de mí.

Pienso en acercarme a la tienda para comprar alguna vela. Si las hay sin adornos, como las de la iglesia, me gustaría llevarme una a casa. Pero en vez de caminar los tres minutos que me separan de la tienda, me vuelvo a tumbar en el suelo y me dejo invadir por un sueño espeso.

Después, hacia las cuatro, voy a la tienda. No hay nada interesante que comprar. Muchas tarjetas de felicitación espantosas; algunas tienen motivos religiosos, pero la mayoría son malas pinturas de flores. Las velas hechas a mano son particularmente feas, pintadas de colores chillones y decoradas con grumosas volutas doradas y diseños de aire astrológico. Compro una vela sin decoración perfumada con sándalo, una linterna de plástico y una cruz de madera. La cruz tiene las esquinas redondeadas y encaja perfectamente en la mano. Me da un poco de vergüenza. No sé por qué la he comprado, a no ser, quizá, como muestra de respeto por estas personas y como una especie de talismán, para agarrarla y sentirla. Es para el cuerpo, no para la mente.

Vísperas de nuevo. Hay un elemento hablado que altera el canto; «oración de los fieles» es la expresión que me llega desde la infancia. «Oremos por un matrimonio que se está separando», dice una de las hermanas. Miro al suelo. Pienso en Alex, pero él es libre. No necesita mis oraciones.

Después, esto: «Oremos por todos los que morirán esta noche».

Después de que mis padres fallecieran —no a la vez, pero lo suficientemente próximos en el tiempo como para que, en mi yo primitivo, en mis sueños y en mi cuerpo, ambas muertes se fundieran en una única catástrofe—, durante muchos años tuve la sensación de respirar y moverme a través de una especie de pegamento. Esto no lo podría haber dicho entonces. Si alguien me hubiera preguntado cómo me sentía, no habría sido capaz de contestar. La única respuesta cierta habría sido: *No lo sé*.

Al día siguiente de enterarme de que la enfermedad de mi madre no tenía cura, mantuve la cita que había concertado con una doctora en el centro de la ciudad donde yo vivía entonces. Cuando entré en la consulta y me preguntó sonriente cómo me encontraba, me eché a llorar y, a continuación, avergonzada, se lo expliqué. Ella me preguntó por mi padre, y cuando le conté que había muerto me preguntó por el tipo de ayuda terapéutica que nos habíamos procurado mi madre y yo. Yo estaba perpleja. Por lo que sabía, en nuestro pueblo nadie proporcionaba ese tipo de ayuda.

Entonces me dijo que sería beneficioso e inteligente por mi parte que buscara ese tipo de ayuda. Pero si yo solo he venido a hacerme una citología, le dije entre lágrimas. Me alargó una caja de pañuelos de papel y me dijo que haríamos la citología en otro momento. Me preguntó por mis padres y estuvo escuchándome un buen rato. Hacia el final de la consulta me recomendó que viera a un especialista en duelo. Ella no tenía ese tipo de formación, solo era médico general, y un especialista me ayudaría mucho más. Escribió el nombre y la dirección de un centro en un trozo de papel.

¿Le importa si solo hablo con usted?, le pregunté.

Y así lo hice. Fui a verla tres veces.

La doctora era corpulenta, franca y dominante. Por no sé qué motivo, su autoridad y su amabilidad profunda y práctica me hicieron suponer que era lesbiana. No era efusiva ni exteriorizaba sus sentimientos, lo cual agradecí. Si alguien hubiera sido abiertamente empático, si me hubiera pedido que profundizara en el terreno emocional de mi pena, habría sentido vergüenza.

En la segunda visita le dije (abochornada otra vez por mis lágrimas) que me parecía que mis amigos me habían abandonado cuando más los necesitaba. No se inmutó. Tu vida ha sido despojada de todas las capas que hay hasta llegar a la roca madre, me dijo. No es culpa de tus amigos; sus vidas están protegidas por muchas capas, están como acolchadas, y ellos no pueden entender o admitir la diferencia que hay entre ellos y tú. Es probable que les dé miedo. No quieren hacerte daño.

No dijo *Entérate: estás sola,* pero eso es lo que yo escuché. Y, curiosamente, me consoló. Me insistió de nuevo: Creo que deberías llamar al centro especializado en duelo.

La última vez que vi a la doctora parecía cansada de mí y de mis problemas. Me preguntó desde detrás de su escritorio, con un cierto tono de irritación: ¿Y qué quieres ahora?

Que esto no esté sucediendo, dije. Pude percibir la tristeza en mi voz.

La doctora me miró y esperó un momento. Parecía estar considerando la simple y brutal realidad. Bueno, pues está sucediendo, dijo.

Siempre le he estado agradecida.

Día Tres

He dormido mucho y profundamente esta vez. Anoche cubrí la señal de salida con mi cazadora, para que estuviera más oscuro, y como no ha hecho viento la noche ha sido silenciosa.

De nuevo en maitines, me pregunto si piensan que el aburrimiento es pecado. ¿Tienen todas las religiones algún tipo de movimiento repetitivo como este? Parece antiguo, supersticioso. Caminan en círculos, hacen reverencias, se postran, se arrodillan, se ponen de pie… ¿Con qué objetivo? ¿Un modo de erradicación del ego? ¿La negación del humano anhelo de novedad, o de huida, o de sorpresa? Volver y volver y volver…: un preceptivo regreso a lo mismo. Al observarlas, me pregunto si las monjas se enfadan unas con otras. Si la reverencia profunda de una le parece presuntuosa a otra; o si la nota desafinada de alguna saca de quicio a la que está a su lado. Parece imposible que detrás de la pantalla de silencio no se oculte una vida emocional de ese tipo. En los salmos de hoy no hay mucho malvado enemigo, sino más bien una notable autocomplacencia como nación. El Señor ha dado seguridad a nuestras fronteras y ha bendecido nuestros campos con abundantes cosechas, etcétera. Mucha celebración de todas las cosas buenas que Él ha traído a nuestra tierra… Me cuesta entender la relevancia de todo eso para estas mujeres y sus vidas. ¿Qué significa toda esta arcaica grandilocuencia hebrea sobre enemigos, fronteras y persecuciones? ¿Qué sentido tiene que canten sobre eso un día y otro y otro…?

A las diez, mientras leo en mi habitación, se empieza a escuchar en el exterior ¡un soplador de hojas! Me acerco a la ventana y veo a una de las monjas más robustas blandiendo el maldito aparato, dándole más potencia, avanzando despacio por el sendero, girando lentamente a un lado y a otro, dispersando las hojas de forma inútil. Así durante un par de minutos.

Me empieza a dar un poco de miedo que la tranquilidad que me ha invadido no me deje nunca. Podría marcharme sin más; pero el mero esfuerzo de hacer la maleta me supera. Decido, pues, ir a mediodía a una cosa que se llama la Lectio Divina con la hermana Bonaventure. Cuando llego, no me cabe duda de que es la monja del soplador de hojas, pero no digo nada. La Lectio Divina, explica con una voz baja y ronca, es «lectura divina»: una lectura lenta y contemplativa de un pasaje del Evangelio (del que nos reparte unas fotocopias). En la sala están también las dos mujeres, que se llaman Diane y Cynthia y que vienen de Melbourne; otra mujer a la que no había visto antes, que se llama Lavinia; y un hombre llamado Richard, que parece que vive por la zona. Creo que fue su voz la que escuché en la iglesia, detrás de mí, el primer día; y tiene algo que me resulta remotamente familiar.

Nos sentamos en unas sillas de plástico formando un círculo y vamos leyendo en voz alta, por turnos, un párrafo cada uno. Al final de cada párrafo permanecemos en silencio unos minutos, durante los cuales debemos pensar sobre lo que se ha leído. A continuación, uno tiene que decir en voz alta qué palabras le han impactado, incomodado o llamado la atención. Después, se lee el párrafo siguiente, a lo que sigue el mismo proceso de pensar y comentar las palabras y expresiones, pero esta vez el tiempo de silencio es más prolongado. Al acabar, la hermana Bonaventure lee el texto completo. Más silencio, seguido de comentarios. La hermana dice que el pasaje de hoy le ha parecido que tiene que ver con la obediencia, lo cual es muy útil, porque hay una novicia a su cargo que está considerando estos días la parte de la obediencia en sus votos. Todos dicen cosas. Richard es el único que sigue el texto atentamente, intentando descubrir posibles significados; las otras se dejan llevar por la cháchara y hacen observaciones insustanciales para quedar bien con la hermana Bonaventure. Cynthia, la de Melbourne (a la que Bonaventure llama «Wendy»; una mirada condescendiente entre Cynthia y Diane me indica que debe de llevar haciéndolo días), se muestra especialmente obsequiosa y dice que está maravillada con cada palabra del párrafo. Bonaventure parece limitarse a tolerarla.

Mis pensamientos no son interesantes, excepto como argumentos en contra de lo que dice la Escritura. No creo que ese sea el objetivo del ejercicio, así que mantengo la boca cerrada.

Aun así, el proceso es de una extraña belleza. La hermana Bonaventure dice que se trata de quedarse enganchado a una palabra y que, si a uno le incomoda o le confunde, lo que tiene que hacer es, simplemente, «dejarlo en manos de Dios». Esto es tan contrario a lo que siempre he creído (el conocimiento es poder, cuestiónalo todo, responsabilízate) que me parece casi perverso. La asombrosa —sospechosa— simplicidad de, sencillamente, dejarlo en manos de otro.

(Más tarde, ese mismo día, de algún recoveco de mi memoria me llega el recuerdo de un artista que vi una vez en televisión: observaba atentamente el lienzo sobre el que trabajaba y citó a Kipling: «Cuando tu genio está al mando, no intentes pensar conscientemente. Déjate llevar, espera y obedece»).

La hermana Bonaventure dice como de pasada que cuando ella entró en el «monasterio» —siempre utiliza la palabra *monástico* y evita terminologías más específicas de las monjas— le preocupaba acabar aburriéndose. Pero entonces se ríe, como si la mera idea fuera absurda. «No he tenido ni un solo momento de aburrimiento», dice. Y estoy segura de que lo dice de corazón.

Después, justo cuando estoy abriendo la puerta de mi cabaña, me viene a la cabeza: el hombre es Richard Gittens, ¡compañero de secundaria! Una estela de cariño sigue al recuerdo de su cabello rizado, ligeramente pelirrojo, su cuerpo flaco, su modo de ser divertido y modesto. Ahora el cuerpo es más grueso, el pelo, muy corto, gris y escaso, pero la ironía, eso parece, se mantiene.

Para comer hay una lasaña de ricota medio fría y un «queso» aguado hecho con coliflor, zanahoria y brócoli. Una especie de tabulé bastante aceptable —hecho con cebada perlada, creo—. Todo está muy soso (aunque, al menos, el jamón de ayer estaba salado). Me alegro mucho de haber traído los cacahuetes, que me zampo con entusiasmo para

compensar la falta de sal. Hay un pastel que parece de crema y que me salto, pero meto en mi cesta varias latas de melocotón para comérmelo con yogur en el desayuno, porque se me han acabado los arándanos.

«La acción es el antídoto de la desesperanza.» Joan Báez.

«Lo primero es no hacer daño». Hipócrates.

Me vuelve otra vez a la cabeza la idea de que no solo he fracasado estrepitosamente —yo, nosotros, el centro— en nuestro único objetivo (y solíamos referirnos a ello con un chiste malo: Centro de Protección de Animales en Peligro de Extinción, el nombre lo dice todo…), sino que a cada paso no he hecho sino contribuir a la destrucción. Cada correo electrónico, reunión, nota de prensa, curso, manifestación de protesta. Cada minúscula acción que se lleva a cabo, después de tomar conciencia del problema, supone consumir recursos, producir residuos, destruir el hábitat, causar perjuicios de algún otro tipo. Mientras que quedarse quieto, suspendido en el tiempo como estas mujeres, es lo contrario. Ellas *no hacen daño*.

Por otro lado, «El mal florece…».

(Además, ¿qué se puede decir de todos esos envases?)

Me estoy acostumbrando a la campana que marca cada una de las horas litúrgicas para las monjas. No la tocan para nosotros, los civiles, pero al oír su leve sonido, que llega de las dependencias de las monjas, detrás de la iglesia, me descubro esperándolo.

Al volver de vísperas vi la luna fría y blanca que se elevaba por detrás de los árboles negros.

Día Cuatro

Me despierto a las cinco y cuarto y me quedo en la cama hasta las seis, mientras se calienta la habitación. Esta mañana hace mucho más frío y está lloviznando fuera. Me siento llamativamente ligera en comparación con los días anteriores, como si hubiera recuperado muchísima energía. Como si por fin saliera de un periodo de sedación muy necesario.

El oficio de media mañana es lo mismo, más o menos. Pero llegado a un punto, una de las monjas —me gusta su aspecto: alta y delgada, con una nariz prominente y sonrosada y pelo gris metálico que le sobresale por los bordes de la toca— atraviesa la iglesia y me pide que me coloque al otro lado del crucifijo. Me planto allí con Cynthia la de Melbourne, se nos unen los demás —Diane, Lavinia y otros dos hombres y una mujer a los que no había visto antes— y las monjas forman un círculo amplio y cerrado. (Ni rastro de Richard Gittens hoy. Si es que era él. ¿Veré en su rostro alguna señal de reconocimiento si le digo mi nombre?)

De pronto, cuando ya es demasiado tarde para volver a mi asiento, me doy cuenta de que estoy a punto de recibir la comunión. Cuando la anciana monja dice «el cuerpo de Cristo» y pone la hostia en mi mano, no recuerdo qué hay que contestar, pero, desde una infancia lejana, emerge: «amén». La hostia es de un blanco calizo, del tamaño de una moneda de veinte céntimos, con una cruz troquelada en el centro. Cuando me la meto en la boca se disuelve al instante. Completamente insípida, como el papel. Parece más fina que las de mi niñez, que recuerdo como unos discos duros, con un ligero sabor a trigo, que se te pegaban al paladar. Me siento estúpida al tomarla ahora, claro. No recuerdo la última vez que comulgué. ¿En el funeral de mi madre? No estoy segura de que lo hiciera ni siquiera en esa ocasión; yo ya había dejado todo aquello mucho tiempo antes.

Después viene el rito de la paz. Las monjas se acercan a nosotros alargando las manos, y hay algo en el gesto que me conmueve. Dejo que me den la mano tres o cuatro monjas: una chica joven de cara amplia y limpia que lleva un chaleco negro acolchado encima del hábito (estoy segura de que es la novicia de la que nos habló Bonaventure) y alguna de las otras. Me cuesta contener las lágrimas que me aguijonean los ojos, lo cual me preocupa. Tiene que ver con que me saluden cordialmente unas desconocidas, con que me ofrezcan la paz sin ningún motivo, sin condiciones. Su semblante es amable e irradia cariño. Estrecho sus manos suaves y secas.

Después de esto, volvemos a nuestros sitios para seguir con las oraciones y los cantos, más jerigonza bíblica. Me distraigo y empiezo a pensar que tengo los pies fríos, y las piernas. Escucho a la mujer que está detrás de mí —¿Lavinia?— cantar muy desafinadamente.

Ya no hay nada hasta vísperas, a las cinco. Sigue lloviznando y, al volver a mi cabaña, noto que hace incluso más frío que antes. Enciendo la calefacción.

Cuando yo tenía seis o siete años mi madre solía visitar a una mujer ciega que se llamaba Denise y que vivía en una caravana con varios anexos en un terreno a las afueras del pueblo. Tenía un niño pequeñito, debilucho y terriblemente pálido, y un marido corpulento y barbudo. Cuando mi madre llegaba conmigo a remolque, el marido abandonaba la caravana malhumorado y se iba a alguno de los cobertizos o se subía a su camioneta y se largaba. El terreno estaba lleno de coches viejos, maquinaria oxidada y bidones metálicos, inmóviles sobre la tierra.

Denise tenía un pelo negro y abundante, de corte muy poco estiloso, y hablaba con voz seca y monótona. No sé cómo mi madre se hizo amiga de ella. Yo sentía que no pintaba nada allí, en aquella casa, observando cómo aquel bebé enfermizo gateaba por el suelo. No me gustaba mirar a Denise y yo no hablaba nunca; pero ella y mi madre charlaban animadamente durante lo que a mí me parecían horas. A veces, Denise se levantaba y preparaba una taza de té o pelaba unas

zanahorias para la cena de su familia, mientras hablaba con la barbilla inclinada hacia arriba, parpadeando levemente. Yo sentía como si estuviera espiando a Denise, y eso no me gustaba.

Había algo de siniestro en aquella pequeña caravana aparcada en un terreno polvoriento y rodeada de pedruscos y objetos oxidados, y me producía tristeza que Denise no pudiera ver lo inhóspito de su hogar. Además, yo sabía que ella era consciente de mi silenciosa presencia, y recuerdo que mi yo infantil temía que su ceguera le permitiera discernir cosas sobre mí de las que ni yo ni mi madre éramos conscientes.

Denise nunca devolvía las visitas de mi madre. Había en su casa un ambiente de cautividad. Cuando su marido regresaba a la caravana, nos íbamos.

Una vez escuché a alguien —un vecino— decirle a mi madre que qué bueno era que visitara a Denise. Yo nunca me había planteado que mi madre estuviera allí *por* Denise, para *cuidar* de ella, como suele decirse de los niños. Yo pensaba que simplemente eran amigas.

Ya de mayor, un novio que tuve me dijo una vez con cierto retintín: «¿Qué era tu madre, una especie de misionera?».

No, dije. Era una persona buena.

Es posible, claro, que esté equivocada en esto. Es posible que a Denise y a su marido no les hicieran ninguna gracia las visitas de mi madre; quizá soportaban sus visitas conmigo —la niña callada y agobiada— por cortesía o necesidad. Aun así, al cabo de los años, siempre me ha sorprendido la cantidad de gente que desconfía de la bondad habitual porque les parece sospechosa: una careta o una mentira. Mi madre tenía una sencillez poco corriente, un punto de rareza. Con todo, creo que la respuesta que le di a mi novio era la verdad.

He ido sola a la iglesia vacía y me he quedado allí sentada un rato.

De vuelta en mi cabaña, me extrañan las ganas que tengo de asistir a vísperas. Supongo que en la cárcel debe de ser igual. Uno echa de menos las rutinas, porque son señal de que el tiempo pasa. Y ahora que el sentimiento de tranquilidad se ha desvanecido, estoy demasiado

despejada: leo un poco, pero no me duermo. Me pongo con los correos electrónicos para distraerme, pero soy incapaz de contestar ninguno.

Voy a vísperas esperando lo de siempre, y a estas alturas ya me siento cómoda sentada en el primer banco de los huéspedes. Me sorprende ver a varias monjas en su asiento diez minutos antes de la hora. La organista empieza a tocar bastante alto y con más frescura que otras veces. Es como si de repente una fuerza oculta hubiera activado a todo el mundo. Comienzan a pasar cosas: movimiento apresurado de palos dorados y un crucifijo en lo alto de uno de ellos; se prende el incienso y un montón de velas que se han quitado de los soportes para volver a colocarlas ya encendidas. De pronto, en vez de la discreta y silenciosa entrada de las monjas en parejas y tríos, hay una procesión: una monja al frente, con el crucifijo, seguida de otras dos, cada una con un palo que soporta una vela blanca; detrás, la joven novicia con un incensario del que salen nubes de humo y, luego, el resto de mujeres, que entran de dos en dos. Es bella la imponente y severa sencillez de las monjas entrando en fila, el incienso que sube, las velas, la música… Cuando las parejas llegan al final del pasillo, las dos monjas se inclinan al mismo tiempo hacia delante, después, una hacia la otra, y se separan para irse a su banco, cada una por un lado: una imagen especular de la salida del otro día.

Esta tarde el canto no es de este mundo.

Hay un momento en el que las dos solistas —la hermana Bonaventure, que tiene una voz vigorosa y clara, y la joven novicia— se sitúan en el fondo de la iglesia, delante del órgano, y cantan a dos voces. La novicia camina como una adolescente tímida. Me he fijado en ella todas las veces que he ido a la iglesia: cuando está de pie, piernas separadas, hombros ligeramente inclinados hacia delante, manos en los bolsillos de su chaleco acolchado o, si no lo lleva puesto, ocultas bajo la especie de delantal que cubre el hábito. Su voz —delicada, aguda, anhelante— es lo contrario de su apariencia física. Las dos cometen algún que otro fallo —lo sé por las sonrisas que se dirigen la una a la otra mientras cantan—, pero el sonido es sublime.

La hermana Simone nos rocía a los huéspedes con agua bendita al principio y al final. Luego nos indican que nos acerquemos al centro de la iglesia para las alabanzas a una imagen de la Virgen con el Niño Jesús. Las monjas cantan en latín y los foráneos hacemos torpes inclinaciones de cabeza. Después nos ponemos en fila para la rociada final. Estoy junto a la monja que va en la silla de ruedas eléctrica. Me sonríe como si lo hiciera con todo su ser, y aquello solo puede parecerme… amor.

Vuelvo a la cabaña y me tumbo en el suelo, mucho tiempo.

«Roca madre» fue la expresión que usó mi doctora.

Mientras conducía a través de las altas llanuras rocosas que me trajeron aquí, la desolación del paisaje me pareció bella. El coche se movía con las ráfagas de viento y tuve que agarrar firme el volante por la carretera vacía. La extensa y ondulante estructura de esta tierra pasa suavemente de un nivel a otro, y las pendientes son casi planas, como un omóplato. Aunque estas llanuras se erizan con una fina piel de hierba pálida, están casi tan peladas como la roca madre, y supongo que ese es el motivo por el que nunca volví, hasta ahora.

Me he puesto a hacer la maleta. Meteré todo en el coche a primera hora de la mañana y después daré un paseo rápido para desentumecer la espalda antes del largo viaje de vuelta a casa. Con alguna parada, llegaré seguramente hacia las cinco. Puede que compre algo de cena en la tienda de sushi.

Día Cinco

Antes de subirme al coche, camino por un sendero que acaba en una zona de maleza y veo un ave lira real haciendo un agujero en el suelo con las garras. La observo durante un rato largo. Mi presencia no parece intimidarla lo más mínimo.

Segunda parte

Densa escarcha primaveral esta mañana. Al atravesar la hierba dejo un visible rastro de huellas verde oscuro sobre la capa blanca que cubre el césped. Eso me devuelve a mi infancia, a la sensación de secreta autoridad que da el imprimir la propia presencia en un lugar con esas marcas claras y bien definidas. *Existo*. El particular y placentero sonido de la finísima capa de hielo que se quiebra bajo el peso de cada paso.

Hemos tenido que prescindir de Anita, la gobernanta. No hay suficiente dinero. La verdad es que a mí siempre me había parecido absurdo que no limpiáramos las habitaciones de los huéspedes, igual que limpiamos las nuestras. Pero algunas no están contentas con la decisión, a pesar de que ahora no tenemos huéspedes. A la propia Anita no ha parecido importarle en absoluto, lo cual es un consuelo. Esta mañana tuvimos un sencillo piscolabis para despedirla, y todas nos acercamos y formamos un círculo a su alrededor cuando Simone le entregó como obsequio una medalla de san Antonio y una tarjeta en la que cada una habíamos escrito un mensaje de agradecimiento y nuestros mejores deseos para el futuro. Anita abrió la caja y dijo «oh, guau», sin demasiado interés, y después metió la tarjeta —que no había sacado del sobre— y la medalla en su bolso. Ya ha encontrado trabajo en el spa de un hotel muy elegante que hay en el pueblo y parece encantada, aunque le pagan incluso menos de lo que le pagábamos nosotras.

Han pasado más de cuatro años desde que la conocí, la primera vez que vine aquí, y todavía no sé casi nada de su vida. ¿Eso es bueno o malo? Probablemente ni bueno ni malo. Creo que no le importa. Creo que no siente mucha curiosidad por el modo de vida que llevamos

aquí. Dudo que se diera cuenta del día —o siquiera del año— en que dejé el coche en el aparcamiento de las hermanas en vez de en el de los huéspedes.

Creo que para Anita somos una especie aparte. ¿Y por qué no? Lo nuestro es una decisión deliberada: nos hemos apartado de la vida corriente.

Cosas blancas en esta (mi) habitación: viejo radiador de pared pintado de color crema. Lavabo cuadrado de porcelana, grifos cromados con forma de pera (difíciles de girar en las mañanas frías: diseño deficiente, sin nada para poder agarrarlos bien). Armario de baño de melamina blanca encima del lavabo, espejo en el interior de la puerta, para no fomentar la vanidad. Enchufe, cable eléctrico. Estor con borla mugrienta. Tendedero de plástico con pinzas para poner a secar ropa interior, plegado y colgado de un aplique de latón. Caja de cartón con pañuelos de papel, adornada, no sé por qué motivo, con ositos de peluche. Blíster de pastillas de paracetamol en el borde del lavabo. Lamparita de madera para la mesilla de noche con la pintura un poco cuarteada en la base. Taza de café grande con el retrato y la firma de Thomas Hardy, del que no he leído ningún libro. No recuerdo de dónde la saqué, pero, inexplicablemente, me la he traído aquí. Pequeño florero de cerámica con estrías (vacío) en el alféizar de la ventana. Manta nido de abeja de algodón, que me transmite paz cuando la cama está hecha y bien estirada, porque me recuerda la bondad práctica y enérgica de las madres o las enfermeras.

Las listas como esta muestran lo que uno tiene en realidad, en esos días en los que te da por pensar en la vida —dormitorio, relaciones, vida intelectual, espíritu— como algo vacío.

La última vez que conduje hasta aquí —cuando vine «para quedarme», se podría decir, aunque yo no sabía que eso era lo que iba a pasar— paré otra vez en el cementerio donde están enterrados mis padres. No había sentido la necesidad de hacerlo en cada uno de mis viajes, pero ese día me acuclillé de nuevo junto a la lápida de mi

madre y tiré de los tallos de plástico de aquellas horribles flores de pega, y me costó sacarlas de la pequeña rejilla en la que estaban encajadas. Todas las tumbas tienen uno de estos pequeños floreros de metal junto a la lápida, para llenarlos de agua y poner flores de verdad, pero no vi ninguno que las tuviera. El plástico me resultaba más ofensivo de lo habitual, dada la profesión de mi madre (florista). Ella nunca utilizaba la palabra «vulgar», pero desde niña supe que eso es lo que eran las flores de plástico. Después de quitarlas puse encima de la rejilla la pequeña maceta blanca de cerámica que había traído. Contenía un par de suculentas trepadoras de color gris azulado. Sería bonito que las plantas —que había escogido por su dureza— se multiplicaran, crecieran fuera de la maceta y treparan por la lápida. Pero eso no sucedería. Si desbordaban la maceta y arraigaban en el suelo, algún jardinero municipal las arrancaría con la segadora. Probablemente se morirían antes, por falta de lluvia o por exceso, o alguno de los gatos que merodean por allí tiraría la maceta, o alguien a quien le gustara la vaciaría y se la llevaría.

Tiré los tallos de plástico y los falsos pétalos de tela en el contenedor verde con ruedas que había junto a la entrada del cementerio, me fui de allí y conduje hasta aquí, dejando atrás un cartel y otro y otro…, palabras —Cooba, Myack, Coolringdon, Myalla, Maffra— que volvían otra vez a mi cuerpo.

Creo que los ratones se han metido en el pienso de las gallinas. Y esta mañana me he encontrado un pollito muerto por la helada. Se debió de perder y no se refugió bajo su madre con los otros. Lo cogí —frío como un carámbano y ligero como una pelota de pimpón— y lo saqué del gallinero metido en mi bolsillo. Luego cavé un pequeño agujero detrás de los compostadores para enterrarlo. Al clavar la pala en el suelo duro me vinieron a la cabeza las fosas comunes en las que monjas (irlandesas, americanas, canadienses, ¿por qué no también australianas?) habían enterrado bebés que ellas llamaban *ilegítimos*. Yo me había formado una imagen terrible de aquello: un hábito largo y blanco ondeando, una bota negra sobre la pala, un agujero. Cuando terminé de cavar, saqué el suave cuerpecito del bolsillo y me agaché

para echarlo dentro del agujero. Lo tapé con la tierra y la pisé para compactarla. Dije unas palabras en recuerdo del pollito. No una oración; algo inventado. Quizás era una oración.

Podía haber dejado el pollito en el compost, pero me pareció irreverente. Y además ahí hay ratones; los oigo moverse siempre que me acerco a vaciar mi cubo en el compostador. Normalmente me da miedo la llegada de las serpientes en verano, pero ahora tengo ganas de que vengan. El sonido de los ratones me estremece. Es porque no los veo, creo. Y el sonido cesa en cuanto me acerco: son más capaces de percibirme ellos a mí que yo a ellos.

Al pisar la tumba del pollito con mi bota negra pensé en aquellos pobres bebés y en aquellas pobres madres, y la brutalidad de la Iglesia católica volvió como una avalancha.

Aun así, aquí estoy. Lucha, lucha.

Me he dado cuenta de que cuando estás dentro de una iglesia es imposible ver el exterior. No hay ventanas diáfanas. La luz se filtra por las vidrieras y forma rombos de colores en el suelo. A través de esas alargadas rendijas de cristales entrecruzados entra más luz de la que uno podría imaginar, pero todo lo que hay fuera permanece invisible, excepto lo que se adivina —borroso y ondulado— a través de los rombos incoloros que se alternan con los de color amarillo, rojo o añil. El único modo de ver el mundo que hay más allá de la iglesia es a través de la puerta: o dentro o fuera. Ayer le comenté esto a Simone mientras secábamos los platos. Me miró con pena. Es una metáfora bastante mala, me dijo. Lo que yo había querido decir es que dentro se respira paz, entre esos cuatro gruesos muros de piedra que te permiten descansar bañada en una luz de colores. Pero eso no se lo dije a Simone, que se había dado la vuelta. Y además, ¿qué me importaba a mí lo que pensara ella? Al fin y al cabo, lo más hermoso de estar aquí es sobre todo el silencio. No tener que dar explicaciones, no tener que estar hablando todo el tiempo.

Hoy a mediodía, otra vez la preocupación por el dinero. Algo que me sorprendió cuando llegué aquí la primera vez: la Iglesia no aporta ningún dinero. No sé a qué dedica Roma sus millones, pero, desde luego, aquí no llega ni un céntimo. Tenemos reuniones para hablar de dinero: cómo conseguirlo, cómo no gastarlo. Cómo no desperdiciar nada. Antes de que tuviéramos que cerrar las cabañas de huéspedes, todo giraba en torno a lo que vendíamos en la tienda y los productos que funcionaban mejor: las velas con menos adornos y la miel, pero no tanto las preciosas tarjetas de Sissy —¿por qué? (yo podría decir por qué)—. Muy al principio planteé el asunto de la comida (toda esa basura envasada). Debíamos comprar a granel y utilizar ingredientes

sanos. Simone me miró con verdadero alivio y dijo: «Estupendo. ¿Quieres encargarte tú?». Y así fue como empecé a cocinar, a cultivar verduras —una incesante lucha con zarigüeyas y conejos— y a cuidar gallinas. Al principio, la mayoría de mis platos —solía preparar *dhal* o tayines de verdura— no tuvieron mucho éxito entre las hermanas. Alguien me dijo que debía tener cuidado con este asunto. Cuando les pregunté qué preferían, Carmel —que era quien se había encargado principalmente de la comida hasta entonces— me llevó a la despensa. «Nos gusta comer lo que comemos ahora», dijo, con una sonrisa de resentimiento y los brazos cruzados bajo sus abultados senos. En la despensa había tarros, botellas y cajas: pasta carbonara, pasta con atún, pasta tres quesos. Los días que entraba en la cocina cuando yo estaba picando berenjena o poniendo garbanzos a remojo, decía: «Oh, eso tiene pinta de ser muy sano». Y llamaba a quien estuviera cerca en ese momento: «Mira, Josephine, ¿no te parece que eso debe de ser muy sano?». Reduje bastante las especias y me aseguré de que hubiera patata un par de veces a la semana, y poco a poco cesaron las hostilidades. La semana pasada Carmel hasta llegó a decir ¡que le había encantado mi curry malayo! (Tenía patata.)

Esta tarde la conversación ha girado sobre la posibilidad de criar más animales para ganar algo de dinero. Si hay que hacerlo, por favor, ¿podrían ser ovejas y no vacas, como la otra vez?, he suplicado. Los mugidos de las madres cuando las separaban de los terneros habían sido insoportables. Lamentos y lloros durante toda la noche, las madres a un lado de la valla y su prole al otro. Tendida en la cama con la mirada fija en la ventana de arco, yo rezaba para que llegara el camión y se los llevara a todos. Me daba cuenta de que aquella oración solo buscaba mi bienestar. No tenía sentido rezar por las vacas y los terneros. Ya estaban muertos.

De ninguna de las maneras, no lo soporto. Eso es lo que he dicho esta tarde sobre las vacas. Simone me ha mirado y ha enarcado las cejas. Después me ha dicho que el día que llegué, nada más verme, supo que aquí la obediencia sería lo que me sostendría o me quebraría.

No ha hecho falta que añadiera que eso aún está por verse.

Cuando estaba en secundaria, la madre de un compañero murió atropellada una noche de lluvia. Estaba apartando un par de bueyes de la carretera; se los había encontrado en mitad de la vía al tomar una curva y tuvo que frenar de golpe para no chocar contra ellos. Puso las luces de emergencia y salió del coche para ahuyentar a los animales hacia el arcén y evitar así que a otro conductor le pasara lo mismo que a ella, pero llegó un coche en sentido contrario a bastante velocidad sobre el asfalto húmedo y, como estaba oscuro, el conductor no la vio hasta que fue demasiado tarde. Cuando el chico volvió al colegio —muy pocos días después— nos costaba mirarlo, aunque lo hacíamos, a distancia. Se movía y hablaba como siempre, pero le había sucedido algo importante y no sabíamos cómo comportarnos. Tumbadas en el centro de la pista de atletismo, mis amigas y yo lo mirábamos y observábamos cómo hablaba con sus amigos. Tenía una dignidad y un poder especiales, ocultos para nosotras pero que sabíamos que estaban en él. Que yo sepa, nadie mencionó a su madre, ni entonces ni después. A mí me intimidaba su presencia en el colegio, el hecho de que se sentara en el sitio de siempre y llevara la mochila de siempre. Había algo —de esto me di cuenta después— que me parecía casi sagrado respecto a la vida secreta y solemne que se veía obligado a vivir ahora fuera del colegio, lejos de nosotros. Jugó al críquet durante todo el verano: tenía las piernas largas, los brazos fuertes y se movía con elegancia por el campo con su uniforme blanco. Era un buen jugador de críquet.

Había otros estudiantes del colegio que habían perdido a su madre o a su padre, por supuesto. Pero a diferencia del chico cuya madre había muerto en el accidente, ellos siempre habían estado así, y a mí nunca se me había ocurrido imaginar su dolor. Yo también los observaba en secreto, pero con mayor frialdad. A ellos no los transformaba la cinemática tragedia del accidente, y sentía que había algo moralmente reprobable —sucio, pobre— en el modo en que esos chicos vivían aquella vida cercenada sin parecer avergonzarse. No sabía entonces que, a los pocos meses de acabar la secundaria y dejar el colegio, se moriría mi padre y me tocaría a mí pasar de un estado al otro: de observadora a observada.

Una mujer habla en una revista del diario que escribió de niña en un campo de concentración. «Lo que más me impacta del diario que escribí hace setenta y cinco años es lo que no incluí en él.»

Esto no lo va a leer nadie más que yo. Aun así, supongo que hay cosas que no estoy incluyendo.

Simone vino a vernos al huerto. «Tengo que contaros algo», dijo, y yo sujeté mi rastrillo con los dientes metálicos apoyados contra la tierra y la barbilla sobre el lustroso mango de madera. El rastrillo lleva aquí mucho tiempo. ¿Cuántas hermanas lo habrán usado? Pensé que Simone venía a hablarnos del mantillo que estamos esperando: Richard Gittens tiene que ir a recogerlo a un vivero que a veces nos dona material y que está al otro lado del monte.

Pero Simone no venía a hablarnos del mantillo. «Siéntate, Bonaventure», dijo, lo que relacioné con los episodios de angina de pecho de Bonaventure, y pensé entonces que venía a anunciarnos la muerte de alguien.

Bonaventure también lo pensó, porque abrió la boca con un gesto de temor, se sentó en la bordura de pino tratado que rodea el arriate, y se inclinó hacia delante para mantener el equilibrio, con sus anchos pies bien plantados en el suelo.

No era una muerte. Simone dijo: «Es algo muy…», y cerró la boca. Miró a Bonaventure con cara asustada y hubo entre ellas un tipo de comunicación que a mí se me escapó. Se conocen desde hace media vida.

«La han encontrado», dijo Simone.

Durante un instante, Bonaventure la miró. Simone meneó la cabeza enérgicamente, dos veces. Y entonces, Bonaventure inspiró y rompió a llorar. Era la liberación de un dolor profundo, antiguo y personal. Simone también había empezado a llorar. Rodeó con sus delgados brazos a su amiga, mientras esta gemía encorvada sobre la madera, con la cara entre las manos.

Yo continué apoyada en el rastrillo. No podía hacer nada más que observar a las dos mujeres y escuchar cómo aquella pena atroz largo tiempo sepultada eclosionaba desde el corazón, desde las entrañas.

Permanecí allí de pie como testigo. Fue todo lo que pude hacer.

Al cabo de un rato, Simone se secó las lágrimas, puso el pañuelo hecho un gurruño en la mano de la otra mujer, se enderezó, tiró de Bonaventure para que se levantara y las dos cruzaron el prado y se subieron a la camioneta. No volvieron la vista para mirarme y la camioneta se alejó por la pista.

Yo paleaba el compost y lo esparcía, paleaba y esparcía, y preparaba la tierra, y esperaba a que todo cobrara sentido. Procuré centrar la atención, con cuidado, en silencio, que es lo más cerca de la oración a lo que puedo llegar.

Compostar es una de las cosas que hacía mi madre y no hacían otras madres. En nuestro pueblo, cuando yo era niña, lo de amontonar restos vegetales y huesos detrás de casa para que se pudrieran no era algo que hiciera la gente bien. Algunas de las granjas de mis amigos tenían su propio basurero en un rincón apartado de la finca, donde tiraban la basura de la casa junto con sillas inservibles o platos rotos o transistores viejos o restos de maquinaria, pero no era lo mismo. El compostaje de mi madre, allí mismo, en nuestro jardín trasero, resultaba en aquel entonces algo primitivo y sucio, el tipo de cosa que haría un animal: ¡acumular restos de comida y enterrarlos! Ella guardaba los restos orgánicos de la comida en recipientes de plástico —el de la margarina o el del helado— y los vaciaba en la mezcla de tierra, cáscaras de huevo y hojas de ruibarbo que había en la parte de atrás del jardín. Luego volvía con los recipientes y los lavaba para volver a usarlos. A veces la pila de compost desprendía un olor agrio, pero normalmente olía como a humedad, a moho. En ella había cosas que reptaban y se deslizaban: gusanos, nubes de moscas pequeñitas y criaturas invisibles que se escurrían bajo la superficie. No recuerdo haber visto serpientes, pero puede que las hubiera. Cuando mis amigas del colegio venían a casa a jugar, me daban vergüenza los recipientes de plástico que había en la encimera de la cocina, y esperaba que no los vieran.

Hoy después de la cena, Simone y Bonaventure nos han pedido a todas que nos sentemos y nos han contado esto.

Jennifer Tully, la hermana Jenny, se unió a la comunidad e hizo su profesión solemne en 1983, el mismo año que Bonaventure. Pero Jenny se fue seis años después porque, decía, Dios la llamaba a trabajar con los pobres. Desoyendo todo consejo, se trasladó a Bangkok con otra monja, Andrea Barry, con la intención de abrir un centro de acogida para mujeres víctimas de abusos. No fueron bien recibidas; las acusaron de querer imponer valores occidentales en una cultura asiática, y esa era una empresa peligrosa. La Iglesia y todo el mundo intentaron disuadirlas, y solo las apoyaron algunas mujeres tailandesas muy valientes. Aun así ellas decidieron quedarse y su casa para «mujeres maltratadas» siempre estuvo llena.

En febrero de 1998, la hermana Andrea tuvo que volver a Australia para tratarse un cáncer de mama, pero la hermana Jenny continuó en Bangkok. Un día, un sacerdote católico norteamericano llamado David Strang se presentó en el portón de la casa de acogida. Jenny había admitido a una mujer de la zona que había trabajado como ama de llaves de Strang y que se había escapado de la casa parroquial porque decía que el sacerdote había abusado de ella muchas veces. La hermana Jenny dijo a las mujeres de la casa que cerraran la puerta por dentro y salió a la calle a hablar con el padre David, después de cerrar el portón detrás de sí con llave. Como se negó a abrir el portón y la casa, Strang comenzó a gritarle, la agarró por las muñecas y se la llevó a rastras, según dijeron las mujeres, que habían observado todo desde una ventana del piso de arriba. A la hermana Jenny nunca la volvieron a ver. Unos días después descubrieron que Strang se había ahorcado en la casa parroquial. No hubo una investigación policial propiamente dicha sobre la desaparición y tampoco se abrieron diligencias. La Iglesia dejó que el asunto perdiera notoriedad rápidamente. La hermana Jenny tenía cuarenta y un años cuando desapareció.

Bonaventure y Simone nos contaron todo esto sentadas en las desgastadas butacas de terciopelo azul de nuestra sala de estar. Era mi amiga del alma, dijo Bonaventure. Las dos mujeres hablaron durante un buen rato, sonriendo al recordar los comienzos con Jenny en este tipo de vida, llorosas cuando llegaron a la parte de su desaparición. Al

principio no perdieron la esperanza, nos dijeron. En los informativos australianos se hacían breves referencias al caso. Ellas rezaban y rezaban, y la gente de la zona buscó y buscó a la hermana Jenny, pero nunca la encontraron.

Una vez asumido que seguramente estaba muerta y que David Strang la había matado, se empezó a hablar de santidad, por el modo en que había protegido a las mujeres a su cargo. Esto lo impulsaron los hermanos mayores de Jenny, que querían que fuese declarada la segunda santa de Australia. Pero el caso nunca fue más allá del envío de cierta documentación previa al Vaticano. No obstante, algunas de las personas que habían conocido a Jenny en Bangkok se referían a ella como santa y erigieron un monumento en su honor dentro del recinto de la casa de acogida. El hermano de Jenny murió hace ocho años y su hermana, Elaine, está en una residencia, muy delicada, con alzhéimer. El mundo se había olvidado de la hermana Jenny, dijo Simone. Hasta ahora.

Las lluvias torrenciales que cayeron en Bangkok el año pasado, nos explicó, produjeron inundaciones en la zona donde había vivido y trabajado David Strang. Las raíces de un árbol enorme que había en el jardín de la vieja casa parroquial habían cedido, incapaces de sostenerlo más, y el árbol comenzó a flotar arrastrado por la riada. Alguien vio que llevaba algo enganchado en las raíces: un hueso largo que parecía una tibia humana y parte de una caja torácica. En los meses siguientes se recuperaron e identificaron casi todos los huesos de la hermana Jenny, primero a partir de un crucifijo de oro colgado de una cadena, después por los zapatos y, finalmente, por el ADN. Y ahora Jenny iba a volver a casa, «con nosotras», susurró Bonaventure, llorando sobre una bola de clínex.

A qué se refería quedó claro poco después: iban a traer los huesos de la hermana Jenny aquí, al convento, para enterrarlos. Al principio no entendíamos muy bien y fue Carmel quien puso el dedo en la llaga: «¿Está permitido? ¿Enterrar a alguien en los terrenos del convento?». La pregunta hizo que Bonaventure dejara de llorar, se pusiera en pie y le espetara que no le importaba si estaba permitido o no, que se iba a hacer.

Estaba claro que ella también temía que estuviera prohibido.

Cuando se fue, nos quedamos sentadas escuchando el silencio de la estancia: el tictac del termostato de la calefacción, el zumbido de la nevera procedente de la cocina, los pesados pasos de Bonaventure alejándose por el pasillo hacia las habitaciones del fondo. Entonces Simone dijo en voz baja que debíamos rezar, porque el resto de evidentes problemas nos estaban viniendo en ese momento a la cabeza: cierres de fronteras y confinamientos, restricciones en los desplazamientos y todo lo demás, que volvía a estar en vigor. Pero ninguna quiso hablar de nada de eso con Simone, que parecía exhausta. Así que nos pusimos de rodillas en la sala de estar y rezamos, y yo también me puse de rodillas y cerré los ojos y me concentré en la imagen de unos huesos manchados de barro, enganchados en las raíces negras de un árbol caído.

Llega una postal de mi antigua colega Deb: una imagen de las estilizadas vidrieras que Matisse diseñó para su capilla de Vence no mucho antes de morir. Deb me cuenta que una galería de Sídney ha replicado la capilla en una sala blanca enorme y despejada, y que el montaje de las vidrieras con figuras de algas de colores va desde el suelo hasta el techo. *No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, y pensé que ojalá hubiera una capilla así que yo pudiera visitar,* me dice. Cita a Matisse:

> Todo arte digno de ese nombre es religioso. Sea una creación de líneas o de colores: si no es religioso, no existe. Si no es religioso, es solo una cuestión de arte documental, arte anecdótico…, que ya no es arte.

Imagino por un momento que le pregunto a Simone si puedo ir a ver esa exposición, pero dejo que el pensamiento se desvanezca, como hago siempre, que desaparezca en el océano de mis deseos apremiantes y pasajeros, y lo olvido. Me conmueve que Deb vuelva a escribirme, porque sabe que no voy a contestarle. La última vez que estuve en contacto con ella fue hace más de cuatro años, por Facebook.

Voy a desaparecer, decía mi madre cuando quería decir que se iba al jardín. Aquel era su reino, del mismo modo que la cocina o «la casa» se consideraban los dominios de las mujeres en aquella época. A mi madre le gustaba poco el trabajo de la casa y la cocina —aunque se dedicó mucho a ambas tareas, por necesidad— y pasaba todo el tiempo que podía en el jardín. Ya de mayor empecé a preguntarme si parte de aquel atractivo no tendría que ver con legitimar su deseo de estar sola. Prefería no tener compañía, excepto cuando necesitaba a mi

padre para que cargara cosas pesadas o la ayudara con trabajos específicos, como poner los frutales en espaldera o taladrar el muro de ladrillo para atornillar los enganches de las trepadoras. A veces yo salía con ella para «ayudar», pero enseguida empezaba a aburrirme con las tareas que me encargaba, del tipo quitar malas hierbas. Su jardín era un lugar que no necesitaba ni deseaba compartir. Hasta que no empezaba a oscurecer, no entraba en casa —con su jersey sucio y viejo de color morado y sus anchos pantalones raídos—, se limpiaba las uñas renegridas y estriadas bajo el grifo del lavadero y metía la mano en una lata grande de Nivea. Mi madre olía a crema de manos, a tierra y a sudor, un aroma aceitoso y agrio que asocio con el diente de león, esa flor que en el colegio llamábamos «meacamas». Ese era siempre su olor, creo. Olía a jardín incluso cuando ya no podía salir de casa.

Nadie publica en Facebook que, siendo atea, ha dejado su trabajo, su casa y a su marido para vivir en una comunidad de monjas de clausura. Bueno, quizá sí, y puede que sea una manera mejor que la que yo elegí: no decirle nada a nadie. La gente estaba dolida. Muy dolida. Así me lo decían en el reguero de cartas que me enviaron durante un tiempo, para hacerme saber el dolor y el daño que había causado con mi desaparición y cuánto les seguía afectando todavía. Las cartas de Alex no estaban tan llenas de ira, aunque la herida se vislumbraba entre las líneas de sus explicaciones —de una formalidad insoportable— sobre las cuestiones legales que había que resolver. También dejaba caer detalles de sus proyectos —los manglares de Guinea, la financiación de la biodiversidad y demás; «consiguiendo un impacto real»— para subrayar su fe, su compromiso, mi abdicación. Su herida también se hacía evidente en el hecho de que le diera a todo el mundo la dirección del convento, a pesar de que le había pedido que no lo hiciera.

Deb se quedó especialmente desconcertada al principio, después se puso furiosa. Pensaba que yo tenía más agallas, eso dijo, entre otras cosas. En una carta posterior, menos iracunda pero peor, porque su dolor estaba más a flor de piel: lo destructivo no era que lo hubiera

dejado, me decía, era el efecto contagio que provocaba, el desprecio que suponía hacia ella y todos los demás del centro, a los que dejaba como imbéciles por seguir al pie del cañón. Sobre todo, a los jóvenes, decía, a los que nos *debíamos*. Algunos de estos jóvenes también me escribieron, más furiosos incluso que Deb. Creo que ella los animó a que lo hicieran.

Mucho tiempo después me volvió a escribir, derrotada y triste. Lo que le dolía por encima de todo era mi secretismo, que no le hubiera contado mis «planes». Pero lo que me resultaba imposible de explicar —y todavía lo es— era que yo no había planeado nada. Vine aquí una última vez y, después…, no regresé a casa.

Pasado un tiempo dejé de abrir las cartas y luego le pedí a Simone que no me las diera. Yo sabía que ella no quería ser la administradora de semejante pesadumbre. Se supone que quienes eligen esta vida no van por ahí causando un dolor tan terrible a la gente. Es cruel.

Lo que sí sé es esto: todas las que están aquí le hicieron daño a alguien al venir.

Hoy he visto un ratón en el lavadero. Salió disparado de debajo de la lavadora, justo delante de mí, y se metió en el hueco que hay detrás del escobero. Me dio un susto del demonio. Sabía perfectamente por dónde moverse. Una pequeña bolita gris; carita puntiaguda y graciosa. Pero yo no quería verlo.

Se lo conté a las demás más tarde. Cuando dije «del demonio» vi que Dolores hacía un gesto de desaprobación y miraba a Simone. Tuve que contenerme para no responderle con una mueca. A mí me parece muy joven, aunque ya debe de rondar los veintinueve. Todavía lleva con mucha dignidad el chaleco negro acolchado sobre el hábito, igual que la primera vez que la vi. Es su manta de seguridad. Cuando lo pienso, me invade la ternura y se esfuman los sentimientos mezquinos. Echa de menos a su madre, que le envía cartas sensibleras y fotos de sus hermanos desde Ciudad Quezón.

Me encontré el horrendo rascaespaldas de Simone donde ella lo había dejado: en el brazo del sofá. Lo suele llevar en el bolsillo (por lo visto, los bolsillos de los hábitos son bastante grandes), pero a veces se lo deja en una mesa o en un asiento, como hoy. La primera vez que la vi utilizarlo me entró la risa. Me parecía íntimo y obsceno, como si se estuviera poniendo desodorante en el sobaco delante de todas. Ahora me parece tan normal como cuando la veo atarse los zapatos. Lo saca del bolsillo, lo extiende con un movimiento rápido de muñeca, lo introduce por la parte de atrás del cuello de su hábito y lo desliza por la espalda al ritmo que marca su codo en el aire. En ocasiones lo hace mientras habla contigo, inclinando un poco la cabeza y entrecerrando los ojos por el placer que le produce rascarse. Es la misma expresión que uno ve a veces en los perros. Pero ella sigue hablando, con los ojos fijos en ti, sin cerrarlos del todo.

El extremo plateado del rascaespaldas tiene forma de mano, huesuda y siniestra.

Mientras recogía las sábanas secas del tendedero, levanté la vista hacia los cercados y observé cómo un pelícano descendía sobre el agua de la presa. Planeó a varios centímetros de la superficie del agua durante unos segundos que se hicieron largos, estiró las patas, se echó hacia atrás y extendió con soltura sus enormes alas para frenar contra el aire.

Junto al tendedero me fijé también en Carmel, que se agachaba para coger el cesto con la enorme pila de sábanas limpias. Extendió los brazos como si fuera a levantar del suelo a un niño pequeño.

Nadie sabe cuándo van a llegar los restos —los huesos de la hermana Jenny— ni cómo. Las fronteras siguen cerradas, incluso para «viajes imprescindibles». Es imposible conseguir una dispensa y, en cualquier caso, hay muy pocos vuelos. Se da prioridad a los australianos que vuelven al país; vivos, no muertos.

Desde hace muchos días, cada vez que veo a Bonaventure rezando, su delicado rostro está humedecido por las lágrimas.

No estoy muy segura de cuánto podría complicarse el traslado de los huesos por el hecho de que Simone sea… impopular —si es que esa es la palabra— entre las superioras. Parece ser que, hace tiempo, una huésped la «denunció» por no ser suficientemente estricta en el gobierno del convento. Ella nunca ha comentado nada al respecto, pero Josephine me lo explicó poco después de que sucediera; fue ella quien vio el email con la queja y las personas en copia. Me lo contó mientras me ayudaba a pelar patatas, y también dejó caer que en la problemática laxitud de Simone se incluía el haberme permitido vivir aquí. Sigo sin saber si eso es verdad, pero creo que una parte de Josephine disfrutaba al transmitirme esa impresión. Estábamos de pie delante del fregadero, una junto a la otra, limpiando la tierra de las patatas. Yo dejé que el silencio se prolongara y me parece que no le gustó. Cuando conocí a Josephine me impuso bastante: por su estatura y por su cara, supongo, por su larga nariz y la corporeidad serena y confiada que mostraba en la iglesia. Pero con el tiempo me he ido dando cuenta de que es una persona muy tímida. La cara se le pone roja cada vez que le haces una pregunta directa.

Aquel día junto al fregadero acabé preguntándole cómo había respondido Simone a aquella queja. La cara se le puso aún más roja que de costumbre y me dijo que Simone se había limitado a poner los

ojos en blanco y a decir algo en francés con tono displicente. Después sacó las manos del agua sucia del fregadero, se las secó en el delantal y me dijo que se tenía que ir. Creo que quería evitar mis preguntas, aunque yo no pensaba hacerle más.

Es cierto que a Simone se la vio preocupada durante un par de semanas después de aquello y que escribió muchos emails.

Anoche, antes de irme a la cama, salí y me planté en el camino de entrada para mirar las estrellas que brillaban en el cielo negro y frío. Después de tantos años viviendo en ciudades, la inmensidad de este cielo me transmite un vértigo salvaje y deslumbrante.

Regresé por el camino de gravilla. Las ventanas del ala del convento donde se encuentran los dormitorios proyectaban una luz suave, y mientras escuchaba el sonido de mis pasos y el ruido de una zarigüeya moviéndose en la parte alta de un árbol, agradecí la vida que llevo aquí, ahora.

Puede que en otro idioma exista una palabra para referirse a lo que me trajo a este lugar, para describir el tipo particular de desesperanza que me embargaba en aquel momento. Pero yo no he escuchado nunca una palabra que exprese lo que sentía entonces y lo que mi cuerpo sabía: que tenía la necesidad —una necesidad animal— de encontrar un lugar en el que no hubiera estado nunca y que sin embargo fuera, de alguna innegable manera, mi hogar.

Esta mañana temprano, después de mi ensoñación con las estrellas y la zarigüeya, descubrí que algo —probablemente esa misma zarigüeya— había conseguido atravesar no solo el plástico del invernadero (no me sorprende; está empezando a pudrirse), sino prácticamente todas las campanas antiplagas que yo había colocado para proteger la variedad de lechuga más resistente que tenemos plantada. Se había comido casi todas las plantas hasta la raíz. Solté un juramento mirando hacia los árboles y en ese momento caí en la cuenta. Zarigüeyas, no. Ratones.

Solo quedaban tres plántulas de lechuga. Me puse manos a la obra y retiré las campanas que Richard Gittens me había enseñado a hacer con malla de gallinero y manillas de puerta viejas. Las reforcé con doble malla y las encajé en unos surcos más profundos alrededor de las plantas. Me arrodillé ante mis diminutos sagrarios verdes en el aire seco de la mañana, envuelta en el olor de la tierra y con las cacatúas revoloteando y chillando sobre mí, y seguí trabajando. Amontoné paja alrededor y enrosqué las nuevas campanas más profundamente en los surcos, rellené el hueco con la tierra que había sacado y la compacté. Con el tacón de mi bota hundí los ganchos que aseguraban la malla. Sabía que todo aquello probablemente fuera inútil.

Al otro lado del huerto sonó la campana que llamaba a laudes.

Mi madre solía coger tierra del jardín con las dos manos y, maravillada, me la mostraba y me decía que la oliera, que sintiera la humedad de aquellos terrones negros, que observara la lombriz sonrosada que serpeaba entre ellos. A veces parecía que sentía más amor por la propia tierra que por las plantas.

Hacia el final de la comida abrí la boca para preguntar por el ruido que había escuchado en mitad de la noche. ¿Alguien más había escuchado que el piano tocaba solo bastante después de medianoche o lo había soñado yo? Pero antes de que pudiera preguntar nada, Simone dijo —con sorprendente indiferencia, pensé— que los restos de la hermana Jenny llegarían en un par de semanas. *Si Dios quiere.*

Todas fijamos la vista en Simone. Era como si quisiera que la noticia sonara a algo normal y corriente, como si estuviera hablando de a quién le tocaba poner las flores o de que había que arreglar el tejado del gallinero (otra vez). Dijo como de pasada que en las semanas anteriores se había solicitado «información» en círculos diplomáticos y a personas influyentes, y que estábamos «avanzando». Cuando los huesos estén aquí y obtengamos el permiso de las autoridades locales, la hermana Jenny será enterrada en el convento como corresponde. Esto lo dijo Simone con particular rapidez, como si necesitara pasar por encima de lo que en realidad significaban aquellas palabras: el hecho de que había que cavar una tumba (¿quién la iba a cavar?, ¿dónde?) y que había que depositar allí unos huesos (¿los íbamos a depositar nosotras?). Miré a Bonaventure, que respiraba sin ruido, pero su expresión no revelaba nada.

Todavía había cosas que hacer —«cuestiones administrativas»—, dijo Simone, pero se había encontrado una forma de repatriar los huesos, vendrían acompañados por una persona de nacionalidad australiana. Tras decir eso guardó silencio y siguió comiendo, y yo supe que no volvería a mencionar el tema en todo el día.

Ya estoy acostumbrada a esto, a la espera. A una comprensión fragmentaria, que se va dando sin prisa y que a veces deja sin contestar algunas preguntas.

Al principio me chocaba —me irritaba un poco, para ser sincera— lo lento que hablan aquí estas mujeres, las largas pausas que hacen antes de contestar a cualquier pregunta o comentario. Al principio pensaba que era pura afectación. Pero luego recordé un largo viaje que había hecho con mis amigos cuando era joven. Recorrimos el país en coche desde la costa este a la costa oeste y vuelta, atravesando dos veces el desierto de Nullarbor, y acampando cada noche por el camino. Tardamos un mes, y durante ese tiempo nuestros movimientos se volvieron cada vez más lentos. Los primeros días conducíamos largas distancias, montábamos las tiendas de campaña al anochecer y a la mañana siguiente nos levantábamos muy temprano para recoger el campamento y ponernos en ruta. Pero al final del viaje solo conducíamos tres o cuatro horas al día y todo nos llevaba mucho más tiempo. Cada vez tardábamos más en levantar el campamento y ponernos en marcha por las mañanas. Cuando por fin regresamos a la ciudad, nos asustaba la velocidad de todo y lo alto que hablaba la gente. Nos parecía que los camareros nos gritaban cuando venían a tomarnos la comanda de la cena.

Alex era uno de los que iban en ese viaje. Éramos jóvenes y nos turnábamos para conducir y repantigarnos en los asientos traseros del coche de nuestro amigo, mientras cantábamos las canciones que sonaban en el radiocasete. Sin embargo, a medida que transcurría el viaje empezamos a pasar el tiempo contemplando el cielo y soñando, una hora tras otra. Las cosas eran sencillas, no había ataduras, y creo que jamás me he vuelto a sentir tan libre como en aquel viaje por el desierto. Excepto aquí. Una o dos veces he sentido lo mismo aquí.

No fue agradable, fue inquietante, volver a escuchar el piano por la noche. Esta vez las demás también lo oyeron, como unas notas que se confundían con nuestros sueños al principio. Pero al poco tiempo me di cuenta de que todas estábamos despiertas, escuchando el golpeteo de aquellas notas de piano, discordantes y arrítmicas, en la noche calma y oscura. Era un sonido equivocado y amenazante, como si alguien borracho o enfermo se derrumbara sobre las teclas. Escuché cómo Simone abría la puerta de su cuarto y cómo sus zapatillas se deslizaban por las tablas secas del pasillo, cómo giraba a la izquierda en el vestíbulo de la zona de dormitorios, pasaba por delante de la cocina y el comedor y entraba en la sala de estar. Para entonces yo ya estaba completamente despierta, pero no tenía ningunas ganas de levantarme de la cama. Seguí echada y escuchando atentamente, pero lo único que oí fue el chirrido de la tapa del piano al abrirse, el sonido seco y fuerte al cerrarse, los interruptores de la luz, los pasos de Simone regresando a su habitación y la puerta que se cerraba.

Olor a humo lejano a primera hora de la mañana. Richard Gittens lo confirmó: primer incendio de hierba seca provocado por un rayo esta temporada, al otro lado del pueblo. Lo han apagado rápido, pero aun así… El verano ya está aquí, ha dicho Richard.

Los huesos llegarán dentro de unos ocho días, nos dicen, y cuando lleguen organizaremos la vigilia y los velaremos —*la* velaremos, a la hermana Jenny— en el Salón de Nuestra Señora, la sala de estar azul a la que nosotras nos referimos en broma como «la sala de estar buena», que es como la madre de Carmel llamaba a la sala de estar

que tenía en la parte delantera de su casa de Adelaida, en la que nunca entraba nadie y que se reservaba para las visitas.

Nuestra vigilia va a durar, ha explicado Simone, hasta que el ayuntamiento tramite los permisos para el entierro y después tendremos un funeral como Dios manda y enterraremos a la hermana Jenny en un lugar consagrado todavía por decidir.

Nos invadió —al menos a mí me invadió— un desasosiego parecido al que me produjo el piano por la noche. Un fantasmal sentimiento de amenaza, de mal agüero. Intenté apartarlo de mí, avergonzada, porque ¿existe algo más humano, más natural o más entrañable que enterrar los huesos de los difuntos en el lugar que les corresponde en este mundo? Pero seguía sintiéndolo.

Después de contarnos todo esto, Simone cogió su taza de té, dio un sorbo y nos dijo que la persona de nacionalidad australiana que va a traer los huesos es la hermana Helen Parry. Y dio otro sorbo.

Detectados dos ratones esta mañana en la sala de estar. Sissy vio un destello, un movimiento veloz, difuso —cola larga y gomosa— entre el piano y la estantería y, en el momento en que soltaba un grito, ¡apareció un segundo ratón que siguió disparado al primero! Me la encontré en el pasillo inmediatamente después, sobrecogida y frotándose la parte delantera del hábito con sus dedos largos y pálidos, como sacudiéndose las huellas de alguna alimaña, aunque, por supuesto, en ningún momento los ratones se le acercaron tanto como para poder rozarla. Pero entendí que solo con verlos pudiera experimentar ese sentimiento de pánico y ultraje. Sobre todo Sissy. No sé muy bien por qué, pero pienso que a ella le debe de afectar más, quizá por lo delicada que es y la palidez de su piel, y por el modo indolente con que se mueve (pensaba que ya había superado lo de su nombre, que al principio me pareció muy absurdo, pero quizá también tenga que ver con eso). Las demás, incluso Josephine, me parecen más duras. Y Simone es, por encima de todo, una mujer práctica. Ese es uno de los motivos por los que me gusta tanto.

Después se planteó la cuestión de qué hacer. El problema moral de tener que matarlos. ¿Qué daño hacían correteando por ahí y mordisqueando la comida? En el pasado, las hermanas habían tenido suerte con los ratones: aquí siempre ha hecho demasiado frío como para que prolifere alguna de las plagas que de vez en cuando se dan en otras partes del país, y la presencia de algún ratoncillo que otro no hacía daño a nadie. Las hermanas tenían más cuidado con la comida de la despensa y soltaban a las gallinas más a menudo para que los persiguieran, y la naturaleza seguía su curso. Pero, según parece, puede que ese lujo no se vuelva a dar: hemos tenido una primavera más calurosa que nunca y desde entonces el tiempo ha sido más seco de lo normal en todas partes, lo que ha provocado que la plaga de

ratones del norte del país haya empezado a extenderse más hacia el sur y hacia el este que otras veces. Aquí nunca hemos tenido gatos, para evitar daños en la fauna y la flora. Pero Richard Gittens nos dice que se acerca una plaga y que más vale que nos preparemos.

Nos congregamos alrededor del piano, expectantes, cuando Simone se dispuso a abrir la tapa de arriba. No había *bichos,* pero sí un *nido*. El fieltro de muchos de los martillos estaba desgarrado y con las tiras los ratones habían hecho un nido amplio y mullido. En el centro, por encima de los martillos y de las cuerdas, había también algo que parecía relleno de *kapok* mezclado con plumas. Apestaba, por supuesto. Hace mucho que nadie toca ese piano: Josephine prefiere ensayar directamente con el órgano de la iglesia. Nos acercamos, asomamos la cabeza y la retiramos en cuanto percibimos el mal olor. Simone cerró la tapa y dijo que Richard Gittens tenía razón y que nuestro cometido ahora es «controlar» a los ratones, es decir, matar el mayor número posible. Ya pensaríamos en el modo de *desagraviar.*

Después llegó Richard con un cubo lleno de cebo, ratoneras de plástico gris y cajas de unas horripilantes trampas adhesivas de color amarillo; y Bonaventure apareció con media docena más de ratoneras metidas en una caja gris y polvorienta que había rescatado de la oscuridad del viejo cobertizo de las herramientas. Pero todavía no hemos puesto el cebo ni colocado las trampas. Hemos llevado a la oración este asunto. Al menos ellas; y yo… he pensado con intensidad en los ratones y en lo que una plaga puede suponer. ¿Qué pasaría si no hacemos nada? ¿Qué podemos permitirnos perder y qué debemos proteger?

A Richard Gittens nadie le ha dicho nada sobre los huesos que están a punto de llegar y lo que se va a hacer aquí con ellos. No vamos a hablar del tema ni siquiera entre nosotras. No va a haber ningún tipo de *circo,* como dice Bonaventure. A la desaparición de Jenny, por lo visto, le dieron cobertura en los medios; yo no lo recuerdo. Dudo que a nadie le importe a estas alturas. Pero… ¿qué pasa con la gente del ayuntamiento?, he preguntado. Seguro que el cotilleo va a trascender.

Simone ha dicho que si eso sucede ya se ocupará ella, pero que *nosotras* no vamos a decir nada a nadie. Y se refería a Richard, nuestro único visitante.

Sospecho que la verdadera preocupación de Simone es que si hablamos de este asunto entre nosotras el alboroto sea mayor. Este sitio es un refugio, un lugar de estabilidad. No de agitación.

A Richard Gittens le exaspera tanto escrúpulo para matar roedores. Después de vísperas ha mirado a Simone a los ojos y le ha dicho: «No tiene usted ni idea de lo malo que puede llegar a ser esto».

Me dan miedo los ratones. Son unas criaturitas aparentemente indefensas y, sin embargo, cada vez que veo uno agazapado en el porche, intrépido, regordete, olisqueando y mordisqueando, se me acelera el corazón del susto.

Y qué decir de Helen Parry… Para mí es un impacto más fuerte que la llegada de los huesos.

Voy en coche al pueblo con los mismos sentimientos encontrados de siempre. Procuro no estar nerviosa *ni* entusiasmada por salir de aquí, pero siempre, como una tonta, me pasan las dos cosas. Ninguna de las otras sale por otros motivos que no sean «citas médicas o asuntos importantes». Los recados corrientes me los dejan a mí.

Antes de irme, enviaron a Josephine a la iglesia para que colocara una hilera de esas espantosas trampas adhesivas alrededor del órgano. Bonaventure cogió el cubo con el cebo. Simone me miró y me dijo: «Tú te puedes encargar de la cocina», y se lo agradecí. En efecto, los estantes de la despensa estaban punteados con excrementos de ratón, pero, sorprendentemente, solo habían abierto un agujero en uno de los paquetes grandes de harina. Voy al pueblo para buscar recipientes —metal y cristal— que sustituyan a los envases de plástico donde guardamos el arroz, las alubias, las especias y otros alimentos no perecederos. Simone me gritó cuando me iba: «Que las tapas tampoco sean de plástico; las roen».

Una vez vi a una monja budista en una tienda de electrodomésticos mirando anhelante un robot de cocina carísimo. Al observarla me sentí superior y pensé: *Ay, pobrecilla.* Ahora estoy sentada en el coche y respiro lenta y profundamente para intentar calmar el zumbido de mis nervios antes de entrar en una tienda benéfica a comprar tarros usados. Desde que volví para quedarme a vivir aquí, no he reconocido a nadie de mi juventud, aparte de Richard Gittens, y ni siquiera él cayó en la cuenta de quién era yo hasta que se lo recordé aquel día en la carretera. El caso es que un extraño temor a ser reconocida me acompaña a todas partes. Ahora llevo mascarilla (algo todavía novedoso para nosotras, cuando el resto del país está ya hasta las narices), y el anonimato que me proporciona me tranquiliza.

Salgo del pueblo con cajas de tarros tintineando en el asiento trasero del coche.

Durante un breve periodo de tiempo, cuando era niña, hubo un profesor de piano en el pueblo que iba de casa en casa dando clases particulares. Estaba muy demandado, porque venía de Sídney, era simpático y había enseñado música en el conservatorio. Yo no sabía lo que era el conservatorio, aunque la gente pronunciaba ese nombre con gran veneración. Al cabo de unos meses, sin embargo, varias piezas empezaron a encajar. En una de las casas le contó un chiste verde a un niño de doce años. En otra, insistía a la madre de la niña para que aprovechara el tiempo de la clase para ir de compras. Y una vez se puso detrás de un niño para corregirle la postura en la banqueta y el niño sintió algo en la espalda. No contó nada a sus padres, pero el día de la siguiente clase no apareció por casa hasta que se hizo de noche y la madre, avergonzada, tuvo que pagar igualmente al profesor.

Mi madre me contó años después que nadie llamó a la policía, pero que, cuando se descubrió el asunto, los padres le dijeron al profesor que mejor que se fuera del pueblo pitando. Y eso hizo.

En el coche me vino este recuerdo. Era la primera vez que volvía a pensar en ello desde mi infancia. Debe de haber sido por lo que vi ayer cuando se abrió la tapa del piano: toda aquella porquería a la vista y el hedor que por fin se liberaba y salía al exterior.

Nadie supo nunca adónde fue después el profesor de piano. Ningún padre se planteó denunciarlo a las autoridades y nadie advirtió a nadie del peligro.

Cuando pienso en las distintas fases de mi vida, las imagino como una serie de habitaciones a mis espaldas, cada una con una puerta abierta que da a una habitación anterior, detrás de la cual hay otra habitación y otra y otra. Las habitaciones no están del todo vacías ni del todo a oscuras, sino como en penumbra, con contornos indefinidos, y no me gusta pensar mucho en ellas. Cuando oigo el nombre «Helen Parry»

pienso en las habitaciones de más al fondo, las de sombras más profundas.

El colegio católico St Ursula sigue todavía allí: un viejo edificio de granito situado al final de la cuesta que hay frente a la iglesia. No era en absoluto —sigue sin serlo— un colegio de élite. No llevábamos sombrero ni *blazer* y no había internos, que es lo que la gente parecía esperar cuando, ya de mayor, me fui a vivir a Sídney y me preguntaban dónde había estudiado. Era el típico colegio de pueblo, con algunos profesores muy competentes y otros que daban sus clases sin demasiado entusiasmo. Tampoco los culpo.

Había varias monjas en el St Ursula, pero a la única que recuerdo claramente es a la hermana Marian, una mujer de mediana edad y nariz aguileña que daba clase de religión —claro— y alguna otra cosa. ¿Geografía? La hermana Marian nunca me llegó a dar clase, porque cuando tuve la edad de cursar sus asignaturas ella había dejado ya el convento para casarse con un cura secularizado.

Lo que recuerdo de la hermana Marian es el alarido que soltó la vez que se me cayó (o *lancé* sin pensarlo demasiado, supongo) por una ventana del piso de arriba el estuche de un compañero de clase que me perseguía durante uno de esos juegos adolescentes en los que no parábamos de chincharnos. Mi intención no era que el estuche le cayera encima a la hermana Marian, pero eso fue lo que sucedió. Lo más raro del caso es que ella afirmaba que le había golpeado en el bajo vientre, aunque esto era poco menos que imposible: ¿acaso estaba tumbada sobre el hormigón del patio? No se lo quise discutir, porque la hermana Marian, mirando hacia la ventana de nuestra clase, gritaba furiosa que probablemente habíamos acabado con sus «posibilidades de ser madre». ¡¿Qué?! Los niños nos desternillábamos: para empezar, era bastante vieja y, además, nos decíamos entre risas, ¿no se ha dado cuenta de que *es monja?*

Este recuerdo de la hermana Marian es puro y nítido pero muy absurdo: ¡una monja que se queja de que el impacto de un estuche puede haber incapacitado su útero! Naturalmente, el otro objeto de nuestro pitorreo era su ridícula idea de que alguien quisiera mantener

relaciones sexuales con ella. Pero luego se fue y tuvimos que reconsiderar nuestras ideas sobre la hermana Marian. Cuando lo pienso ahora, me pregunto qué edad tendría en realidad.

Fue una época en la que algunos profesores del colegio perdían los estribos de manera llamativa. Es verdad que éramos un grupo de alumnos bastante díscolos. Había una profesora de español —una mujer un tanto atolondrada que nunca había sabido imponerse— que estalló una vez en clase cuando uno de nosotros se quejó de que algo que nos había pedido no era justo. «¡La vida nunca es justa!», gritó. La mirábamos sin pestañear. «¡Los niños se pueden morir con solo dos años!», se lamentó, y rompió a llorar.

Sabíamos que la señora Teixeira no tenía hijos; era otra de esas mujeres mayores, poco agraciadas y peculiares que no servían para dar clase. ¿Sería ese el motivo por el que éramos tan crueles con ella? Mientras lloraba, todos permanecimos en silencio, paralizados por la vergüenza. Pero cuando salió del aula entre hipidos, dimos rienda suelta a la tensión contenida con un estrépito de risas y gritos. Nadie sentía pena por la señora Teixeira; solo sentíamos desprecio. ¿Por qué no se buscaba otro tipo de trabajo? Pero volvió a la semana siguiente, como si no hubiera pasado nada. Me pregunto si algún profesor se enteró de lo sucedido. Aun así, dudo que alguien la hubiera ayudado. Nunca mejoró como profesora, aunque allí siguió años y años.

El señor Hogan, director del St Ursula, era un hombre joven y reservado que solía llevar una chaqueta raída de cuero marrón que le quedaba grande. Tenía una barba pelirroja y recortada, y lo envolvía un aire trágico, porque su preciosa esposa tenía esclerosis múltiple. En el colegio desplegaba una actitud paternal y sonreía a menudo, dejando a la vista unos dientes blancos y perfectos. Un día, formados en el patio durante la asamblea con la que comenzábamos la jornada escolar, mientras bostezábamos y temblábamos bajo la mortecina luz invernal, se inclinó reverentemente hacia el pequeño micrófono y nos dijo: «Chicas y chicos, puedo daros un consejo en esta vida: no os preocupéis por nada; rezad por *todo*».

Pensé que era la cosa más estúpida que había escuchado nunca.

Ahora, cuando voy y vengo del pueblo y paso con el coche por delante del colegio, recuerdo a toda esa gente: al director y su absurdo consejo; a la hermana Marian y su inservible útero; a la histérica señora Teixeira, pobrecita. Nunca sentí el más mínimo respeto por ninguno de ellos. Y aquí estoy yo, recordando mi crueldad de adolescente y arrepintiéndome de ella.

Paso la tarde ocupada en tareas sencillas, mecánicas, que no me exigen pensar: despego etiquetas, lavo tarros y tapas; barro excrementos de ratón; limpio las estanterías de la despensa, les quito el polvo y restriego pegotes y otras manchas. Esterilizo los tarros en las bandejas de horno. Los enfrío y los lleno con el contenido de los paquetes de harina, lentejas, cuscús, especias, semillas, frutos secos y fruta deshidratada. Les pongo etiquetas nuevas con cinta de carrocero, sobre la que escribo con un rotulador. Después de varias horas, me alejo unos pasos de mi impecable estantería y contemplo con admiración las filas y filas de tarros llenos y relucientes.

Sería imposible explicarle a nadie de mi vida anterior por qué o cómo esto —¿qué es?, ¿servidumbre?— me llena de semejante paz.

Un frenesí de limpieza está en marcha. Y nos tiene a todas pasando el aspirador, limpiando el polvo y sacándole brillo a todo, especialmente a la sala de estar buena, porque esta semana llegan los huesos, dentro de tres días, puede que cuatro. Casi todas las semanas nos dicen un día; después, que se retrasa, y nos dan una nueva fecha de llegada. Entre las hermanas se respira un ambiente de nerviosismo que se filtra por las rendijas de la supuesta solemnidad que rodea a este asunto de los huesos. Me siento humillada por la actitud de todas, por este revuelo y afectación de solteronas. Aunque soy la peor: yo también me recreo en la emoción de la novedad; paso un paño húmedo por los alféizares de las ventanas de la sala de estar buena y la repisa de la chimenea, hago que ruja el aspirador y ando inquieta de aquí para allá como todas las demás.

Después de conocer la historia de los huesos y de la santidad de la hermana Jenny, me he vuelto a acordar de María Goretti, que murió apuñalada a los once años y se convirtió en santa. Yo tenía diez cuando la hermana Aloysius nos lo contó en clase. Y me enamoré de María Goretti.

A María la apuñalaron porque no quiso pecar.

El relato de la hermana Aloysius estaba lleno de números. A María le dio catorce puñaladas, con un punzón de veinticinco centímetros, un hombre que parecía estar emparentado con su familia, pero que en realidad no lo estaba. Un punzón, nos explicó, era una herramienta larga y acabada en punta que servía para hacer agujeros a las cosas.

El día del apuñalamiento, María estaba sentada al sol en el umbral de la puerta de su casa, remendando la camisa de aquel primo que no era tal: Alessandro. María era pobre y era italiana. Vi su cabello largo

y lustroso, su piel aceitunada y pálida iluminada por la luz del sol. Oí cómo el tal Alessandro le decía que entrara con él en la casa.

Alessandro mató a María Goretti, decía la hermana Aloysius, porque esta se negó a cometer un pecado mortal. Lo del rechazo era importante, pero, por lo visto, más importante todavía era que, cuando María se estaba muriendo en el hospital, *perdonó a su asesino*.

Puede que la fruición con que la hermana Aloysius nos contaba esta historia sea fruto de mi imaginación. Y puede que me esté inventando la curiosa ansia masoquista de su tono de voz. Pero, si es así, ¿qué tenía ella en la cabeza cuando nos contaba todo esto? ¿Por qué incluía detalles tan injustificados? ¿Y por qué me enamoré yo de María? Lo primero que se me ocurre es que mi yo de diez años adoraba a María porque era normal. No entraba en comunión mística con Jesús ni tenía visiones de la Virgen María. Se limitaba a ocuparse de sus cosas y era una niña como nosotras. Pero su historia tenía también un glamur espantoso que se adivinaba entre líneas en las palabras de la hermana Aloysius. A María la habían deseado. Un hombre la deseó. Ella se resistió, corrió por la habitación interponiendo mesas entre ella y su agresor, pero estaba destinada a morir. Y después fue alabada por su coraje, su resistencia. Creo que no me fijé en la parte del perdón. Lo que me atraía era la persecución, la violencia y el drama.

La hermana Aloysius tenía la piel blanca y seca, y era muy muy vieja. Tenía una voz ronca, gutural, como de hombre anciano, y unas manos también de hombre, grandes, anchas, listas para darte un cachete en las piernas por… ¿qué? Hablar. Reír. Hacer algo inconveniente cuando estabas formada en el patio para la asamblea matutina. La gravilla del patio era igual de seca y blanca que la piel marchita de la hermana Aloysius, y la luz del sol era tan intensa que te lloraban los ojos. No llevábamos sombrero —en aquella época nadie llevaba sombrero en el colegio para protegerse del verano australiano — y había que entrecerrar los ojos. Nuestro uniforme era de crepé de algodón, con cuadros blancos y grises recorridos por una fina línea roja; cinturón de tela con hebillas blancas de plástico que siempre quedaban torcidas; cuello babero de color blanco; calcetines blancos, zapatos negros, piernas bronceadas al aire, para los cachetes. En cierto

modo, visto ahora, la inocencia de nuestro atuendo y nuestras piernas de niña convierten en algo aún peor el hecho de que la profesora nos contara la historia de María Goretti.

Creo que la hermana Aloysius no mencionó cosas que supe después: que Alessandro había intentado estrangular a María antes de asestarle catorce puñaladas. Creo que no mencionó que Alessandro ya había intentado violar a María Goretti en dos ocasiones, pero que ella no se lo contó a nadie porque pensaba que eso le daría problemas. Creo que no mencionó que Alessandro tenía veinte años. Lo que sí creo que dejó claro —sin decirlo, por supuesto— es que, como Alessandro no había logrado su propósito, santa María Goretti había muerto virgen.

Alessandro fue a la cárcel. En la prisión soñó que María le ofrecía unos lirios que se quemaban en su mano al cogerlos. Cuando salió de la cárcel, veintisiete años después, visitó a la madre de María y *ella* lo perdonó por matar a su hija, nos contaban, y fueron a misa y comulgaron juntos al día siguiente.

Por aquel entonces, Alessandro adoraba a María Goretti. La llamaba *mi santita*.

Se hizo hermano lego y lo admitieron en un monasterio, donde trabajó de jardinero hasta que murió en paz, de causas naturales, a la edad de ochenta y siete años. Eso fue en 1970, pocos años antes de que la hermana Aloysius nos contara la historia de santa María Goretti.

A medida que fui creciendo, me desconcertaba el hecho de que al martirio nunca lo llamaran simplemente «asesinato». Pero fue a los diez años cuando me sentí desconcertada por primera vez por la naturaleza del perdón y de la expiación y las condiciones en las que podían darse.

La vida que llevamos aquí —estoy convencida— hace que uno sueñe con más intensidad. Anoche: una familia de canguros con las patas hundidas en un mar tropical sereno y ondulante hocicaban los bordes de las pilas de basura que flotaban en el agua y comían de ellas.

El número de ratones no para de crecer. Cada día caen en las trampas cinco o seis, pero en nuestra visión periférica se cuelan más, los vemos moverse a toda velocidad, entre los muebles y pegados a los rodapiés.

He puesto dos trampas en la sala de estar buena, con crema de cacahuete, que nos han dicho que es mejor que el queso.

En la cocina, si montas una trampa y la colocas con cuidado en el hueco que hay junto a la nevera, no tardan ni quince minutos en caer. Nos turnamos para vaciar las trampas: levantamos la barra (me he enterado de que se llama «barra de exterminio», por obvios y truculentos motivos) y lanzamos los cuerpecitos sin vida al gallinero o por encima de la valla del jardín que queda más alejada.

Hemos preparado «kits de limpieza» y los hemos colocado en los pasillos y las galerías: cubos con cajas de guantes de látex, espráis de desinfectante, rollos de papel absorbente y trapos.

De momento, no ha caído ningún ratón en las trampas de la sala de estar buena. Son como grises centinelas de plástico apostados a ambos lados de la puerta, a la espera de nuestra visitante. La crema de cacahuete se endurece con el paso de los días.

De pequeña tuve una amiga que era hija del dueño del concesionario Holden que había en el pueblo. «Dueño» puede que sea exagerado; creo que no era más que el encargado, porque su nombre no se mencionaba en ningún sitio y no parecía tener el mismo estatus que los demás vendedores de coches del pueblo. Los enormes carteles de los otros concesionarios hacían gala de la tradición familiar: Vic Thompson & Sons Automotive, que vendía Fords, o Ray Beverley Toyota.

Mi amiga vivía con su padre en una casa pequeña, detrás del concesionario. La casa —en realidad una especie de cabaña prefabricada— tenía dos dormitorios diminutos, techos bajos de baldosín blanco y pequeñas ventanas correderas de aluminio, de esas que, por lo general, únicamente se ven en los baños. A mí solo me llamaban la atención las ventanas, porque a mi madre —que nunca fue una esnob con casi nada— le horrorizaban las ventanas de aluminio. Nunca me explicó por qué, y yo pensaba que era porque las asociaba a gente inculta o pobre. Nunca le conté lo de las ventanas, ni que los fines de semana el padre de mi amiga veía la televisión en calzoncillos mientras bebía cerveza directamente de una jarra que siempre tenía en la nevera. Mi padre también bebía vino tinto barato directamente de la caja, pero a él solo lo veía en calzoncillos y camiseta cuando iba o venía de la ducha. Aunque me imponía un poco la vista de los muslos carnosos y la tripa velluda del padre de mi amiga, aquel hombre no me resultaba amenazante. Era como si no se enterara de si su hija estaba allí o no. Era una niña muy callada. Él nunca se dirigía a ella ni a mí.

Lo que más hacíamos mi amiga y yo era jugar en el concesionario después de la hora de cierre. Patinábamos en calcetines por el suelo de linóleo y nos tumbábamos en los asientos reclinables a charlar y reír, con las puertas y los capós abiertos, envueltas en el olor a nuevo de los coches, limpios y brillantes como insectos con las alas extendidas.

En el reducido espacio de su casa, en una jaula de pájaros forrada de papel de periódico, mi amiga tenía ratones. Eran pequeños, blancos o gris claro, de carita afilada y ojos rosa. Ella abría la puerta de la jaula, ahuecaba la mano sobre uno de los suaves cuerpecitos y lo sacaba. Al principio el ratón se retorcía, pero después se quedaba quieto. A veces lo apretaba tanto que yo pensaba que estaba muerto. Mi amiga me preguntaba si quería cogerlo, pero nunca quise. Entonces ella volvía a meter el puño por el hueco de la puerta y soltaba al animal, que se escapaba de entre sus dedos y se iba corriendo al otro extremo de la jaula.

Muy pronto los ratones tuvieron crías —feísimas, como alargadas babosas pelonas— y esas crías tuvieron a su vez más crías en no mucho tiempo. Su casa olía a ratón y, desde entonces, identifico ese

olor inmediatamente, en cualquier sitio, aunque sea un levísimo tufillo.

Cuando hubo demasiadas crías —cosa que sucedió muy rápido—, mi amiga llevó la jaula al bloque de viviendas abandonado e invadido por la maleza que había enfrente del concesionario, al otro lado de la carretera. Abrió la jaula y observamos cómo los ratones salían y se desperdigaban entre la hierba seca. En un momento habían desaparecido. Las urracas y los gatos se los comerán, decía su padre. A nadie pareció importarle. ¿Cuál era el atractivo de tener un ratón como mascota? Mi amiga nunca dejaba que se le subieran por la manga o se le metieran por el cuello de la camisa, como se veía a veces en televisión. Y los ratones tampoco tenían nombre. No parecía que le gustaran mucho; se limitaba a tenerlos metidos en una jaula y un buen día los soltó a todos.

Lo siguiente que tuvo fue una cobaya, que a mí me resultaba casi tan repugnante como los ratones. No me gustaba nada cogerla ni sentir su cuerpo delicado y temblón y sus minúsculas garras cuando mi amiga me la plantificaba en el regazo, pero al menos la tenía fuera de casa, en una jaula de metal. Mi amiga le echaba puñados de hierba y después dejaba caer de golpe la pesada tapa que cerraba la jaula.

Mucho tiempo después de que los ratones desaparecieran de la casa, el olor seguía dentro, y siempre lo he asociado a aquel padre en calzoncillos, a su reservada hija y al tácito sufrimiento del divorcio.

Dolores me saca de quicio con sus estornudos continuos y su no parar de rascarse. Me digo a mí misma que no debo enfadarme: ¡la pobre chica no puede evitar su alergia al polen! Pero es que estornuda de una forma tan *operística*… Se la puede oír desde el otro lado del patio, a través de las paredes, un estornudo y otro y otro, y ella de aquí para allá: bolas de clínex, ojos irritados y llorosos. Aunque lo que sí que no soporto son las convulsiones de su cuerpo: esa pausa teatral y el modo en que dirige una mirada lastimera a quienquiera que esté a su alrededor antes de la siguiente sucesión de estallidos y los suspiros que acompañan a los pañuelos de papel con que se limpia. El ruido de los blísteres de antihistamínicos la sigue allá donde va.

A veces pienso que este lugar me está volviendo loca. Me repugna mi mezquindad y me castigo siendo más amable de la cuenta con Dolores en pequeños detalles. Recogiendo del suelo su puñetero chaleco acolchado por enésima vez.

Lo que en realidad quiero decirle es: Eres muy joven. Lárgate de aquí, vuelve a casa con tu madre y tus hermanas. Asiste a sus bodas, cuida de sus hijos. *Vive*.

En mi colegio había una niña a la que su madre solía azotar con el cable del hervidor. No sé cómo llegamos a saber aquello, porque esa niña no tenía amigos; era una marginada. ¿A quién le habría hecho esa confidencia?

La niña y su madre —no había padre— vivían en el pueblo, en un apartamento de la agencia estatal de vivienda: era un bloque de viviendas de ladrillo rojo bastante feo con parcelas sin edificar a ambos lados. No había ninguna casa cerca; solo una estación de servicio y la iglesia luterana (¿qué era ser luterano? Nunca lo supimos). No había árboles ni setos que suavizaran el aire alrededor del edificio, nada lo protegía de las inclemencias del tiempo o de la curiosidad de quienes pasaban por delante. Había un caminito de cemento en el que aparcaban dos coches viejos, pero la madre de la niña no tenía coche. Era la única madre a la que vimos subirse al autobús escolar, y aquello nos parecía degradante. Ver a la madre de la niña subir las escaleras del autobús con las bolsas de la compra era como ver a alguien desnudo. De aquella misma madre —una mujer amargada que daba miedo— se decía que a veces abandonaba a su hija durante semanas y que la niña tenía que cuidarse sola.

No recuerdo el momento en que supe de la condición de marginada de esa niña. Siempre la habíamos considerado una niña mala: insolente, rebelde, caía mal a todo el mundo. Nunca entendí por qué no intentaba mantener la boca cerrada y volverse invisible. Los profesores la castigaban continuamente y sus compañeros de clase no dejaban de meterse con ella, pero aun así parecía incapaz de someterse. Había algo de amenazante en el modo en que desdeñaba los castigos, las burlas y los insultos; y aunque nunca hablábamos de ello, creo que era esa capacidad suya la que nos asustaba y la volvía odiosa.

Alguna vez —no muchas— me dio pena su aparente incapacidad para entender las reglas básicas de la supervivencia. Se acercaba, por ejemplo, a un grupo de niñas en el patio y hacía una pregunta —o, peor aún, daba su opinión— sobre las zapatillas de una de ellas, o sobre su mochila, su chaqueta… Y lo peor de todo eran sus halagos, porque un elogio de esa niña era un insulto y la destinataria, objeto de burlas durante meses. *Me encanta tu pelo, Leanne,* decíamos imitándola con voces nasales y estúpidas, mientras Leanne, muerta de vergüenza, nos rogaba que nos calláramos.

Aquella niña tenía el pelo rubio rojizo y solía llevar trenzas. Todas decíamos que tenía el pelo sucio y también los dientes, amarillentos y desalineados. Yo también tenía los dientes torcidos, y muchos otros defectos, pero, a diferencia de esa niña, había aprendido a disimularlos lo mejor posible o, si no lo conseguía, manifestaba al menos con cierto garbo la vergüenza que me producía mi nariz prominente y mi pelo fino, mi pecho plano y mis caderas sin curvas. Yo llevaba el uniforme de manera que no llamara la atención: lo suficientemente holgado como para que no se marcaran las formas y pasar desapercibida, pero no demasiado, como la pobre Julie Gower —inofensiva pero exasperante—, a la que el uniforme se le inflaba como si fuera una tienda de campaña de color verde pálido. La mayoría de nosotras (también Julie Gower) conocíamos y aceptábamos cuál era nuestro lugar en el escalafón, y no nos movíamos de allí.

Sin embargo, aquella niña, además de ser gritona, llevaba el uniforme ajustado y muy corto, y sus pechos se habían desarrollado muy pronto. Alguien dijo que había tenido la primera regla a los once años, lo cual era repugnante y contribuía a su tremenda vulgaridad. Aunque su pichi corto y ajustado hablaba más de pobreza que de sexo, el sexo también estaba allí, grosero y feroz.

A veces, cuando la veíamos en el otro extremo del patio importunando a alguna niña (o niño; ni siquiera en presencia de los chicos se cohibía: otra peculiaridad en su contra), en mi grupo de amigas hablábamos de lo que le haría falta para ser atractiva. Esta conversación la manteníamos en tono caritativo; nos hacía sentirnos bien. La chica tenía un buen cuerpo —como si ella no lo supiera;

poníamos los ojos en blanco—: piernas largas y bronceadas, cintura fuerte, brazos torneados. Incluso la cara, de nariz respingona y labios carnosos, habría resultado más que aceptable si hubiera puesto de su parte. Le hubiera bastado con lavarse y cepillarse el pelo en condiciones, dejarse crecer el flequillo (¿cómo era posible que la estúpida de su madre se lo cortara?), cambiar el tono nasal y aflautado de su voz y bajar el volumen. Sí parecía que se depilaba las piernas, algo es algo. Pero tenía un problema de acné y no hacía nada por remediarlo. Este era un tema delicado, porque Eleanor, una de nuestro grupo, tenía la cara y el pecho invadidos de pústulas rojizas. Pero Eleanor se torturaba dedicando horas de atención a sus granos: incontables aplicaciones de Clearasil color carne y limpiezas con un producto antibacteriano que olía a rayos, y nunca, *jamás,* se tocaba la piel sin lavarse las manos. Mientras que aquella niña —lo veíamos— se pellizcaba y se reventaba los granos y no tenía ningún cuidado para que la piel no se le infectara. Ni una sola vez nos dio la impresión de ir limpia. Lo cual, excuso decir, era el mayor de los pecados posibles para una adolescente.

Durante aquellas sesiones sugeríamos piadosamente los múltiples modos en que la niña podría mejorar su aspecto y, con ello, evitar el estigma social que padecía. Y después suspirábamos, porque en realidad ella *no quería* mejorar su aspecto, ni integrarse, ni resultar agradable —hay gente que no quiere que la ayuden—, y esto nos permitía seguir odiándola. Los chicos eran los que hacían la mayoría de cosas verdaderamente horribles —la humillación física y sexual—, pero las chicas nos reíamos cuando las hacían y los secundábamos después con nuestro particular salvajismo (*¿Has cambiado de champú,* preguntábamos haciéndonos las tontas, *o es un grasiento natural?*)

Todos los jueves, cuando los chicos tenían clase de marquetería o metalistería y otras niñas, de economía doméstica, algunas de nosotras teníamos clase de costura con la señora Bird, a la que adorábamos. Siempre procurábamos quedar bien con la señora Bird, porque la señora Bird no era profesora y ni siquiera era católica. Era elegante, serena, irónica e inteligente, y nos hablaba como si fuéramos casi adultas. Ante algunas de las normas estúpidas del colegio —lo de tener que llevar corbata o no poder poner pegatinas en las carteras escolares

—, la señora Bird suspiraba, meneaba la cabeza y enarcaba las cejas para pedirnos que le siguiéramos la corriente de modo que ella no se viera en la tesitura de tener que aplicar esas estúpidas normas. Nosotras hacíamos entusiasmadas cualquier cosa que la señora Bird nos pidiera. Era *encantadora*. Nos corregía cuando utilizábamos mal la máquina de coser y alababa nuestro elemental trabajo con una admiración que parecía genuina.

Un día, la señora Bird tuvo que salir del aula para hacer un recado y, en su ausencia, pasó algo con la niña a la que me he referido y que estaba en nuestra clase ese día.

Más tarde nadie supo decir cómo había empezado todo, pero, un momento después de que la señora Bird se fuera, estalló una violenta pelea con la niña en el centro. Junto a todas las demás, entre el griterío y la confusión que la rodeaban, me sumergí en el barullo, empujé y lancé puñetazos. Al retirar la mano me pareció que alguien —¡la niña! — me había mordido y me había *hecho sangre*. Levanté la mano como si fuera un trofeo.

Entonces, la señora Bird abrió la puerta. Su grito nos paralizó a todas. Nos apartamos y en el centro se quedó la niña, con el uniforme rasgado y una trenza deshecha. No lloraba. Se limpió la nariz con la mano. Estaba jadeante y sudorosa como un animal acorralado, que era lo que había sido en aquellos momentos. La señora Bird nos miró horrorizada, como si no diera crédito a lo que estaba viendo, lo cual nos dolió especialmente. Se plantó en medio —sin poder articular palabra por el disgusto— y recorrió la estancia con la mirada, obligándonos a mirarla a la cara, en la que se reflejaba un profundo dolor. Con una voz queda y aterradora nos dijo que jamás había visto una brutalidad semejante y que esperaba no volver a verla. Y que la clase había concluido por ese día, que recogiéramos el material de costura y que nos quedáramos allí, *en silencio*.

Atravesó el aula en dirección a la niña. «Ven conmigo, Helen», le dijo con ternura —¡su afecto era solo para Helen Parry!—, y las dos juntas abandonaron la clase. Helen salió estirándose el uniforme y secándose la cara, y parecía tan sorprendida como todas nosotras.

Esperamos en el aire cargado, en silencio, con los brazos cruzados, rojas de ira y lanzándonos miradas acusadoras unas a otras: ¿quién había empezado todo aquello? Helen, por supuesto, pero ¿quién más? Cuando la señora Bird volvió, lo hizo acompañada del director, el señor Hogan. Por lo visto, a Helen la había llevado en coche a su casa ¡la secretaria del colegio!

La señora Bird nos observó, sentadas en nuestros pupitres, con tremenda tristeza y decepción. «Podéis darle explicaciones al señor Hogan», dijo con melancólica dignidad. «A mí no me interesan.» Cogió el bolso y se fue del colegio.

El señor Hogan esperó a que la señora Bird cerrara la puerta y escuchamos sus pasos y el ruido de la puerta de la planta baja al cerrarse. A continuación —por supuesto—, se puso de nuestra parte y en contra de Helen Parry. La idea de pedir disculpas a Helen ni se planteó: que nosotras —y mucho menos el colegio— tuviera que pedirle perdón a aquella niña ni se nos pasaba por la imaginación. No se castigó a nadie; solo nos dijeron que debíamos evitar que aquella niña nos volviera a provocar de ese modo. Cuando sonó la campana para la siguiente clase, le mostré al señor Hogan la mano, hinchada alrededor de la marca de los dientes. Infección, dijo sin manifestar sorpresa, y me envió al botiquín para que me pusieran pomada antiséptica.

La señora Bird estuvo ausente tres semanas. Cuando volvió —más brusca, menos cariñosa—, Helen Parry se había ido del colegio para siempre.

Sissy hizo hoy una afirmación en la comida, sin dirigirse a nadie en particular. «Dios *responde* a nuestras plegarias», dijo. «Puede que no siempre como querríamos que lo hiciera, pero responder, responde, y nos escucha.» Recorrió la mesa con la mirada, como si esperara un aplauso o, al menos, asentimiento, pero nadie dijo nada. Insistió: «Incluso cuando uno no se cura de una enfermedad terminal o algo, puede alcanzar una paz mayor».

Seguí comiendo en silencio, agradecida por la protección que este me brinda, porque con Sissy siempre quiero discutir. Siento cierta compasión por ella, porque creo que se está preparando para cuando llegue Helen Parry. Se quiere defender —¿defendernos a todas?— de los comentarios desdeñosos de Helen. Y puede que tenga razón en lo de que la respuesta a la oración no tiene por qué ser lo que uno quiere, sino lo que uno necesita.

Mientras masticaba, pensé en la necesidad que tiene Sissy de controlar las creencias de los demás, de corregir lo que hacen mal y, al mismo tiempo, de que le agradezcan la corrección. Como a todas nosotras, a ella no le gusta que la corrijan.

Después de la muerte del actor de cine David Gulpilil, durante un tiempo utilizar su apellido constituía una grave ofensa a su cultura aborigen. Parece ser que, de forma sorprendente, la mayoría de los medios de comunicación habían respetado esta costumbre, y cuando Simone mencionaba a David en nuestras oraciones semanales también seguía esa regla. Sissy se resistía. Aunque lo sabía perfectamente, durante días anduvo preguntando a todo el mundo «David *¿qué?*», en tono contrariado. Yo la ignoraba, pero más de una vez tuve que salir de la sala de estar para evitar que mi indignación acabara estallando. Un día, Simone la cortó con sequedad: «*Sissy, ya está bien*».

Fue en esa misma época cuando Simone nos dejó poner la televisión una tarde —cosa rara— porque quería que viéramos un documental sobre el actor. Lo que recuerdo es la tremenda autoridad de aquel hombre, cómo se respetaba a sí mismo: «Yo no tengo que actuar», decía. «Yo solo estoy ahí y la cámara me ve.» Y al hablar de una recepción de la familia real británica: «Ese fue el día que la reina de Inglaterra me conoció». No había nada de pretencioso en sus observaciones; solo señalaba la verdad natural de las cosas. Hablaba con franqueza de su cáncer, de los agujeros que tenía en los pulmones y que la medicina no conseguía arreglar. Y recuerdo cómo Sissy acariciaba con los dedos su rosario cuando Gulpilil miraba a la cámara y atravesaba la lente y la pantalla de la televisión y veía los corazones de todas las que estábamos en la sala de estar, mientras decía tranquilamente: «Pueden rezar por mí, pero no va a funcionar». Una sonrisa casi compasiva que constataba una desdichada realidad: «No funciona».

Recuerdo que después, mientras recogíamos las tazas de té, Sissy no se pudo aguantar y tuvo que decir la última palabra: «Era fumador, ¿no?».

Se han producido otros muchos episodios con Sissy desde entonces, pero aquella fue la primera vez que sentí odio en este lugar. Me afectó mucho, aunque sabía de sobra que este tipo de sentimientos es tan posible —¿tan inevitable?— aquí como lo es ahí fuera, en el mundo. Tuve la esperanza de que se me pasara. Después de aquello decidí evitar a Sissy todo lo posible.

Pero hoy me ha dado pena. Sé que la inminente llegada de Helen Parry, e incluso de la pobre hermana Jenny —ese par de díscolas—, ha sido la causa de su breve sermón. Nadie más ha dicho nada. En el ambiente se nota ya una cierta inhibición, el temor a la mera insinuación de que deberíamos ser algo distinto de lo que somos.

Mientras seguíamos masticando en silencio, fuera se ha oído el graznido de un cuervo: *Craa, craa, craa.*

Hoy Simone está de malas pulgas. Ha estado encerrada en su despacho casi todo el día, ocupada, por lo visto, con el papeleo para el

entierro de los huesos. No se permiten inhumaciones privadas sin el «permiso de desarrollo» del ayuntamiento. Hay una normativa que establece la distancia que debe mediar entre la tumba y los suministros de agua potable, el tamaño de la finca, el vallado que debe protegerla del «ganado, etcétera», consideraciones sobre el acceso legal y la servidumbre de paso, en el caso de que se venda la parcela… El perito de salud medioambiental del ayuntamiento debe realizar una inspección del lugar propuesto. El problema es que no parece que el ayuntamiento tenga ningún perito de salud medioambiental, y como ahora el personal del ayuntamiento está teletrabajando, nadie contesta al teléfono. Hay que aportar un plano en el que se indique la localización exacta del enterramiento. También hay que aportar una copia del certificado de defunción, que las autoridades tailandesas no han facilitado todavía, a pesar de que los huesos están a punto de salir del país. No hay ninguna posibilidad de trato especial, ninguna excepción que contravenga la norma, para una monja desaparecida, asesinada y desenterrada, cuyas amigas solo quieren que sus huesos descansen en paz. Cuyas amigas solo quieren visitarla en su tumba, cuidar las flores, arrodillarse junto a ella y recortar la hierba que crezca sobre su cuerpo.

Mi madre era católica de nacimiento, pero estaba abierta a ciertas creencias heterodoxas. A diferencia de la mayoría de las personas que conocíamos, ella tenía una cierta *inclinación hacia lo místico*, llamémoslo así. Una vez, una amiga suya muy peculiar contrató los servicios de un zahorí, y mi madre me llevó con ella para que fuera testigo de aquel arte antiguo. Anduvimos por unas parcelas con la amiga de mi madre, a cierta distancia del hombre con sus varillas. Tenía un aspecto tan normal que me resultó decepcionante. Su atuendo era más parecido al de los ingenieros con los que trabajaba mi padre (pantalones cortos a medida y una camisa ajustada de manga corta; las botas de monte y los calcetines de color caqui eran lo único que no llevaban los ingenieros) que al de la especie de brujo que yo esperaba. Me había imaginado a Catweazle, pero aquella especie de líder *scout* pateaba los cercados sujetando sus varillas con cara de

pocos amigos. El ruido de los camiones nos llegaba flotando desde la carretera junto con la canción zumbona de los saltamontes. Creo que no le gustaba nada que lo observáramos, y no encontró nada de agua. Pero aquello no le daba ninguna vergüenza: únicamente probaba que allí no había agua que encontrar.

En otra ocasión, cuando yo tendría unos once años, después de haber estado quejándome durante bastante tiempo de un misterioso dolor en los gemelos —yo decía que tenía las piernas «cargadas» y otros, incluido el médico de la familia, le quitaban importancia y decían que era cosa del crecimiento—, mi madre me llevó a lo que ella llamaba «un tipo de médico diferente». Trabajaba en una consulta contigua a una clínica dental que ocupaba un pequeño edificio junto a la biblioteca municipal, con una sala de espera de bloques de vidrio verde. Ahora creo que debía de ser un terapeuta de *reiki,* porque el tratamiento consistía en que yo me sentaba en una silla y él movía las palmas de sus manos alrededor de mi cuerpo, desplazándolas con rapidez por el aire. Había algo que no me gustaba de aquel tipo. Era como si a mí no me viera, y hablaba con mi madre como si yo no pudiera oírlo, o como si yo fuera un perro o algún tipo de animalillo incapaz de entender el lenguaje de los humanos. Una de las veces, mientras yo estaba sentada en la silla de plástico y el hombre, de pie a mi lado, mi madre miró por la ventana, se colgó el bolso en bandolera y me dijo que volvía enseguida, que quería ir a por leche a la tienda de la esquina. Desde la silla yo podía ver la tienda, y habría visto a mi madre todo el tiempo mientras iba y volvía, pero no quería que me dejara sola en aquella habitación con aquel hombre. Eso no se lo podía decir, pero al verme la cara mi madre se sentó y volvió a colocarse el bolso en el regazo.

«Bueno, es igual…», dijo, cogiendo una revista.

El hombre había visto la expresión de mi cara y, al girar alrededor de mi silla, le dijo a mi madre: «Esta niña es un poco llorica, ¿no?».

Mi madre lo miró despacio a los ojos y dijo muy seria: «En absoluto».

El tratamiento duró unos veinte minutos. Yo estaba sentada en la silla, avergonzada y tensa, mientras mi madre fingía leer la revista, cuando, en realidad, no le quitaba la vista de encima al hombre, que

se movía de un lado a otro, dando palmadas al aire alrededor de mi torso, mis hombros y mi cabeza. La mayor parte del tiempo estaba detrás de mí, y yo tenía la vista clavada en las patas de la silla de mi madre. Cuando acabó, pude despegarme del pegajoso plástico del asiento y mi madre pagó la sesión. El hombre dijo que habría que continuar con el tratamiento y mi madre le dijo que lo llamaría para concertar otra cita, pero nunca lo hizo. No volvimos a hablar de ello después de aquel día.

Mi madre confiaba en mí y yo confiaba en ella.

La tensión de mis gemelos iba y venía, pero con el tiempo me olvidé del dolor, así que debió de remitir en mi adolescencia.

Cuando tuve veintitantos, y treinta y tantos, y me enteré de cómo eran otras madres —las complicaciones, las capas de dolor y desconfianza, de envidia y control, y la confusión de muchas de mis amigas sobre quién ejercía la maternidad sobre quién— comencé a comprender lo excepcional que había sido la sencilla y poderosa confianza que había entre mi madre y yo. Volví a desear haberle dicho algo de esto mientras aún estaba viva. Aunque creo que habría sido incapaz. Un silencioso pero potente halo de impenetrabilidad acompañaba a mi madre, y ahora creo que decir ese tipo de cosas habría resultado impertinente.

Alguna vez he pensado que estuvo mal por mi parte haberme preocupado tanto de mi madre y no de mi padre. Aunque entiendo por qué lo hice: mi padre y yo nos *conocíamos* muy bien. Y estoy convencida de que, si él hubiera vivido muchos años, yo no habría llegado a conocerlo mejor de lo que lo conocía cuando era niña. No sé por qué eso hizo que mi relación con él fuera tan diferente, pero lo hizo.

Otro retraso. Y más ratones.

Hay un sentimiento creciente y no verbalizado de que Helen Parry tiene la culpa de la tensión que se está generando aquí —con los huesos, e incluso con los ratones—, porque es bien sabido que es conflictiva, vaya donde vaya. Por todo lo que he visto de ella —cuando trabajaba en el bosque, hace tiempo, y observándola después en los medios durante décadas—, Helen Parry siempre ha dado la impresión de ser una mujer fría, nada autocrítica e inmensamente poderosa. Se la conoce por su mirada intimidatoria y por unos modos curiosamente insinuantes cuando se la desafía. De ella emana algo despiadado y sexual. En otra época, si no fuera monja, la habrían llamado *devoradora de hombres*. Aunque su energía erótica no la dirige solo hacia los hombres.

Bonaventure la llama «esa famosa monja», y no le hace ninguna gracia la idea de que venga. Tendremos que limpiarle la habitación y hacerle la cama. A mí me parece razonable, pero a Bon no, y se la ve tensa y resoplando. (Me parece que le da rabia que sea Helen Parry quien acompañe los huesos de Jenny en su viaje hasta aquí). «Era *mi amiga*», ha dicho Bonaventure muchas veces de la hermana Jenny, con tanta vehemencia que pienso que hay algo más: una herida que no tiene nada que ver con la desaparición o la muerte.

Al principio, cuando la monja ecologista radical llegó al campamento del bosque, me sobresalté al oír a otra persona pronunciando aquel nombre tan teñido por la turbia culpa de mi adolescencia. Y cuando vi que efectivamente era ella —¿cómo era posible que *Helen Parry* se hubiera hecho *monja*?—, procuré ocultarme entre los otros. Permanecí despierta dentro de mi saco de dormir, recordando con vergüenza los años de colegio. Ni siquiera se dio cuenta de mi presencia, por supuesto, pero después de unos días fui incapaz de soportar más la tensión: la amenaza de que me reconociera, la denuncia pública. Así que un día me acerqué a ella y le pregunté si podíamos hablar un momento.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando se separó del grupo y se plantó frente a mí. Yo esperaba ver en su rostro algún gesto de reconocimiento, pero no hubo ninguno. Le dije mi nombre: nada. Helen Parry parpadeaba con la mirada puesta en mí y los brazos cruzados bajo los senos, mientras yo le contaba que habíamos ido juntas al colegio y que quería disculparme por lo mal que la habíamos tratado.

Ella frunció el ceño. Parecía confusa.

Sentí el calor en mis mejillas cuando le dije: «Una vez, en clase de costura…». Esperé, aterrada por cómo pudiera reaccionar.

Parecía perpleja, como si estuviéramos hablando de otra persona, como si no lograra comprender por qué una desconocida le confesaba tan confidencialmente un crimen pasado cometido contra alguien a quien ella no conocía.

Yo estaba desconcertada. No podía haberse olvidado. Continué. Le dije que nunca había dejado de avergonzarme por lo que habíamos hecho y que sentía muchísimo haber participado en ello. Sus

impenetrables ojos castaños me observaban mientras yo hablaba, hasta que por fin se acordó y la brutalidad de aquel día se reveló en su mirada.

«Ah, aquello», y dirigió una extraña e irónica sonrisa hacia las copas de los árboles. Cuando volvió a clavar la vista en mis ojos vi una amarga y burlesca compasión… por *mí*. Me impresionó. El silencio del bosque se interpuso entre nosotras. Lo siguiente que vi fue lo que recuerdo más claramente: un gesto de pura agonía se reflejó durante un instante en el rostro de Helen Parry, y vi que ese dolor no lo había causado yo, ni siquiera lo que había sucedido en la clase de costura, sino una cosa distinta, más grande. Me miró entonces con dureza: «Puedo entender por qué aquello fue un tremendo… suceso… para ti». La sonrisa compasiva reapareció, más dura. «Pero para mí aquello no fue nada.»

Y se alejó en dirección al campamento.

Así —de lejos— la he observado desde entonces. En las décadas que siguieron a aquella lejana protesta antitala, ha dormido en tiendas de campaña colgadas de los árboles en el bosque de Tarkine, ha filmado la captura ilegal de ballenas a bordo de un barco de Sea Shepherd, se ha enfrentado a dictadores —Bolsonaro, Duterte— y ha estado en la cárcel. Se ha manifestado por los derechos de las trabajadoras sexuales en la India, por la democracia en Hong Kong y ahora se manifiesta con los estudiantes de Bangkok. Adonde quiera que va Helen Parry, los periodistas la siguen y los abogados hacen cola para defenderla gratis. Ha demandado al Gobierno australiano por la detención de refugiados y por inacción climática. Es inquieta, larguirucha, lleva el pelo muy corto, casi al estilo militar, vaqueros y una cruz de madera grande y gruesa colgada de un viejo collar de cuentas de estilo jipi. O al menos, solía llevarla.

Lo que más me llamó la atención en el bosque —y me sigue llamando la atención ahora— es que nada parece haber cambiado en Helen Parry; que todo aquello que la hacía odiosa en el colegio es exactamente lo mismo que la hace ahora tan inquietantemente poderosa. Su desvergonzada demanda de espacio. La manera en que la ropa se ajustaba a su cuerpo, su carnalidad animal. Su firme e inquebrantable disposición para la pelea.

Nunca he olvidado el peculiar sentimiento que experimenté cuando me dejó en medio de la espesura, sumida en un pesar y un remordimiento que quedaron suspendidos en el aire. Sin acusarme, sin perdonarme. Para ser sincera, admiré su capacidad de negarse a aliviar mi malestar. Me llevó a preguntarme qué es realmente el perdón, o qué significa. ¿Qué esperaba yo de ella aquel día?

También despertó mi admiración el modo en que seguía siendo ella misma, sin ocultar nada. Y ahora que va a venir aquí, a nuestro silencio, eso mismo hace que tenga miedo.

Bonaventure lleva inquieta toda la mañana, apuñalando las esquinas con la escoba y refunfuñando. Hay excrementos de ratón por todas partes y vuelven a aparecer todos los días. Le dije que seguramente a Helen Parry no le importan los excrementos de ratón, dados los sitios tan cochambrosos en los que le ha tocado dormir, y Bonaventure me espetó que le importaba un bledo lo que piense Helen Parry, que no lo hacía por ella. Después se giró con la escoba de una forma tan impetuosa que golpeó una figura de escayola de Nuestra Señora, que se cayó de la repisa de la chimenea y se rompió. Bonaventure soltó un gritito de contrariedad. Le dije que ya lo limpiaba yo y le cogí la escoba. Por favor, le pedí, y la pobre Bon entendió que llevaba toda la semana siendo muy poco razonable y me miró con gesto herido, mortificado, antes de cederme la escoba y salir de la cabaña de invitados.

Metí el extremo de la escoba por debajo de la cama para barrer los trozos de Virgen y me di cuenta de que solo se había separado la cabeza del cuerpo, aunque este estaba desconchado en varios sitios. Volví a poner los dos trozos en la repisa. La figura era la típica que yo había visto en las aulas y hornacinas de iglesia de mi infancia. Hábito blanco, cinturón dorado, velo suelto de color azul celeste con ribete dorado, brazos estirados y manos rosa. Dos pies descalzos también rosa (de factura deficiente: uno sensiblemente más grande que el otro y los dos demasiado grandes para las proporciones del cuerpo), uno de los cuales aplasta el cuello de una serpiente moteada con la boca roja abierta de par en par y la lengua bífida fuera.

Cogí una figura parecida de mi habitación y la cambié por la de la cabaña de Helen Parry. Puse la cabeza de la Santísima Virgen junto a su cuerpo en el alféizar de mi ventana y me olvidé de ella. Cuando más

tarde volví a entrar en mi cuarto para bajar la persiana, vi la cabeza de María apoyada sobre una mejilla: el rostro insustancial miraba la boca abierta de la serpiente que tenía a los pies.

Simone me vio junto a la «biblioteca» que tenemos en las altas vitrinas de la sala de estar, miró el libro que sostenía en mis manos y gruñó: «Sabes que en esas estanterías tenemos libros buenos, ¿no?». Yo lo sabía bien. Dorothy Lee, Edith Stein, Joan Chittister, Simone Weil, Ariel Burger. Arendt, Nussbaum, Hitchens, Robinson, Merton. Pero Simone me había pillado enfrascada en la lectura de *Vidas de santos*. Un libro para niños, supongo, o si no, una antología recopilada por o para un bobalicón. Las historias que recoge son increíbles, infantiles.

Santa Brígida, por ejemplo. Según el libro, cuando no era más que un bebé vomitaba la comida que le daba un anciano druida porque el tipo era impuro. Una vaca roja de orejas blancas acudía a alimentarla en su lugar. ¿Por qué escogí a santa Brígida como patrona de confirmación? No recuerdo que supiera lo del vómito ni lo de la vaca; yo solo tenía la impresión de que ayudaba a los pobres. Me enteré demasiado tarde de que mis compañeras de clase habían escogido sus santas en función de cómo sonaba el nombre junto al de ellas. (Heather Hibberd escogió a santa Jessica, una de las mujeres que se encontró vacía la tumba de Jesús, lo cual me pareció incluso entonces una engañifa escandalosa).

Las vidas de santos son mayormente historias de alegría, benevolencia, amenazas y pruebas de carácter a las que sigue la tortura y la mutilación. Como santa Julia: «Nacida de nobles padres en el sur de África», fue capturada por los bárbaros que conquistaron su ciudad. Vendida como esclava a un mercader pagano —según cuenta la historia—, jamás se quejó ni sintió compasión de sí misma. Aceptó todas las pruebas como voluntad de Dios y desempeñó las tareas más humildes con «gran regocijo». Un día el gobernador se enfadó con Julia, quien no quería participar en una fiesta pagana porque amaba a Jesús. El gobernador intentó comprarla, pero su dueño no quiso venderla. Entonces el gobernador se comprometió a liberar a Julia si esta hacía un pequeño sacrificio a los dioses paganos,

pero Julia se negó porque amaba a Jesús. El gobernador dio órdenes de que la golpearan en la cara y le arrancaran de raíz el pelo de la cabeza, dice el libro. Después la colgaron en una cruz hasta que murió. Su fiesta es el 23 de mayo, que es también mi cumpleaños.

Seguí hojeando el libro hasta que encontré a Buenaventura, «un santo maestro, obispo italiano y doctor en teología»: es el patrono de los trastornos intestinales, porque sufrió una enfermedad gastrointestinal que lo tuvo al borde de la muerte cuando era niño. Ciento sesenta años después de su muerte, desenterraron el cuerpo de Buenaventura para trasladarlo a una iglesia más elegante. Al exhumarlo, descubrieron que su cabeza estaba «completamente incorrupta»: el pelo de san Buenaventura, los labios, los dientes y la lengua no mostraban el más mínimo signo de descomposición y se habían conservado perfectamente.

Creo que no le voy a contar esto a Bon.

Hay algo en el tono y las tonterías para crédulos de estas historias que me recuerda a *10,000 Dreams Interpreted*, un viejo libro que compré en una tienda solidaria porque me hizo gracia. Era un diccionario de objetos y conceptos («cuchillo», por ejemplo, o «fracaso») que supuestamente aparecen a menudo en los sueños, acompañados de un breve texto en el que se explicaba lo que anticipaban a la persona que soñaba con ellos. Muchas de las entradas tenían un significado determinado, pero este era distinto si la que lo soñaba era una «mujer joven». Todavía me acuerdo de algunas, porque solía recitarlas en cenas con amigos. Los renacuajos indicaban «inquietud en los negocios». Pero si una mujer joven soñaba con renacuajos «en agua cristalina», lo que anticipaba era que iniciaría «una relación con un hombre rico pero falto de moral». Soñar con sal era un presagio de entornos conflictivos. Pero si una mujer joven soñaba que comía sal significaba que su pareja la iba a dejar por una chica más guapa, «causándole un tremendo disgusto». Mi favorita era esta: «Soñar con un delfín indica la posibilidad de verte sometida a un nuevo gobierno. No es un sueño muy bueno».

Trece ratones hoy. Un récord. Tenemos que hacer otra cosa con los cuerpos. Los estábamos lanzando por encima de la valla trasera, detrás de los pinos, pero se están acumulando y huele cada vez peor. Nos tenemos que deshacer de ellos: enterrarlos o destruirlos. No solo por el hedor, sino porque su mera visión es horripilante.

El horno ha dejado de funcionar. Simone se lo ha comentado a Richard Gittens después de laudes, porque le inquietaba el coste del servicio técnico. Él le ha dicho que habrán sido los ratones. El horno se ha debido de calentar más de la cuenta porque se han comido el aislante. Es lo que le pasó a su hermana, la que vive en el norte, le ha dicho.

Tenía razón. Desmontamos la placa de la cocina y vimos que el aislante estaba levantado y que los ratones habían hecho un nido justo debajo de los quemadores: aislante mezclado con pelo y con hilos, trozos de galleta y envoltorios de chocolate traídos de sabe Dios dónde. Sissy se ha pasado la tarde allí arrodillada, con guantes de goma y mascarilla, arrancando el aislante y limpiando excrementos de ratón y otras inmundicias antes de colocar de nuevo la placa de la cocina.

En el colegio, Richard Gittens era un muchacho de campo pecoso, de mirada somnolienta, pelo ensortijado y un sentido del humor pausado y mordaz, aunque no hablaba demasiado. Una vez me senté a su lado en clase de matemáticas. Yo me había olvidado el estuche y le pregunté si me podía prestar un bolígrafo. Hizo como que le costaba dejármelo y me lo pasó meneando la cabeza lentamente, mientras decía: «La *sequía* está complicando todo mucho…». Cuando estallé en

una carcajada, él se ruborizó y no pudo evitar una disimulada sonrisa dirigida a su cuaderno.

De vez en cuando me acuerdo de aquello y recuerdo también que, años después, levanté la vista mientras iba caminando detrás del ataúd de mi madre cuando lo sacaban de la iglesia y me sorprendí de ver a Richard Gittens, con la cabeza inclinada, en un banco de la parte de atrás. No vino a casa después, así que, de no haberlo visto en ese momento, nunca hubiera sabido que había estado allí ese día.

Un día, cuando ya vivía aquí, me lo encontré en su Land Cruiser. Yo volvía de hacer *footing*, como hago todas las mañanas, después de maitines y antes de laudes. Se paró para preguntarme si quería que me llevara. Me subí al asiento del copiloto y, mientras me abrochaba el cinturón de seguridad, le dije cómo me llamaba y que habíamos ido juntos al colegio. Frunció el ceño sorprendido y a continuación sonrió. «¡Claro, claro! ¡Ya me acuerdo!», dijo. Y mientras conducía bajo la tenue luz del amanecer por la carretera pálida, flanqueada por llanuras doradas que se extendían ante nosotros, añadió: «Ajá». Con lo cual quería decir —creo yo— que le sorprendía verme en un sitio como este. Y agradecí que no me hiciera ninguna pregunta al respecto.

Desde aquel día he considerado a Richard mi amigo, aunque no tengo ni idea de si él siente lo mismo. Pero de vez en cuando me ayuda con el gallinero o con alguna tarea del jardín especialmente fatigosa. Aparece, trabaja con su estilo metódico, hace caso omiso de cualquier palabra de agradecimiento y se va.

Decencia es la palabra que me viene a la cabeza cuando pienso en él.

El complaciente muchacho de aspecto amodorrado de la ferretería me ha dicho que no se puede pagar con tarjeta y me ha enseñado un cable para que lo viera: lo han roído. He comprado todos los rollos de lana de acero que podía pagar con el dinero en metálico que llevaba encima y nos hemos pasado el día rellenando con ella todos los huecos que hemos encontrado entre las tablas del suelo y las paredes.

Como el horno está inservible, comemos mucha pasta y cocinamos fuera, en la barbacoa —que rara vez habíamos usado antes—, lo cual ha contribuido a crear un peculiar ambiente vacacional. Carmel ha forrado con lana de acero el tubo de la bombona de gas para que los ratones no se lo coman.

Josephine está horrorizada porque ha visto a una de las gallinas engullir un ratón. Yo también lo he visto alguna vez. Lo hacen las más grandes, normalmente la negra o la vieja ISA Brown, a la que, no sé por qué, llamamos Kitty. La he visto con un ratón retorciéndose colgado del pico y con las plumas alborotadas mientras corría en zigzag para escapar de las otras gallinas y se refugiaba en un rincón, a salvo de las demás. Luego, una vez allí, golpeaba el suave cuerpo del ratón a un lado y a otro, contra el suelo de tierra, lo volvía a coger y al momento siguiente solo veías la cola gris agitándose en su pico, mientras se lo tragaba en uno o dos espasmos, concentrada en el esfuerzo de hacer bajar aquel bulto peludo. Después, con la mirada perdida y la respiración pausada, abría y cerraba el pico, aturdida o triunfante.

Esta mañana Josephine lanzó el comedero de plástico del gallinero dentro del fregadero, estremecida: «Yo no tengo por qué ver *eso*». Y de manera involuntaria levantó la mano, pero se dio cuenta y al final no se santiguó. (Una vez me explicó que las monjas viejas de su

internado de Yeppoon no dejaban de santiguarse y cuchichear y que le parecían campesinas supersticiosas. Ella prefiere hacer las cosas por un motivo, conscientemente, y, sin embargo, la mano se alza sin su control un día sí y otro también.) En vez de santiguarse, sacó un pañuelo y se sonó la nariz larga y sonrosada.

Le dije a Josephine que mejor una gallina comiéndose un ratón que una rata comiéndose un pollito, cosa que había sucedido antes. O que un varano haciendo un agujero en el alambre del gallinero y metiéndose dentro. Una vez vi uno. Oí ruido, fui corriendo a ver qué había alterado a las gallinas y observé cómo aquella criatura prehistórica de color granito subía con una rapidez asombrosa por el poste de madera que soporta los ponederos. Las gallinas chillaban y huían despavoridas en todas direcciones, atravesando el jardín y rodeando la iglesia, mientras aquel enorme lagarto se colaba en los ponederos y se comía todos los huevos. Cuando acabó, bajó tranquilamente, mirando cada rincón del gallinero como para asegurarse de que no se le había escapado ningún huevo. Solo entonces se fue y volvió a adentrarse en la espesura.

Arreglé el agujero, pero volvió a entrar dos veces, así que le pedí a Richard Gittens que me ayudara a atraparlo. Se lo llevó en una jaula-trampa para gatos asilvestrados y me contó después que lo había soltado en una zona de matorrales, junto al arroyo que hay cerca de su casa.

Carmel me dijo que seguramente Richard Gittens le había pegado un tiro, pero no creo que él hiciera eso. Me parece que me lo dijo porque no le gusta mi amistad con él. Solía preocuparme lo que ella o las demás pensaran de mí, por esto o por lo otro, pero ya no.

He intentado volver a mirar este lugar con ojos de forastera, para imaginarme lo que le parecerá a Helen Parry. ¿Qué me pareció *a mí* la primera vez? Un sitio venido a menos, un triángulo formado por pequeños cercados en mitad de estas agrestes llanuras, en cuyos alrededores hay un *paintball,* unos huertos solares, la casa de los Gittens y un viejo picadero que en tiempos se autodenominaba «resort ecuestre». El cartel de este sitio de los caballos tiene la pintura

resquebrajada por el paso del tiempo, pero creo que todavía hay unos ponis viejos y escuálidos para montar por los caminos pedregosos y algunas cabañas medio desvencijadas. Lo de utilizar la palabra «resort» por estos lares debía de producir bastante risa, incluso cuando las cabañas estaban nuevas.

(Mis padres me llevaron a montar a caballo una o dos veces cuando era niña y no me gustó nada. Me subían a lomos de un poni viejo y pellejudo, bajo un sol de justicia, y yo iba muy tensa. La guía era una adolescente vestida con unos pantalones de montar mugrientos y unas botas de cuero cuarteado que no paraba de espantarse las moscas de la cara con la mano. Recuerdo sus uñas pintadas con un esmalte rosa descascarillado. El caballo se balanceaba y yo me agarraba a las riendas con tanta fuerza que me clavaba las uñas en la palma de la mano. De vez en cuando, la chica se volvía para preguntarme: «¿Vas bien?», y yo asentía muy seria bajo mi casco, muerta de vergüenza. Cuando acabábamos, todos nos sentíamos aliviados. Ahora asocio montar a caballo con polvo, con el miedo que me daba aquel animal enorme, la compasión que sentía por su cautividad y el intenso picor de mis ojos hinchados e irritados.)

Es raro que pasen coches por nuestra carretera, a excepción de los minibuses llenos de jóvenes que se desvían en nuestra salida los fines de semana en dirección al *paintball*. Si ven a alguna de nosotras, se pegan a las ventanillas del autobús, los ojos como platos, como peces en un acuario; y al poco rato nos llegan las voces y los chillidos flotando por los cercados.

Justo antes del desvío para llegar al convento, Helen Parry verá el anodino local de madera que trajeron en camión desde las montañas en los años setenta e instalaron aquí sobre una base de hormigón. Antes, en los cincuenta, se había utilizado como iglesia anglicana para los trabajadores que construyeron los embalses, acueductos y centrales hidroeléctricas del famoso proyecto de las Snowy Mountains. En una ocasión, la reina y el príncipe Felipe asistieron en él a un servicio religioso, pero como solo cabían dos docenas de feligreses, la muchedumbre y los fotógrafos tuvieron que seguir el acto bajo el frío helador de aquella mañana soleada, a través de un altavoz que habían instalado fuera. Durante un tiempo, en los sesenta, se utilizó como

centro cultural para los campesinos de la zona. No tengo ni idea de qué actividades organizaban allí. Ahora está abandonado, como la mayoría de las cosas por aquí.

Aunque las apariencias engañan. Por lo visto, los del *paintball* se están forrando.

Los huesos y Helen Parry vienen de camino. Llegan hoy.

Anoche soñé con un mercadillo. Alguien vendía una cajita forrada de terciopelo que contenía una colección de fósiles diminutos: dinosaurios minúsculos, completos, perfectamente reconstruidos y de diferentes colores. Un pterodáctilo, un tiranosaurio, un iguanodonte y otros. Antes de que pudiera preguntar el precio —tenía muchas ganas de comprarlos—, un niño inclinó la caja y tiró todos los fósiles en el césped, que estaba muy crecido. Me arrodillé en silencio, desesperada por encontrar los dinosaurios entre la hierba, antes de que el dueño descubriera el desaguisado.

A mediodía llegó un coche fúnebre de color negro y aparcó delante de la puerta. Con actitud ceremoniosa, tres empleados de la funeraria de Sídney se bajaron del coche y se plantaron bajo el sol con sus trajes negros. Al principio nos sorprendió ver la sucesión de mascarillas negras, y entonces nos acordamos. Creo que ellos, por su parte, se sorprendieron también de vernos a nosotras sin mascarilla.

Abrieron el portón trasero del coche, sacaron un carrito metálico, desplegaron las patas y, con gran destreza, deslizaron sobre él un pequeño ataúd sin adornos, de madera color castaño. Cerraron unos seguros que fijaban el ataúd al carro, lo giraron sobre sus ruedas de goma y lo empujaron para que avanzara, con llamativa suavidad, por la gravilla. Lo subieron con cuidado, un peldaño detrás de otro y, a continuación, salvaron el resalte del umbral de la puerta principal. Nosotras nos alineamos en el vestíbulo de baldosa e inclinamos la cabeza al paso del féretro, mientras los huesos de una mujer asesinada recorrían el pasillo de nuestra casa y entraban en la sala de estar

buena, donde se habían quitado las mesas de centro y se habían pegado las butacas contra la pared. En el interior habíamos dispuesto una mesa de caballetes cubierta con una tela de damasco blanca.

Entramos en la sala detrás de los hombres y nos quedamos junto a la puerta observando cómo ponían el freno a las ruedas y soltaban los seguros que sujetaban el ataúd. Se movían alrededor de su mercancía haciendo todo tipo de comprobaciones, acuclillándose, volviendo a ponerse de pie, coordinándose en sus movimientos. Me recordaban a las azafatas de los aviones cuando comprueban puertas y compartimentos y hacen su demostración, pasando la mano de manera inconsciente por cinturones y hebillas, moviendo los brazos a los lados, adelante, como en un baile, musitando un protocolizado lenguaje de seguridad. Los enmascarados se miraron, uno de ellos susurró algo y los tres levantaron el ataúd al mismo tiempo con un movimiento suave y lo pusieron sobre la mesa. En silencio, enderezaron el féretro de la hermana Jenny y salieron de la sala.

Bonaventure y Simone se quedaron de pie en un extremo de la mesa y contemplaron el ataúd con los restos de su amiga. Estaban de espaldas a nosotras, erguidas y serenas. Las imaginé al borde de una inmensa masa de agua —un mar, un lago—, pensando en cómo atravesarla. Yo esperaba que una de las dos cogiera a la otra de la mano, pero no lo hicieron. Al menos, no lo hicieron en nuestra presencia, pero nosotras nos fuimos, cerramos la puerta y las dejamos allí solas. Quién sabe si lo hicieron después.

Esperamos en silencio en el pasillo, junto a los hombres de la funeraria, que permanecieron —profesionales, respetuosos— con las manos cruzadas sobre la entrepierna, en posición de firmes. Tenían la vista clavada en el suelo, pero a veces lanzaban una mirada furtiva y nos observaban tras sus mascarillas. Yo también observaba, a través de sus ojos, el extraño conjunto que debíamos de formar allí congregadas, con aire taciturno, sin ningún tipo de ritual que nos ocultara, nos protegiera o nos guiara. Escuchamos algún ruido procedente del interior de la sala. Alguna cosa dicha en voz baja, el crujido de las maderas del suelo y, después, nada. Pasados unos minutos la puerta se abrió y Simone les dijo a los hombres que se

tomaran una taza de té, e hizo un gesto, a ellos y a todas nosotras, para que la acompañáramos a la sala de estar. Ella y Bonaventure encabezaban la pequeña procesión por el pasillo.

Yo me sumé al grupo, pero después me detuve y entré en la sala de estar buena y me quedé a solas con los huesos. El ataúd es muy sencillo, la madera no está barnizada y tiene un tacto áspero. Pensé en aquella criatura, del tamaño de un niño grande, tendida allí en su caja, muerta.

No sé por qué he escrito «criatura».

El coche que trajo a Helen Parry era un Audi gris plata con salpicaduras de barro anaranjado en las puertas. Desde la ventana de la sala de estar buena observé cómo su cuerpo delgado salía del asiento del conductor agarrándose a la puerta. No llevaba hábito, por supuesto: jersey azul marino, pantalones vaqueros de chico y unas extravagantes gafas de sol, enormes para su cara. Se quitó las gafas, las dejó colgando de un cordón que llevaba al cuello y se giró para mirar directamente a mi ventana. A mí.

Yo sabía que el reflejo del cristal le impedía verme dentro de la sala a oscuras, pero aun así sentí que el corazón me daba un vuelco. Físicamente, quiero decir: sentí que se movía por el miedo. Y al mismo tiempo, estaba segura de que no iba a reconocerme. Habían pasado casi cuarenta años desde que hablara con ella en el bosque, y aquel día su mirada me había traspasado, dirigida hacia un objeto o una experiencia más grande de lo que yo era capaz de percibir.

Incluso entonces, les dije a los huesos que había dentro de la caja, yo nunca fui visible para ella.

Una vez en la sala de estar, Simone les dijo a los hombres de la funeraria que aquí no le iba a importar a nadie que se quitaran las mascarillas. Se miraron, dudando, hasta que uno de ellos, que se llamaba Pat, se la quitó y la metió en el bolsillo, y los otros dos lo

imitaron. Inspiraron despacio y se pasaron la mano por las mejillas bien rasuradas.

Simone se acercó a la ventana para hablar con Helen Parry, y las dos miraron hacia el coche gris plata mientras hablaban.

El coche pertenece a la funeraria. Según parece, Helen se negó a que la trajera uno de los hombres e insistió en que quería venir conduciendo ella sola. Se había detenido varias veces por el camino, lo cual había preocupado bastante a Pat, que temía que se hubiera perdido. Pat había intentado ponerse en contacto con ella por teléfono —eso se lo había dicho a Simone al llegar, en un tono que dejaba entrever que esa había sido una más de las muchas tribulaciones que le había supuesto tener que tratar con Helen Parry—, pero no le había contestado.

Sin embargo ahora ella estaba aquí, sujetando una taza de té a la altura del pecho y hablando con Simone en voz queda —sí, le decía, estaba cansada del viaje en coche y de los viajes anteriores a ese, y sí, le gustaría irse a su habitación, por favor—, así que Simone llamó a Sissy. Cuando acabó el té, Helen Parry se volvió desde la ventana y nos dedicó no una sonrisa, sino una mirada de reconocimiento con la que recorrió toda la estancia antes de salir detrás de Sissy.

Su mirada no se ralentizó ni se detuvo al pasar por mí, y cuando salió de la sala sentí un profundo alivio en mi interior. Creo que no fui la única que lo sintió. En cuanto se marchó, una especie de tensa expectación se desvaneció en el aire y se restableció un cierto equilibrio.

En ese momento un ratón salió disparado desde la pared más cercana al lugar donde los hombres se habían sentado a tomar su café, cruzó por detrás del aparador y salió al pasillo. Los hombres no debieron de verlo, pero Josephine sí, y yo también, y las dos nos miramos, pensando en los huesos, claro, porque el ratón se había ido en dirección a la sala de estar buena.

Los hombres seguían sentados, comiendo el pastel de dátiles que había hecho yo, cuando entró Richard Gittens. Miradas a un lado y a otro y una puesta en acción casi obligada: se levantaron como resortes, saludaron, estrecharon manos y empezaron a hablar con Richard en un volumen más alto del que habían utilizado con

nosotras, voces graves para presentarse y saludar. Me resultaba interesante observar cómo los hombres se saludaban con aquella agitación, como si tuvieran la necesidad de reafirmarse físicamente en aquel espacio de mujeres que era nuestra sala de estar. Como si, al verlos comiendo pastel y bebiendo café, Richard los hubiera sorprendido haciendo algo demasiado femenino. Supongo que el desasosiego venía también del mero hecho de que Richard los hubiera visto allí. En teoría, solo nosotras teníamos que estar al tanto de la llegada de los huesos.

Pero en ese momento para mí la presencia de Richard fue un motivo de enorme consuelo por su firme serenidad.

Los tres hombres se pusieron las mascarillas, se despidieron de Simone con una sobria y profesional inclinación de cabeza y salieron al pasillo. Richard Gittens me interrogó en silencio con la mirada —el coche fúnebre lo había alarmado— y yo solo pude hacer un rápido movimiento de cabeza para tranquilizarlo. Él captó el mensaje, porque a continuación cogió un trozo de pastel de dátiles de la fuente, nos siguió por el pasillo hacia la puerta principal y se quedó en las escaleras con nosotras, masticando, mientras dos de los hombres se subían al lustroso coche negro, lo arrancaban y bajaban las ventanillas. Se podía ver cómo sus cuerpos se relajaban mientras el coche maniobraba marcha atrás. El más joven, que se llamaba Kane, se subió al coche gris plata, echó hacia atrás el asiento del conductor y alargó la mano para encender la radio. Los comentarios de un partido de críquet nos llegaron flotando por el aire mientras el coche se alejaba por la carretera de gravilla.

Simone miró a Richard, me miró a mí y me dijo en tono cansado:

—Vas a tener que explicárselo. Pero no se lo puede contar a nadie. —Después se giró y se alejó por el pasillo hacia su dormitorio.

—Tenemos visita —le dije a Richard, y le hice un gesto para que me siguiera.

Entramos en la sala de estar buena. El ataúd estaba encima de la mesa. Bonaventure estaba sentada junto al ataúd, santiguándose.

Richard parecía consternado y se santiguó también torpemente. Observó el ataúd y susurró:

—¿Hay alguien *ahí*?

Bonaventure y yo le respondimos a la vez.

—Una monja —dije yo, y ella dijo:

—Mi *amiga*.

Richard no sabía qué hacer. Le dijo a Bonaventure que lo sentía, con cara de desconcierto, y yo lo conduje fuera y le expliqué muy brevemente la historia de la hermana Jenny.

—No se lo puedes contar a nadie —dije. No añadí *ni siquiera a tu mujer,* pero por otras conversaciones que he tenido con él me parece muy improbable que comparta con Annette muchas de las cosas que pasan en nuestro convento.

—¿Y qué hay de la otra visita? —preguntó Richard. Había visto a Sissy y a Helen Parry sacando la maleta del coche.

—Es Helen Parry —dije, y sentí que mi mano se posaba en su brazo, porque el recuerdo me hacía revivir el compañerismo de los años escolares y quería proteger al niño de antaño que veía en él de la indolente brutalidad de las cosas que habían sucedido entonces.

Pero —increíblemente— Richard se limitó a preguntar:

—¿Quién es Helen Parry?

Le di un tiempo para que se acordara, pero él me volvió a mirar con sus ojos grises, ajeno a cualquier recuerdo de Helen Parry y de cómo se la había tratado en nuestro colegio. Me invadió un extraño sentimiento de soledad y cansancio.

—Ya te lo contaré en otro momento —dije, y Richard pareció aliviado, aunque me daba cuenta de que él era consciente de que algo inusual estaba sucediendo, y creo que el gesto de poner mi mano en su brazo lo había inquietado. A mí también me inquietó después, y me pregunté si lo había hecho para tranquilizarlo a él o a mí.

Me dijo que solo había venido para traer más trampas. Nos había dejado un montón en el lavadero. En Bunnings se habían agotado, pero dio la casualidad de que entró en Lucas's justo en el momento en que les llegaba un pedido y compró todas las que pudo.

—Han limitado el número de trampas que puedes comprar cada vez —dijo.

Le di las gracias. Él miró al fondo del pasillo y luego al exterior, al lugar donde habían estado el coche fúnebre y el Audi. Después salió y se subió a su camioneta.

Oí a un ratón moviéndose junto al rodapié que tenía detrás de mí, pero cuando me volví ya no estaba.

Me despierto con la sensación de que algo insólito ha sucedido, algo trascendental. Entonces recuerdo que los huesos de una monja muerta están en el edificio, que los ha traído Helen Parry y que ella *está* aquí. Me han entrado ganas de colarme en la sala de estar buena, como un crío, para ver el féretro, y lo he hecho. Durante el canto de sexta miro de reojo a las demás y pienso: *Tú también has ido.*

Richard me dijo hace unos meses que su mujer le ha pedido que deje de venir a nuestra iglesia.

Annette lo ha acompañado una o dos veces desde que estoy aquí, pero nunca ha hablado con ninguna de nosotras. Recuerdo que vino una vez, hace unos años, y yo me fijé en cómo nos observaba mientras cantábamos. A menudo los que nos visitan por primera vez intentan seguir las oraciones y hojean los folletos con gesto preocupado para ver por dónde vamos. O cierran los ojos y se concentran en sus inquietudes personales. Annette solo observaba. Observaba atenta nuestros movimientos y yo veía que estaba tomando nota de cada detalle, para contarlo después (¿a quién? ¿Tiene amigas, una hermana…?). Me la imaginé diciendo: *No hacen más que inclinarse, se sientan, se levantan y cantan unas canciones curiosas sobre enemigos y castigos.* ¿Qué les conté yo a mis amigos cuando vi esto por primera vez?

Volví a centrar mis pensamientos en el salmo y me olvidé de ella. Pero poco después me fijé otra vez en su cara y la expresión no había cambiado. Lo que vi era una mezcla de asombro y repugnancia. Richard estaba sentado a su lado, con la mirada gacha, como siempre, en una especie de reposo contemplativo. Creo que suele hacer cálculos sobre el ganado, moviendo a los animales de un cercado a otro.

Después, cuando rodeé la iglesia para ir a recoger los huevos, vi que Annette estaba junto al pequeño «jardín de los niños perdidos», observándolo con los brazos cruzados. Nunca me ha gustado ese jardín. Ni siquiera es un jardín: es un rectángulo de hiedra rastrera situado junto al ala sur de la iglesia, siempre en sombra. En el centro del rectángulo hay un cartel desvaído con forma de libro abierto, decorado con mariposas, bebés, osos de peluche y pájaros. Las «páginas» del cartel tienen forma de almohada de un color rosa horroroso. En una almohada está escrito en color rojo, con mala caligrafía: *Jardín en memoria de los pequeños que los padres han perdido porque han nacido muertos, por enfermedad, accidente o tragedia.* La otra página dice: *Presentes en nuestros corazones y en nuestra oración.*

Los padres cuyos hijos han muerto o desaparecido pueden «plantar» ahí una baratija o un recordatorio. ¿Por qué elegir este rectángulo para eso? Es el sitio más húmedo de todo el convento. Todos los objetos conmemorativos son de plástico o de escayola barata, y con los años han perdido el color y se han vuelto grises, como suele ocurrir con todos los plásticos. Cada figura es distinta, pero las une la sensiblería y la fealdad. Gnomos y hadas, estatuillas cursis o niñas y niños pequeños. Un santo o una Virgen María por aquí y por allá. Me fijé en cómo Annette lo observaba todo e imaginé el desprecio que le infundiría aquella exposición. Ella, que es dueña de una estilosa tienda de decoración en el pueblo, en la que vende cosas para la casa muy bonitas y muy caras. (Varias veces me he quedado hipnotizada delante de su escaparate: sábanas de lino preciosas, otomanas tapizadas con sedas afganas…). Sentí vergüenza por nosotras, por aquella especie de vertedero lleno de símbolos cutres al que no dedicábamos ni la más mínima atención: lo que transmite este jardín es que en nuestros corazones probablemente no están presentes ni los bebés muertos, ni las hijas desaparecidas ni los hijos esquizofrénicos adictos a la metanfetamina. En realidad, pasamos por delante todos los días sin dedicarles ni medio pensamiento.

Pero entonces Annette se acuclilló y vi cómo arrancaba una brizna de hierba de entre dos pequeños gnomos. Se la guardó en el bolsillo y siguió en cuclillas un poco más; y me pareció que estaba leyendo los

nombres de los niños impresos en los horrorosos palos grisáceos clavados junto a sus tétricos muñecos: las Elizabeths, las Rhiannons, los Aidans, las Jessicas… Después, Annette se levantó y fue hacia la zona soleada, donde Richard Gittens miraba algo en el teléfono móvil, apoyado contra su camioneta.

Cuando Richard me contó lo que Annette le había pedido, le pregunté qué motivos creía él que la impulsaban a ello. Se mordió el labio y dijo: «Piensa que hay algo enfermizo en todo esto…, que el modo de vida que lleváis aquí tiene algo de antinatural».

Eso fue hace unas semanas, pero él no ha dejado de venir. Nunca le he preguntado por qué sigue viniendo y no puedo decir que yo lo sepa.

No recuerdo que nadie me lo contara, pero siempre he sabido que, antes de que yo naciera, mi madre tuvo un niño que solo vivió dos días. Siempre he sabido que se llamaba Dominic y que mis padres no pudieron estar juntos durante el parto a causa de unas inundaciones. Mi madre no se encontraba bien y su médico le recomendó que ingresara en un hospital de Melbourne con tiempo, antes de salir de cuentas, por si la cosa se complicaba. Cuando llegó el momento del parto mi padre no pudo llegar por culpa de las inundaciones. Mi madre dio a luz a un varón y el niño murió dos días después.

Cuando le preguntaba a mi madre por aquello o por otras circunstancias difíciles de su vida, siempre hacía un gesto con la mano y decía: Oh, ni me acuerdo. Pero en la universidad tuve que hacer un trabajo para una asignatura de introducción a los estudios feministas: recoger datos sobre la historia personal de alguna mujer de mi familia. Escribí a mi madre para preguntarle por el nacimiento de su primer hijo y para mi sorpresa me contestó con una larga carta. Había pasado un tiempo desde la muerte de mi padre y quizá fuera ese el motivo de que se decidiera a escribirla. O el hecho de no tener que contarlo de viva voz, o que el trabajo universitario confería a mi petición una autoridad que yo no tenía cuando se lo pedía sin más. En la carta me contaba detalles que yo ya sabía sobre las inundaciones y su delicado embarazo. Pero también me contaba que solo recordaba dos cosas de la muerte del niño. En el hospital, después de que el bebé

falleciera, mi madre estaba en una sala con muchas camas separadas por biombos, en las que las madres daban el pecho a sus saludables recién nacidos. Me contó que recordaba que, allí tendida, en la cama, pensaba en la sala que estaba al fondo del ala de maternidad, donde sabía que estaban los «hijos ilegítimos», solos en sus cunas, esperando a que alguien los adoptara. Me contó que sentía unas ganas tremendas de recorrer el pasillo hasta aquella sala, coger uno de aquellos bebés y llevárselo a la cama con ella.

La segunda cosa que recordaba era que cuando le dieron el alta en el hospital —sola, para ir a alojarse en un hostal para jóvenes católicas hasta que el nivel del agua bajase y mi padre pudiera ir a recogerla— le entregaron un sobre con su nombre. En el autobús que la llevaba al hostal abrió el sobre. Dentro había una factura por los gastos de enterrar a su hijo.

En su carta, mi madre no hacía comentarios sobre su estado emocional en aquellos momentos; solamente ponía por escrito lo que recordaba, en un lenguaje claro y sencillo. Pero entre las silentes líneas de aquella carta escrita con su bonita y redondeada caligrafía azul, yo podía percibir con claridad un dolor y una indignación insondables. Y lo que me parece extraño ahora es que en los pocos años que le quedaron de vida nunca volviéramos a hablar de aquello. Que yo sepa, nunca visitó el lugar donde estaba enterrado su hijo, y ni siquiera intentó enterarse de dónde estaba.

Aunque quizá me equivoque.

Hay muchas cosas sobre la vida de mi madre —su yo secreto— que permanecieron ocultas para mí, y esta fue una de ellas.

Puede que Annette tenga razón en cuanto a lo antinatural de vivir del modo en que vivimos aquí.

Pero ¿acaso no hay algo de enfermizo en el modo de vida de la mayoría de la gente?, me pregunto.

Echo de menos a los bebés. Y no me refiero a que quisiera ser madre —nunca he querido—, sino a que echo de menos ver bebés y escuchar

sus ruidos. Acunar a un bebé de vez en cuando en una fiesta o en una reunión. Lo que más echo de menos es que un bebé se me quede mirando en el autobús, la manera en que te clavan la mirada, seria, fija, curiosa, observándote desde el pequeño trono de su sillita. Me encantaba eso. Y lo echo de menos, mucho. Cuando voy al pueblo estoy atenta por si hay algún bebé, pero pocas veces veo uno.

También echo de menos el mar.

Un descubrimiento espantoso: algunas aves se están comiendo los ratones envenenados. Hemos encontrado cinco urracas muertas y una lechuza de esas que aquí llamamos *southern boobook*. Dolores y yo nos hemos pasado la mañana cavando un agujero enorme y echando a paladas los ratones muertos que estaban apilados en el cercado. Nos hemos puesto guantes de látex y mascarillas quirúrgicas. Una tarea macabra: el olor, los suaves cuerpecillos deslizándose por la pala. Yo cerraba los ojos cada vez que empujaba la pala contra la pila, por miedo a cortar algún cuerpo o, peor aún, ver algo retorcerse. Podríamos haberlos quemado en la vieja incineradora que hay detrás de la caseta de las herramientas, pero decidimos que no, porque tendríamos que limpiarla con demasiada frecuencia. Pienso, no obstante, que el verdadero motivo es que ninguna de nosotras es capaz de soportar la imagen de los cuerpos quemándose. La posibilidad de ver los pequeños cráneos rodando entre las cenizas. Al final hemos resuelto que, a partir de ahora, se acabó el veneno: solo trampas. Y le vamos a pedir a Richard Gittens que nos cave un agujero mayor.

En medio de esta silenciosa y truculenta faena, por no sé qué razón, me viene a la cabeza un jovial himno religioso que solíamos cantar en el colegio: «Dios ama al que da con alegría»; y pienso que, curiosamente, siempre lo he asociado a la tonadilla de un anuncio de refrescos, o puede que fuera de comida para perros… Me entra la risa y Dolores me mira, y se lo explico, y me pongo a cantárselo, y su cara de perplejidad hace que me ría más. Entonces ella se echa a reír también y no podemos parar. Una lluvia de cuerpecitos de ratón cae de nuestras palas y nosotras nos partimos de risa, inclinadas sobre nuestro terrible trabajo.

Una vez, mientras paleábamos, levanté la vista y vi a Helen Parry en la distancia, alejándose por la carretera de gravilla con su mochila. Se pasa la mayor parte del día en el cercado que llamamos Nursery, porque allí tiene conexión; se sienta sobre la hierba rala, con las piernas cruzadas al estilo indio, el portátil, el teléfono y un viejo sombrero de jardinero que le ha dejado Simone para que le dé sombra sobre los ojos. Las últimas restricciones de movilidad han supuesto la cancelación de las charlas y reuniones que tenía previstas, por lo que tiene que hacerlo todo mediante videollamadas. Escuchamos su voz clara, firme, que nos llega flotando a través de los cercados y que llama a actuar en esto o en aquello. A veces grita, despótica, dominante.

A nosotras, sin embargo, rara vez nos habla, a no ser para pedirle algo a Sissy. Un alargador, una regleta, una silla distinta para su escritorio, un flexo, una libreta de gusanillo de una marca concreta. Anacardos y, si hay, plátanos *lady finger,* porque prefiere esos. También un tipo específico de yogur, porque el que tomamos nosotras —el que hago yo todos los días— es demasiado ácido para su gusto. Me mandan al pueblo para que compre esas cosas. Ella hace sus peticiones con una tranquilidad autoritaria, «como si pensara que el mundo le debe algo», según Sissy, quien, deslumbrada al principio, está hasta las narices de ella.

Las demás procuramos evitarla. No le he contado a nadie que fui al colegio con Helen Parry, ni he dicho nada sobre su madre, el apartamento de la agencia estatal de vivienda, las humillaciones en el patio, la pelea en la clase de costura. A veces incluso me olvido, pero después la veo caminando sola hacia su habitación, con un cuenco de sopa en una mano y un alargador en la otra, y me doy cuenta de que lo que vivió en casa y en el colegio, lo que aprendió en aquella época sobre la lucha y la supervivencia, continúa todavía dentro de ella. Y pienso que el mundo le debe algo, sí.

«Aparición»: acción y efecto de aparecer, como Helen Parry, o como un ser sobrenatural, un espíritu, un santo. Como la llegada de los huesos, como una plaga.

Un día, a bordo del viejo kayak amarillo que tenemos aquí, fui remando hasta el centro de la presa y vi algo: una especie de mancha de color pálido, traslúcida, como una medusa pero menos densa. Solo cuando me percaté de que esa cosa se estremecía, en el momento en que el remo agitaba el agua, dejé que la pala se hundiera hasta quedarse quieta y miré con más atención. Vi —creo que vi— una cara pequeña. Desde entonces, cada vez que cojo el kayak de plástico para remar en la presa color pardo, la busco. Un rostro pequeño que flota como una mancha sutil, una marca de agua sobre el agua. No ha vuelto. La echo de menos. Aquella aparición nunca me dio miedo.

Hace una semana, desde el tendedero, vi a Helen Parry sentada en el kayak amarillo en el centro de la presa, inmóvil, dejándose llevar. Por supuesto, nunca le preguntaré por la cara.

Una vez escuché en la radio a un neurólogo especializado en el tratamiento de la epilepsia. Mencionó como de pasada que, por su experiencia, muchas personas con epilepsia eran profundamente religiosas. «Unas cuantas monjas», dijo. El médico explicaba que el aura epiléptica tenía muchas manifestaciones: un olor o un sabor extraños, la sensación de que una onda te atraviesa la cabeza. Una repentina e intensa alegría, o miedo, o temblores, o alteraciones de la vista en forma de luz. Alucinaciones.

Pensé en una pequeña iglesia que visité una vez en la Provenza, en la que Marc Chagall había hecho un mosaico que representa la historia de santa Rosalina, cuyo cadáver desecado —que data de hace seiscientos años— se encuentra en la misma iglesia, en un ataúd de cristal. Santa Rosalina, una monja joven, estaba tan subyugada por la adoración a Dios que en una ocasión en mitad de la tarea cotidiana de preparar la mesa cayó en éxtasis. Cuando volvió en sí justo a la hora de la cena, descubrió que unos ángeles habían hecho su trabajo por ella. Ese es el tema de la deslumbrante obra de Chagall en la capilla: unos angelotes revoloteando sobre una mesa bien dispuesta.

Siglos y siglos de pintura, todas las visiones de los santos, los milagros, todo ese sentimiento religioso. Nada más que alteraciones neuroeléctricas.

Cuando vivía en Surry Hills y todavía trabajaba en el centro de especies amenazadas, no mucho tiempo después de que Alex se marchara, una noche llegué tarde a casa, lo cual no era infrecuente. Esta vez, sin embargo, entré en mi habitación y vi la sábana hecha un gurruño, tal y como la había dejado al despertarme esa calurosa mañana. Había una almohada en el suelo y un revoltijo de ropa, papeles, libretas y el iPad en el lado de la cama donde ya no dormía nadie. Estaba agotada, pero aquel desorden —el mismo caos junto al que me había acostado otras noches— se me hizo de repente intolerable. Tiré de la sábana y el movimiento provocó que todo cayera a la moqueta. La levanté con las dos manos, se hinchó y fue descendiendo suavemente sobre el colchón, y mientras lo hacía sentí como si la posibilidad de otra vida se abriera dentro de mí. Cogí del suelo una de las almohadas y la puse en su sitio, estiré la sábana y convertí la superficie de la cama en un espacio liso y vacío. Me quedé mirando la cama y respirando. Es algo que nunca le he contado a nadie —¿cómo vas a contar una cosa así?—, pero esa sábana suspendida en el aire y descendiendo hinchada y la paz que sentí cuando se asentó sobre el colchón me estaban mostrando qué era lo que yo buscaba. Lo supe en aquel momento, aunque me ha costado años encontrarlo.

Lo último que hice con mis correos electrónicos antes de venir aquí para quedarme fue desplazar el cursor hasta la parte de abajo y clicar. Centro de Protección de Animales en Peligro de Extinción: *unsubscribe*. Nature Conservation Council: *unsubscribe*. Rainforest Alliance: *unsubscribe*. Human Rights Watch: *unsubscribe*. Fundación para la Alfabetización de los Indígenas: *unsubscribe*. National Justice Project, Pay the Rent, Banco de Alimentos, Wilderness Society. Ethical Investments. Amnistía Internacional, Cruz Roja, Climate Act Now, Servicio de Asistencia Legal para los Aborígenes, Fundación Bob Brown. Extinction Rebellion: *unsubscribe*. Change.org: *unsubscribe*. Fundación Fred Hollows. Greenpeace, Green Living Australia, Action Network, BirdLife Australia, Daintree Buyback. Chuffed.org.

GoFundMe. Fondo para la Defensa Jurídica de Helen Parry. *Unsubscribe.*

La presencia de los huesos aquí tiene algo de estremecedor, aunque nadie lo dice. La puerta de la sala de estar buena está cerrada con llave, así que necesitamos la llave para entrar y tenemos que cerrar con llave al salir. No debemos tocar el ataúd (aunque en una mesita de la sala hay gel hidroalcohólico para las manos). Sí podemos coger la llave del sitio en el que está escondida, en la repisa de la chimenea, y sentarnos allí con la hermana Jenny. Para rezar, o pensar.

Hay también un miedo tácito a que un día Helen Parry deje su cabaña de huésped y se instale aquí, en nuestras dependencias. Por ahora la seguimos viendo sentada en el cercado con el teléfono en la oreja, y procuramos ignorar su mirada cuando observa cómo entramos en la iglesia y salimos, entramos y salimos.

Bonaventure pasa muchas horas en la sala con los huesos, y cada vez que va enciende una vela. Sabemos cuándo ha estado ella porque el aroma de la cera y el fósforo que ha utilizado flota en el aire del pasillo. Creo que está viviendo un proceso de duelo no solo por la hermana Jenny, sino también por algo íntimo: un proceso secreto, doloroso. Y me da pena que lo padezca en soledad.

En el pueblo, vi de lejos a Annette, la mujer de Richard Gittens, hablando con otra mujer junto a la puerta del supermercado. Supe que era ella por su delgadez y por las largas piernas y los ajustados pantalones de molesquín que lleva. Tiene unas caderas llamativamente estrechas y el vientre plano, y va muy acicalada. Al pasar, la miré a los ojos y estuve a punto de saludarla con la mano, pero ella se limitó a mirar para otro lado con un lento parpadeo y continuó hablando con su amiga. Creo que le daría vergüenza que la saludara cualquiera de las que vivimos aquí. Sobre todo yo, quizás.

Me parece bien.

En la ferretería, apuntaron en nuestra cuenta las últimas cinco trampas para ratas que les quedaban (sigue sin funcionar el datáfono). Las trampas son sorprendentemente grandes, como de chiste. El alambre es casi tan grueso como mi dedo meñique. Me entró un escalofrío al cogerlas. Después de firmar lo que debíamos por las trampas, el muchacho me dijo: «Que tenga un buen día, hermana». Es lo que pasa en cuanto la gente sabe que vives en el convento, aunque no lleves hábito. Cada vez que lo oigo, me retrotraigo a mis años de primaria y me veo buscando a la hermana Aloysius.

He escuchado a personas que fueron a colegios católicos hablar con orgullo de superviviente de la violencia que tuvieron que soportar por parte de monjas y frailes: golpes en los nudillos con reglas que tenían incrustados trozos de cuchillas; un hermano de las Escuelas Cristianas que había lanzado a un niño contra una pared de pladur con tal fuerza que el chaval hizo un agujero y apareció en la clase de al lado. Pero la única sádica que conocí en mi colegio era una profesora joven, guapa, moderna, de coleta larga y rizosa, que llevaba minifalda y botas de

cuero altas. Estoy convencida de que sentía verdadero odio por los niños y de que disfrutaba humillándolos y tratándolos con violencia.

Después de ver a la mujer de Richard Gittens en la calle, me invadió un sentimiento de libertad y paz por la vida que llevo aquí. Su gesto era de descontento, y eso que estaba hablando con una mujer a la que supongo que llama amiga. Volví a casa en el coche con un sentimiento de gratitud y liberación, y cuando giré para acceder al camino de entrada, empecé a ser consciente de cada árbol, de cada curva en la carretera, como si alguien les hubiera sacado brillo en mi ausencia, o como si un espejo antes empañado estuviera nítido ahora. Me di cuenta de que había pensado en este lugar como «mi casa».

En unas semanas será Navidad y después vendrá el nuevo año. Parece imposible que yo haya pasado otro año en este lugar y, sin embargo, irme de aquí sería impensable.

Carmel me vio raspando unas manchas de moho del pan y puso cara de asco.

Hemos tenido una pequeña discusión al respecto, y yo le he sugerido que mejor pensábamos en lo mal que lo pasan muchas personas en el mundo y que no era cosa de desperdiciar un pan que estaba bastante bien. Me dijo que *ella* solo pensaba en el asma de Simone, porque inhalar moho era malísimo para los pacientes asmáticos. Le dije que no iba a inhalarlo porque yo lo estaba quitando, y que qué me decía entonces del queso azul, pero se fue indignada.

A veces me resulta desconsolador volver la vista atrás y considerar mis palabras y mis acciones.

Una amiga me contó una vez con tono solemne que en el colegio había conocido a una niña tan pobre que su madre rociaba el pan duro con agua y lo metía en el horno para «refrescarlo». Yo me eché a reír: «¡Mi madre hacía lo mismo!». Mi amiga se puso roja de vergüenza.

Después me empecé a preguntar por mis padres y el dinero, pero yo sabía que no éramos pobres.

Mi madre tenía una serie de costumbres un tanto peculiares para el cuidado del hogar, como la de esparcir el té de las bolsitas usadas por los suelos de madera cuando los barría. No sé dónde había escuchado que las hojas de té húmedas atraían las motas de polvo y evitaban que se levantaran en el aire al barrer. Alguna vez se despistaba o la interrumpían mientras estaba barriendo, y los suelos de la cocina y la sala de estar se quedaban así un par de días, salpicados de pequeños montoncitos de hojas de té húmedas y oscuras.

Esas costumbres de mi madre no me chocaban, y tampoco me parecía que estuvieran causadas por apreturas económicas o por un impulso mezquino. Era más bien la satisfacción que le daba encontrar

usos nuevos para cosas que la gente desechaba. Aunque me moría de vergüenza solo de pensar que alguna compañera de colegio pudiera verla en el supermercado sacando del bolso sus bolsas de plástico usadas, yo aceptaba aquellas costumbres como parte de la naturaleza de mi madre. Ahora esas prácticas se verían desde una perspectiva conservacionista, y supongo que así es como las veía ella entonces. Para mí, en mi infancia, aquellas excentricidades de mi madre eran, sin más, *ella*.

Carmel no quiso probar el pudin de pan y mantequilla de la cena, y yo me aseguré muy mucho de no exteriorizar reacción alguna.

Un día, cuando estaba en secundaria, llegó a casa una nota del St Ursula advirtiendo a los padres de que una secta siniestra había comprado unos terrenos en las afueras del pueblo. Se llamaban los Moonies, lo cual sonaba un poco de risa, como a diminutivo para niños: *horsies, doggies*. Junto a la nota había una petición para que la gente del pueblo firmara a favor de que se prohibieran de algún modo sus actividades o que se fueran del pueblo.

Mi padre y mi madre estaban indignados. Aquello ya había pasado antes con los jipis que aparecieron por los supermercados del pueblo durante los tres días del festival Down to Earth celebrado en una granja de las afueras. Aquellos jóvenes iban descalzos, los chicos llevaban el pelo largo y las chicas (decía la gente) no llevaban sujetador. Se había proyectado hacia ellos un resentimiento primitivo y corrieron rumores de ceremonias obscenas y animalescas. El interés general por lo que aquellos jóvenes hacían y por su modo de relacionarse lo describieron mis padres como *lascivo*. «Tienen derecho a comprarse su puñetera *comida*», le escuché decir a mi padre, muy encendido, por teléfono.

Con motivo de la carta sobre la secta, mis padres concertaron una entrevista con el director de mi colegio. Lo supe por otras niñas, no por mis padres, aunque yo sabía que ellos consideraban que la carta estaba llena de prejuicios. Nerida Broadhead me contó que habían

acusado al director y al párroco de intolerancia religiosa y de persecución, y que habían gritado ¿por qué no se meten ustedes en sus asuntos?

Muchos años después, la benévola opinión de mis padres respecto a los Moonies me pareció muy ingenua. Esa Iglesia fue acusada de «depredadora», y hubo denuncias por explotación y lavado de cerebro. Se había hecho daño a personas vulnerables, decían sus críticos. Yo sé lo que hubiera contestado mi madre, refiriéndose a la Iglesia católica, y habría tenido razón.

«Tenemos que tratar de curar nuestras faltas mediante la atención, no mediante la voluntad [...] La atención, en su grado más alto, es lo mismo que la oración. Presupone la fe y el amor. La atención sin mezcla de nada en absoluto es oración. Si orientamos nuestro pensamiento hacia lo bueno, es imposible que no sea atraída hacia allí, poco a poco, toda el alma, a pesar de sí misma.» Simone Weil.

Nuestra Simone me hizo cuestionarme una vez la «guasa» con la que me refiero a la oración. Mi concepto de oración le parecía infantil: olvídate de todo el rollo ese de la línea de teléfono con Dios, me espetó, sulfurada por la impaciencia. Ni siquiera tiene que ver con Dios, dijo, lo cual me pareció que debía de ser blasfemo. Rezar es un modo de interrumpir tu flujo de pensamiento habitual, me dijo. Es dejar que tu yo sea otro, romper con tus prejuicios. No es un charloteo, es un *trabajo duro*. Hablaba como si todo eso fuera obvio. Yo ansiaba entenderla. Siempre siento que estoy a las puertas de comprender algo, pero que nunca llego al otro lado.

Por la noche, justo antes de dormirme, es cuando estoy más cerca de conseguirlo. Por la mañana, cuando los pájaros comienzan a cantar, la creencia es tan fina como la luz.

Un nuevo año.

Cada vez hay más ratones y Helen Parry sigue aquí, como un animal enjaulado. Ahora se pasea también por los pasillos —no solo por los cercados—, casi siempre con auriculares y el teléfono en la mano. Cada vez es mayor la impresión de que piensa que aquí lo único que hacemos es perder el tiempo; no como ella, que sí «trabaja» en el mundo real. Está intentando conseguir un vuelo para salir del país, pero ahora salir es casi tan difícil como entrar. Incluso cuando está en su cabaña la oímos hablar con voz enérgica, habla y habla y habla durante las noches claras y calurosas, y yo la recuerdo en el patio del colegio, acercándose a otros con grandes zancadas, incluso cuando le habían dado la espalda, esperando, obligándolos a escucharla.

En el tiempo que lleva aquí no me ha reconocido, y ahora sé que no me va a reconocer nunca.

Todavía no ha llegado el permiso para el entierro. Simone sigue haciendo gestiones con el ayuntamiento, rellenando impresos infinitos que se pierden y hay que volver a rellenar. Se va de baja no sé quién. Se dictan nuevas normas, más impresos.

Parece que Helen Parry quiere instalarse en otro sitio, incluso aunque no pueda salir del país. Nadie se atreve a decirlo, pero todas estamos deseando que *se vaya*. Y al mismo tiempo flota en el ambiente un sentimiento de agravio por las ganas que tiene de perdernos de vista.

Seguimos enterrando el montón de ratones en el cercado —repugnante tarea— y el hedor es insoportable. Richard Gittens está fuera y tenemos que esperar a que vuelva de vacaciones para que nos ayude a encontrar una solución mejor.

Ayer, al volver de la tienda al por mayor del pueblo con el coche cargado de provisiones, me detuve, como hago de vez en cuando, y me apeé para contemplar la osamenta marrón de esta tierra cubierta de terciopelo raído. Rocas, hierba amarillenta y baja y el delicado cordel de los vallados de alambre de espino, un fino trazo que se prolonga en la distancia. El zumbido de los saltamontes en el aire caliente. El cielo, una inmensa neblina de estrías blancas.

Después escuché en la radio a un profesor americano que decía que aún estaba pendiente una reflexión sobre la historia de racismo de su país y que esa necesidad de reflexión nunca se iba a desvanecer. Decía que era como una cuestión mitológica, una especie de indagación heroica, aquello a lo que hay que enfrentarse *por el bienestar del reino*. Cuanto más se huye, más se adentra uno en ello, decía.

Me vinieron a la mente fotografías antiguas de monjas y curas australianos de raza blanca junto a filas de niños y niñas aborígenes. Las manos recias de las monjas agarrando los pequeños hombros.

Por la noche, después de la cena, repetí las palabras del americano a las demás y esperé a que ellas hicieran la misma conexión que había hecho yo. Pero Simone estaba sumida en sus pensamientos y no parecía escucharme, y Sissy se limitó a mirarme con una expresión de condescendencia. Dolores asintió aquiescente y distraída, sin levantar la vista de su labor de ganchillo, pero no dijo nada, y las demás ya se habían ido a la cama. Intenté que Simone y Dolores me miraran y que Sissy pensara en lo que yo acababa de decir, pero no hubo forma.

Hay momentos en los que me dan ganas de levantarme, volcar las mesas, cerrar las puertas con llave, encender una cerilla y quemar este sitio con todas nosotras dentro.

Tuve entonces un pensamiento traicionero: si Helen Parry hubiera estado ahí en ese momento, en vez de en su cabaña, lo habría entendido.

Ayer oí a Carmel soltar un chillido en la cocina. Por lo agudo, supe que se trataba de algún ratón. Los gritos de una mujer en un lugar tan silencioso como este tienen algo de terrible. Es algo peor que el sonido en sí mismo; va ganando fuerza y se convierte en un presagio o en un recordatorio de horribles sucesos del pasado.

Me impresiona constatar cómo nos hemos acostumbrado a vaciar trampas a todas horas. La primera docena de veces tardaba muchísimo en montar cada trampa, por el miedo a pillarme los dedos y rompérmelos. Cuando la trampa saltaba el sonido me provocaba un respingo, y me solían dar arcadas al llevarla a la parte más alejada del vallado —con el brazo estirado, separándola de mí lo más posible, y los ojos entrecerrados— para vaciarla allí, horrorizada. En un par de ocasiones, por accidente, lancé la trampa entera, en vez de sacudirla para que solo saliera despedido el cuerpecito. Pero ahora recojo varias trampas a la vez —a menudo con dos o incluso tres ratones en la misma trampa— y me restriego los dedos en el hábito después de vaciarlas y volver a montarlas. Tengo que recordarme a mí misma que debo lavarme las manos después. La mitad de las veces se me olvida ponerme la mascarilla, hasta que el hedor me golpea, pero, por no volver a buscarla, contengo la respiración cuando me acerco a la zanja.

El caso es que grité desde el comedor: «Déjalo, Carmel, ya me encargo yo».

Pero cuando entré en la cocina para tranquilizarla, me la encontré junto al fregadero, resoplando y cubriéndose la cara con las manos, como si quisiera evitar una visión espeluznante. Al arrodillarme para sacar las trampas de debajo de la cocina vi el motivo: una parte de uno de los ratones muertos había sido violentamente arrancada. El

alambre metálico aprisionaba el suave cuerpo, pero en el lugar de la cabeza había un distorsionado muñón de color rojo aceitoso. Son los ratones, que se comen a sus hermanos.

Nadie te cuenta esta parte de las plagas.

Te cuentan que los ratones *se comerán cualquier cosa*. Aquí se han llevado por delante los tubos de drenaje del lavavajillas, el aislante del horno y el cable de la lavadora. Todas esas tareas las tenemos que hacer ahora a mano: no tiene sentido arreglar los desperfectos hasta que se erradique la plaga. Hemos tenido que tirar todos los envases de plástico; todo lo que sea de cartón, por supuesto; y hay marcas de dientes hasta en el contrachapado de las estanterías de la despensa. Y en el piano.

Pero nadie nos dijo que llegaría un momento en el que los ratones se comerían a sus muertos. Y lo más atroz es esto: cada vez que me he encontrado un cuerpo canibalizado, lo único que se han comido es la cara.

Esta mañana, al despertarme, recordé los primeros meses después de que Alex se fuera. Los dos sabíamos que era cosa mía, aunque nunca habíamos tratado de ello en esos términos, y durante un tiempo alimentamos la mentira de que podría acabar yéndome con él y eso le hicimos creer al resto del mundo fuera de nuestro matrimonio. Pero los proyectos de Alex y su fervor eran algo que yo ya no compartía, y ni siquiera me sentía capaz de disimularlo.

Una noche, estaba sentada en un bar con una chica joven que trabajaba conmigo y, en contra de mi más elemental sentido común, le conté en confidencia que había perdido la esperanza. Ella no dijo mucho, pero, cuando habló, su voz estaba llena de desprecio: «Si tú decides que se acabó, se acabó». La miré, y sus preciosos ojos me estaban diciendo: *Cómo te atreves*. Vi el daño penetrando en ella y lo profundo que llegaba. Debía de tener unos veinte años. Después de aquello, no volví a salir con nadie del trabajo.

He leído en algún sitio que los católicos creen que la desesperanza es el único pecado que no se puede perdonar. Me parece que tienen razón; es perversa, sangra y se extiende. Una vez se han perdido, no sé

si la verdadera esperanza o la fe —¿son lo mismo?— pueden volver.

En aquellos primeros meses me sentía tan sola que algunas noches me levantaba de la cama, cogía mi saco térmico de semillas, lo calentaba en el microondas, volvía a la cama y lo sujetaba contra el pecho hasta que me dormía. Ahora pienso que aquello era un gesto instintivo bueno, instinto de supervivencia. Pero recordarlo hace que sienta pena por la persona que yo era en aquella época.

Otra noche, en aquel mismo piso de Surry Hills, cuando estaba a punto de dormirme, sentí la inmensa certeza de que la muerte iba a venir a por mí aquella noche. No estaba enferma, no había ningún motivo para pensar así. Permanecí acostada con una mezcla de miedo y una especie de fascinación, porque sentía que había vislumbrado la entrada a un estado que nos espera a todos. No he vuelto a experimentar ese sentimiento, pero desde aquella noche sé que lo que yo pensaba —que no le tenía miedo a la muerte— es falso.

Creo haber visto a Helen Parry observándome cuando salíamos en fila de la iglesia después de la eucaristía. Bueno, la verdad es que ella observa, ve, a todo el mundo.

Tuve mi primer trabajo a los catorce años: camarera en el restaurante de un motel para esquiadores que pertenecía a una familia macedonia. Yo era una pésima camarera. Se me olvidaba lo que me pedían, aunque me lo pidieran varias veces, y una vez metí el pulgar en un bol de sopa cuando lo estaba depositando en la mesa. El hombre al que estaba sirviendo se rio y dijo: «¡Caray! No pretenderás que me coma eso después de que hayas metido ahí el dedo…». Pero cuando vio mi cara de consternación, añadió: «No pasa nada. No te preocupes, guapa». Y me alejé rápidamente de la mesa.

Yo lavaba los cuchillos y los tenedores de uno en uno, hasta que un día la madre de la familia macedonia me apartó, cogió el cepillo con una mano, un puñado de cubiertos con la otra y los sumergió en el agua jabonosa. Frotó el montón con eficiente energía y después lo lanzó al escurridor: ¡Así! ¡Rápido!

Una vez, mientras miraba por la ventana de la cocina, me dijo: «Tu madre es una fabulosa… *humanitaria*». Y entonces comprendí que darme el trabajo había sido una especie de favor que le hacía a mi madre, pero nunca supe por qué se sentía en deuda con ella.

Mi madre y mi padre emigraron desde Gran Bretaña recién salidos de la adolescencia y se plantaron en el duro suelo australiano despojados de todo excepto de la novedad del momento: la maleta que él agarraba con fuerza, el viento que le despeinaba a ella el pelo sobre la cara, el húmedo olor a pescado del muelle, el *ahora*. Rara vez hablaban del pasado. A mí me gustaba ojear las fotos del álbum de su boda, porque eran preciosas. El estiloso vestido de mi madre, con sus mangas en pico y un enorme y atrevido cuello que se desplegaba desde sus esbeltos hombros; y mi padre, de chaqué, con un elegante chaleco. Yo sabía que no había sucedido nada catastrófico —una guerra, pobreza, un terremoto, un desastre familiar— en sus casas. Sin más…, se subieron a un barco y se fueron. Y entonces, ¿por qué tuve siempre la impresión de que habían huido de la muerte —real o metafórica— al dejar atrás su pasado?

El personal del ayuntamiento ha vuelto por fin de vacaciones y Simone se pasa buena parte del día al teléfono, repitiendo pacientemente otra vez toda la historia, comprobando si cumplimos la normativa. Número de hectáreas, sí; distancia suficiente del agua potable, sí. No, no ha habido avances con la copia del certificado de defunción.

Bonaventure sigue yendo todos los días a la sala de estar buena, se arrodilla delante del ataúd y se va. Al menos cuatro cirios se han consumido hasta el cabo desde que llegaron los huesos.

A pesar de lo que ha dicho de marcharse, Helen Parry todavía sigue aquí. Ella y los huesos están unidos ahora por una relación más profunda. Hay algo en la presencia de ambos aquí —la espera, la alteración que conlleva— que impide que nuestro pequeño ecosistema recupere su equilibrio natural.

Y Helen sigue sin cenar ni hacer ninguna otra comida con nosotras; aunque ahora, a las siete, cuando estamos rezando completas cada una en su habitación, va a nuestra sala de estar para ver las noticias en la televisión. Oímos el ruido desde las distintas zonas del edificio. Cuando el telediario termina, apaga la televisión y vuelve a su cabaña, a su teléfono, a su ordenador. El ruido cesa, pero no la sensación de que nos deja ahí todas las catástrofes del mundo: todas las injusticias no combatidas, los pobres a los que no se ha atendido, las especies que no se han protegido, los derechos por los que no se ha luchado… Trae a nuestro hogar, sin disculparse, todo aquello que tanto nos ha costado dejar atrás.

Dolores no puede hacer más velas porque los ratones se han comido todo el material: bloques enteros de parafina, bolsas y bolsas de escamas y *pellets* de cera que dejó en el cobertizo y que la muy tonta no se ha preocupado de revisar hasta la semana pasada. Lo que no

entiendo es que se coman todas esas cosas —cables eléctricos, cera, *zapatas de hormigón,* según Richard Gittens— y no se mueran. Sobreviven, impulsados por un apetito implacable y feroz.

Richard y su familia han vuelto de sus vacaciones en la playa (donde Richard dice que llovió sin parar, pero todo el mundo estaba feliz porque *no había ratones),* y va a venir a cavarnos un agujero nuevo. O fosa, como la llama él. Tendrá que ser profunda, dice, y vamos a necesitar un montón de cal.

La mayoría de los días vemos cómo las aves cazan diligentemente en los cercados o en los arriates secos del jardín: gavilanes, urracas, verdugos gorjinegros, cuervos. Cuando dan con un ratón, no paran de asaetearlo y darle picotazos, mientras el animalito herido salta, se arrastra y se agita. Al final, el ave pone una garra sobre el cuerpecillo convulso, empieza a despellejarlo y a tirar de sus tripas y las engulle con movimientos de la cabeza.

He soñado que tenía una mascota muy bonita: una especie de foca de piel brillante del tamaño de una cobaya. Su pelaje suave y negro reposaba en mi regazo.

Por la noche, hacia las once, oí un coche que se acercaba a la casa. Pasó varios minutos con el motor al ralentí antes de que una de las puertas se abriera y se cerrara y yo pudiera escuchar la voz de Helen diciendo adiós y su risa sofocada en la oscuridad. A continuación, el coche dio la vuelta alrededor del viejo arriate del jardín y se alejó por la carretera de gravilla. Fue Richard Gittens quien la trajo anoche. O su mujer, supongo. Pero no creo que sea Annette de quien Helen Parry quiere hacerse amiga.

Decidí volver a procurar la sumisión, la obediencia, la atención y el *trabajo,* no las cavilaciones y el cotilleo.

Mañana, el gallinero.

Esta mañana, al ponerme los zapatos, noté un bulto suave antes de calzarme del todo el pie izquierdo. Solté un grito, di un traspié, lancé el zapato de una patada al aire hasta el otro extremo de la habitación y vi salir al ratón. No tenía ni tiempo ni opción de hacer otra cosa que no fuera volver a ponerme ese zapato, pero llevo todo el día alterada, andando con los dedos de ese pie apretados y la planta arqueada.

Pasamos horas ideando nuevas estrategias, como atraerlos con crema de cacahuete hasta unos cubos de basura de tapa basculante llenos de agua, para que se caigan dentro y se ahoguen. Moralmente es una tarea terrible. Un denso flujo de horror subyace bajo la superficie de nuestras conversaciones sobre cómo hacer todo esto: buscamos la eficacia, métodos expeditivos y lo más baratos posible. Nos llegan historias del norte del estado: ratones en los pañales de los bebés; mujeres que se cubren la cara con la almohada al acostarse para evitar que los ratones se paseen por sus rostros mientras están dormidas. Niños a los que muerden en las camas de los hospitales.

He desarrollado un odio profundo. No solo hacia la plaga, sino hacia los ratones mismos. Su olor, su voracidad, el nervioso movimiento de sus patitas… Es auténtico odio. Espero que se me pase, aunque no creo.

Por la noche es cuando su presencia se hace más evidente, porque el resto de sonidos del mundo enmudece. No hay pájaros, ni recitación de salmos, ni la variedad de ruidos que se da en un convento habitado. Solo sus patas por encima de nuestras cabezas, correteando por el techo y por el interior de las paredes, un sonido como de hojas secas que caen.

Estamos haciendo todo lo que podemos para evitar poner trampas en la sala de los huesos. Nos parece mal que semejante acto de violencia

se dé cerca del ataúd de la hermana Jenny. Muy pronto no vamos a tener otra alternativa. Todas las mañanas Bonaventure monta trampas de plástico y alambre en el exterior de la sala, a ambos lados de la puerta, antes de entrar a sentarse allí. A los pocos minutos se escucha el chasquido de las trampas en el pasillo.

«*Aun así*. Esas son mis dos palabras favoritas: sirven para cualquier situación, sea feliz o desgraciada. ¿Sale el sol? Aun así, se pondrá. ¿Una noche angustiosa? Aun así, pasará.» Elie Wiesel.

Fue un mazazo cuando hace unos años me enteré de que Carmel había dejado a dos hijos para venir aquí. Dos hijos que estaban en secundaria. Me lo contó Sissy un día que estábamos a cuatro patas sacándole brillo al suelo del pasillo. A Sissy le gustaba aquella tarea: el simbolismo de estar postrada con un trapo en la mano. Le temblaba la voz de la admiración que sentía por Carmel, por el sacrificio que había hecho. Pero yo sentí que mi cuerpo se enderezaba al escuchar aquello, como si rechazara de plano la idea de una madre que abandona voluntariamente a sus hijos. Sentada sobre los talones, atónita, mientras Sissy se desplazaba hacia atrás sobre las rodillas, frota que te frota, le pregunté por los hijos: una chica de dieciséis y un chico de catorce. Durante unos segundos ni siquiera pude respirar del calor que me provocaba la ira que me invadía.

Unos tres meses después de aquello, dos personas vinieron a visitar a Carmel: una joven esbelta y un hombre. Los vi salir del coche, delante del edificio, y mirar hacia arriba, a las ventanas. Un poco más tarde —como una hora después— se metieron en el coche y se fueron. Aquella tarde en la iglesia me fijé en Carmel para detectar algún signo de turbación, de tristeza, pero no vi ninguno. Si acaso, me pareció más fervorosa; su voz, más firme, más viva, más concentrada en la liturgia. Levanté la vista hacia el crucifijo y la indignación hacia Carmel comenzó a correr por mis venas.

La autocompasión es la característica que más he despreciado siempre en los demás. Simone me dice que eso es porque yo me autocompadezco mucho. Todas nosotras odiamos el espejo, dice.

Muy a menudo, las pocas ovejas que Richard Gittens tiene en el cercado Dungeon levantan la cabeza, se asustan y salen corriendo todas en la misma dirección. No sé por qué. Tampoco sé por qué ese terreno se llama Dungeon. Otros nombres de los cercados que tenemos aquí: Back Dungeon, Percy's, Top Percy's, Scrub, Roped Down, Stone Yard, Nursery. No sé quién se los inventó ni cuándo, pero me parecen de lo más conmovedor.

Al tacto, la piel de un cordero lechal es como pasar la mano por las arrugas de un calcetín. Hasta que engordan tienen más piel que cuerpo. La primavera pasada teníamos dos; andaban dando tumbos por el porche de madera, donde, una vez crecieron lo suficiente como para estar fuera, Bonaventure les había preparado unos mullidos de paja para que durmieran. Cada vez que escuchaban el chirrido de la puerta de la lavandería al abrirse, se acercaban embistiendo, y teníamos que disolver la leche en polvo dentro de la lavandería y fijar bien fuerte las tetinas antes de salir. Eso me lo enseñó la experiencia: arrancaban las tetinas con la boca y con el primer chupetón se derramaba todo; o metían la cabeza en el caldero antes incluso de que echáramos la leche en polvo.

Cada temporada, Bonaventure los traía de los cercados envueltos en toallas y los ponía junto al fuego de la chimenea. Una de las hembras se llamaba Violet y se convirtió en un cordero rollizo y saludable que olía muy bien. Topetaba su carita blanca contra tu pierna y a mí me encantaba sentir aquel contacto urgente y necesario. Un día se perdió. Buscamos por todas partes, gritando su nombre una y otra vez, pero no apareció. Supusimos que algún perro salvaje se habría colado por la valla del jardín y se la habría llevado. Creo que, a escondidas, todas lloramos —y rezamos— por ella. Siete meses después, Simone llegó

con gesto serio y nos dijo: he encontrado a Violet. Se había quedado atrapada detrás de un mallazo de acero corrugado que estaba apoyado contra la pared de un cobertizo, cerca de las gallinas, y ninguna de nosotras oyó sus balidos. Lo que Simone encontró fue la piel apergaminada y lanuda, los huesos y el pequeño cráneo de Violet, al que todavía estaban adheridos algunos trozos de carne.

Cavamos un hoyo profundo al otro lado del gallinero y enterramos allí a la pobre Violet. Durante el año siguiente, en aquel trozo de tierra creció una maleza exuberante.

Este año no ha habido corderos lechales. No sé por qué, se han llevado las ovejas a otro sitio y nadie nos ha traído a los huérfanos.

Una vez sentí que una especie de presencia habitaba dentro de mí durante laudes; algo ocupaba un espacio en mi interior, se extendía por los hombros y bajaba por los brazos hasta llegar a la punta de los dedos. Era una sensación de calor, pero no era agradable. Duró como un minuto, creo. Era el mismo tipo de calor que experimentaba de vez en cuando durante las sesiones de acupuntura: agradable al principio, pero cada vez más intenso, hasta que parecía quemarme. A mí me asustaba, pero al acupuntor no le sorprendía, y creo que pensaba que yo era un poco infantil por el mero hecho de mencionarlo.

En la capilla, con ese calor recorriendo mi cuerpo, pensé alarmada: *Esto es o un espíritu o Dios*. Y en cuanto tuve ese pensamiento, el calor desapareció. Junto al alivio, sentí una cierta vergüenza por mi cobardía. Si no me hubiera resistido, si hubiera acogido el calor —incluso hasta el punto de quemarme—, ¿qué podría haber sucedido? Recuerdo entonces el aura epiléptica y la idea de cualquier posibilidad espiritual se desvanece.

Una cosa sobre mi madre: no recuerdo que se riera nunca de las creencias de nadie, ni que las ridiculizara, ni que las cuestionara de ningún modo. Por muy estrafalarias o estúpidas que le pudieran parecer, mi madre siempre respetó el hecho de la creencia en sí misma y por sí misma. Ahora me da la impresión de que, en realidad, ella habría estado abierta a cualquier forma de espiritualidad, siempre y cuando no se convirtiera en un prejuicio. Cuando veía intolerancia o injusticia, si pensaba que las creencias de uno podían hacer daño a otros, se indignaba. Entonces, a la gente —en mi colegio, en la iglesia, en otros sitios— dejaba de gustarle mi madre. A veces llegaban a unirse contra ella.

Algunos años después de que mi padre muriera, mi madre, que había permanecido recluida en su dolor durante un tiempo, empezó a emerger poco a poco —muy digna, cambiada— y a desenvolverse en su vida con esa serena autoridad que he visto en algunas personas que han tenido que soportar una gran pérdida. Y fue a una clase de yoga por primera vez en su vida. En aquel momento yo estaba pasando unos días en su casa, aunque ya era una persona adulta y vivía en la ciudad. Al volver de yoga, la noté inquieta, alterada. Cuando le pregunté qué tal había ido la clase, me dijo que no sabía, pero que le había hecho *llorar*. Pensé que se refería al dolor físico, pero me dijo que no había sentido dolor, solo una tremenda necesidad de llorar. Así que se había levantado del suelo en mitad de la clase y se había ido.

Yo era entonces demasiado joven para saber lo que sé ahora, y todo lo que quería en aquel momento era proteger a mi madre. Me enfadé en su nombre, porque, después de la muerte de mi padre, hubo gente en el pueblo a la que le molestó no ver a mi madre llorar. Tampoco yo la vi —ni en el funeral, ni antes, ni después—, pero sabía que era su natural modo de ser: una profunda necesidad de intimidad y contención en sus emociones; y yo sabía que su dolor era demasiado grande para unas simples lágrimas. La madre de una amiga del colegio me paró un día en el centro comercial y me preguntó si mi madre no había llorado todavía. Me faltó seguridad para mandarla a paseo y le contesté que no estaba muy segura, pero que, si lo había hecho, yo no había estado presente. La irritación —una especie de perverso resentimiento, incluso— se reflejó en su cara. Apuntó la barbilla hacia mí y sentenció: «No tardará en derrumbarse». Se regodeó tanto al decirlo que tuve que darme la vuelta e irme, y nunca he vuelto a hablar con ella si he podido evitarlo.

Cuando mi madre volvió de su clase de yoga tan angustiada, me metí mucho con el profesor por no haber sabido evitar aquello, y le dije a mi madre que no hacía falta que volviera más. Parecía aliviada, pero el desasosiego le duró el resto del día.

Muchos años después me enteré de que cuando se activan las vértebras torácicas de una persona con frecuencia se producen reacciones emocionales intensas. Es por la relación de esas vértebras con el sistema nervioso autónomo, que señala el peligro antes de que

nuestra consciencia lo perciba y nos alerta mediante sudores, escalofríos o ganas de huir. La amiga que me contó esto era una fisioterapeuta de mucho talento. Me dijo que había tenido pacientes que empezaban a sollozar de manera incontrolable —o a reírse de forma histérica— cuando les masajeaba esa parte de la columna. Mi amiga (una científica, a fin de cuentas) no establecía ninguna relación entre las vértebras torácicas y su proximidad al corazón. Pero sí me contó que algunos pacientes le hablaban del enorme alivio que habían sentido al abrir esa espita de dolor o alegría no expresados hasta entonces y de que después los había invadido algo parecido a la paz.

Mi madre no volvió nunca a la clase de yoga. ¿Qué sabía yo entonces? Nada. Lo que sé ahora es que aquel día mi madre había estado a punto de comprender algo nuevo de sí misma —algo que deseaba y temía al mismo tiempo— y que yo había impedido ese descubrimiento. Ojalá hubiera sido yo una hija más juiciosa para haberla aconsejado mejor cuando estaba viva.

¿Tiene uno que creer en Dios para ingresar en una orden religiosa?

Nadie me ha preguntado nunca, en concreto, por mis creencias.

Y, en cualquier caso, yo nunca he ingresado. En realidad, no.

Durante la misa de esta mañana se empezó a escuchar el rumor de un ruido estridente que venía de fuera y que duró toda la eucaristía. Al acabar, me dejé guiar por el sonido, llegué hasta el centro del cercado que hay bastante más allá de la valla trasera —Nursery— y me encontré a Richard Gittens sentado en una vieja miniexcavadora roja cavando una fosa. La imagen resultaba un tanto grotesca: su corpachón encaramado en aquella pequeña máquina, manejando palancas y pedales. El agujero —la fosa— era ya bastante grande y profundo y, mientras me acercaba, vi cómo dejaba caer la tierra que llevaba en el cucharón sobre el montón de tierra excavada. Richard me vio y apagó el motor. Sin levantarse de la máquina, me saludó por encima del oscuro y amplio hoyo que había hecho en nuestro cercado y me explicó por qué había elegido ese sitio: tenía que ver con el drenaje del agua (si es que vuelve a llover algún día). Después señaló una pila de sacos blancos que había cerca. Eso es la cal que vamos a echar cada día encima de los ratones antes de cubrirlos con la tierra del montón. Asentí con la cabeza y me fui para que siguiera trabajando. Es necesario, pero me pareció violento, visto desde la distancia. El cucharón abriendo y rompiendo nuestra tierra.

Después, mientras se tomaba una taza de té en nuestra cocina, Richard me contó que la noche anterior, cuando volvían tarde a casa después de una cena en el pueblo, Annette y él se habían topado con un espectáculo insólito. No muy lejos de la valla de su casa, la superficie de la carretera comenzó a moverse. Era tal la cantidad de ratones que corrían sobre el asfalto y cruzaban la carretera que tuvo que frenar para entender lo que estaba viendo. Su mujer y él se quedaron pegados al asiento, petrificados, sintiendo que flotaban en lo que parecía un ancho río de agua plateada que fluía por debajo de ellos.

A mediodía, Josephine y yo vaciamos los calderos y vasijas llenos de ratones en una carretilla junto a la valla trasera y los llevamos dando botes hasta el centro del cercado para tirarlos en la fosa. A continuación, abrimos un saco de cal y echamos una paletada sobre los cuerpecitos, describiendo arcos con la pala para que se distribuyera bien, y luego los cubrimos con una fina capa de tierra del montón. Cuando acabamos, nos quedamos mirando el fondo de la fosa y sentimos que entrábamos en una fase nueva e inquietante. Quizá de aceptación de que la plaga no va a acabarse pronto.

Después de aquello, la carretilla se llena rápido cada día. De lejos, las palas clavadas en el montón de tierra semejan cruces al pie de una enorme tumba. A veces, al regresar de allí, tengo polvillo de cal en el pelo y en la lengua.

Cuando me siento en la sala de estar buena con los huesos escucho el sonido de los ratones por dentro de las paredes, moviéndose, moviéndose, moviéndose.

Me he dado cuenta de que, a no ser que Bonaventure esté en la sala, no pienso en los huesos como si fueran la hermana Jenny. Pero la palabra «restos» es en cierto modo insultante; como si fueran las sobras. ¿Qué son, pues? Me los imagino en su caja: simples huesos, un pobre animal humano, sin piel, pequeño y cubierto de barro. La evidencia de una pena antinatural, de una vieja herida. Algo que hay que enterrar como es debido *por el bienestar del reino*.

Ya he visto dos veces a Helen Parry abandonar esta sala, cerrar la puerta, recorrer el pasillo, salir y volver a su cabaña. Las dos veces había algo diferente en ella: lentitud, sosiego. Me pregunto qué les dice a los huesos, y qué le contestan ellos.

Richard Gittens me contó hace tiempo que unos ngarigo están peleando para que no se construya una urbanización privada en un cercado que no está lejos de aquí, un lugar que ellos creen que es una antigua zona de enterramientos. El enclave está junto a unas tumbas

aborígenes que sí están documentadas, y hay expertos en patrimonio y medioambiente que han recomendado un estudio arqueológico completo y sondeos subsuperficiales. Nunca se han hecho. El promotor dice que el departamento de patrimonio no tiene competencia para bloquear el proyecto. El proyecto está aprobado, le dijo a una periodista. ¿Por qué no escribes sobre algo que de verdad sea importante?, le preguntó.

En el pueblo donde me crie nos enseñaban que en nuestra zona no había vivido ningún pueblo aborigen; solo venían desde la costa durante la temporada de la polilla bogong. (No soportaba esas polillas, que salían volando de detrás de las gruesas cortinas de las aulas en las mañanas de primavera: enormes, peludas. Te caían encima como un enjambre, diez o veinte a la vez, pesadas, suaves, oscuras, moviendo perezosamente contra tu piel sus pegajosas alas de terciopelo).

Uno de los hombres que protestan contra la urbanización dice que al menos una cuarta parte de sus vecinos son descendientes de los ngarigo. Siempre hemos estado aquí, dice. Y aquí seguimos.

Hace casi treinta años, en otra parte de esta región, una inundación se llevó por delante el lecho de un arroyo y dejó al descubierto el enterramiento de dos personas: una mujer y un hombre joven, junto a unas herramientas y los objetos funerarios más preciosos descubiertos hasta el momento en nuestro país. La antigüedad de los esqueletos se dató en unos siete mil años. Los objetos fueron trasladados a un centro cultural de la costa, pero los restos se enterraron de nuevo cerca del lugar de la inundación, en una ceremonia dirigida por un respetado patriarca.

Me emocionó saber que, cuando los enterraron la primera vez, dispusieron los cuerpos del hombre y la mujer el uno junto al otro, con las cabezas orientadas hacia el agua. Me gusta pensar que siguen allí, en la tierra, junto al lecho del arroyo.

Todos los funerales a los que he asistido en la ciudad acababan en cremación. En nuestro pueblo no había más opción que el entierro, por lo que, hasta que fui adulta, no supe que para mucha gente esta es

una práctica muy católica y muy macabra. A aquellos de mis amigos que se han criado en ciudades les parece terriblemente morboso, lo de enterrar un cuerpo en vez de incinerarlo. No sé por qué. Se estremecen al hablar de gusanos y putrefacción, les provoca una especie de horror existencial. Quizá sea la lentitud de la descomposición lo que les resulta tan terrorífico. No queremos pensar en nuestros cuerpos corrompiéndose poco a poco, en nuestros tejidos rezumando e impregnando la tierra suavemente. Queremos que la muerte pase, que se desvanezca como humo en el aire.

Cuando el malestar de los ratones, la monotonía del trabajo y el aburrimiento de los días empieza a ser insoportable, se escucha a través del patio la voz clara y pura de Dolores, que ensaya sola en la iglesia. Sigo pelando manzanas y quitándoles el corazón, pero siento que mi tarea se ha convertido en algo nuevo y bello.

Un mal sueño del que solo me ha quedado un regusto oscuro y desapacible: una antigua amiga, una catástrofe inminente, miedo. Las noches siguen siendo frescas, incluso en enero, y me despierto con la manta fina subida hasta la barbilla para protegerme: del frío y de ese sueño. Su pegajosa tela de araña sigue adherida a mí durante maitines, la ducha, el desayuno.

Solo he encontrado un modo de enjuagar la mala sensación de ese sueño. Atravesé el cercado Nursery —pegada a la valla, lo más alejada posible de la fosa de los ratones— y seguí por el cercado Dungeon hasta la presa. Me desnudé sobre la grava de la orilla y caminé hacia el centro, donde el agua se vuelve más profunda y más fría. La superficie oscura de aquella hora temprana comenzaba a reflejar la luz del sol que subía sobre el cielo raso. El agua fría me trepaba por las pantorrillas, los muslos, el pubis, hasta cubrir las caderas, y la arena granulosa se iba convirtiendo en barro bajo mis pies. Me acuclillé, sumergí la cabeza y la volví a sacar, y la gelidez del agua forzó esa

típica respiración entrecortada, como de terror. Cuando la respiración se estabilizó, me estiré para flotar de espaldas y dejé que el agua negra y mansa hiciera su trabajo purificador.

Después, mientras me vestía en la orilla —un pie mojado en un zapato, luego el otro—, vi a Helen Parry que cruzaba el cercado Stone Yard y bajaba hacia el otro extremo de la presa. Se plantó en la orilla, nos miramos un momento y levantó un brazo para saludarme. Yo le contesté con un movimiento de la mano y, cuando ella se inclinó para quitarse la ropa, me di la vuelta y comencé a subir por la cuesta, sintiendo el agua que me goteaba desde el pelo y bajaba fría por el cuello. Al llegar al portillo del cercado, me volví y la vi flotar en el centro de la presa, boca arriba, con los brazos estirados, tal y como habían estado los míos.

Un granjero del otro lado del pueblo se ha pegado un tiro en la cabeza. Su vecino lo encontró en el cercado con el rifle en el suelo, a su lado. El granjero había aparcado su Toyota en la carretera, para que la gente supiera dónde encontrar su cuerpo. Bajo uno de los limpiaparabrisas había dejado un folio A4 en el que había escrito con rotulador negro: SUICIDIO-AVISAR POLICÍA.

Nuestras oraciones de esta semana, por supuesto, han sido por su alma y por su familia, que las necesitará más, aunque la hija —enfermera, trabaja en una unidad móvil de mamografías— le ha dicho a Richard Gittens que no sentía rencor hacia su padre, ni pena de sí misma, ni de sus hermanas, ni de su madre. No necesitaba perdonarlo porque no había nada que perdonar. Decía que su padre había padecido depresión severa toda la vida y que, para él, estar vivo había sido un auténtico tormento. Se alegraba de que por fin se hubiera liberado a sí mismo de la agonía de vivir y que hubiera liberado a su madre de la angustia y el suplicio de intentar salvarlo. Y los había liberado a ambos de la certeza de que ese día iba a llegar. Richard dijo que se creía todas y cada una de las palabras de la hija. Hablaba con la austeridad propia de la verdad, me contó, y al decírmelo y utilizar la expresión «sin doblez», pareció avergonzado de expresarse con un lenguaje tan formal. Pero al describir a la hija, el porte de Richard también se volvió formal.

Entonces bajó la voz para contarme otra cosa de la mujer. Ella, la enfermera, le había dicho que, después de la muerte de su padre, había ido todos los días a la morgue para ver su cuerpo y sentarse a su lado. Antes de decirme esto, Richard tenía la mirada baja, orientada hacia la grava del camino, pero al pronunciar estas palabras sobre la morgue, levantó la cabeza y nos miramos consternados. La mujer le contó que, cada vez que miraba a su padre y veía el estropicio limpio

de sangre de su cara, lloraba por todas las décadas de vida que él había tenido que soportar y por el modo en que había tenido que poner fin a sus días. El personal de la morgue había sido encantador en todo momento, dijo.

Desde el día en que llegó, Simone le ha repetido todas las semanas a Helen Parry que, por supuesto, no hay ningún problema en que coma con nosotras, pero ella siempre ha declinado la invitación: tiene que trabajar, tiene que estudiar y tiene muchas llamadas que hacer. Pero anoche Simone entró en el comedor con una expresión rara en la cara y, detrás de ella, entró Helen Parry. Nos movimos para dejarle un sitio y yo me aseguré de estar en el mismo lado de la mesa que ella pero en el extremo contrario. Durante la bendición —que esta vez pronunció Simone— mantuve la cabeza inclinada. Aparte de la bendición, no se escuchó ni una palabra en toda la cena, y no sé si eso contribuyó a hacer la presencia de Helen Parry más o menos incómoda. Pero me recordó al varano pasando por delante de la cocina para comerse los huevos de los gallineros. Había algo similar en la forma en que Helen Parry alargaba el brazo por encima de la mesa para agarrar el cucharón y en su forma de masticar y tragar, tan metódica y perceptible en el silencio. También en la pausada confianza de sus movimientos, su desmedida seguridad y la implícita aceptación por parte de todas del natural derecho de Helen Parry a dominar.

Yo no era la única que se sentía violenta. Bonaventure empezó a tocarse la cicatriz de herpes que tiene en la frente, entre las cejas. Me he dado cuenta de que cuando está tensa se rasca ese punto entre los ojos con el dedo corazón. Creo que no es consciente de ello.

Al observar a Helen Parry me vino a la cabeza el término *superdepredador* y me sentí avergonzada. Cuando acabamos de cenar y yo ya me encontraba a salvo en mi habitación para completas, me dio pena de ella. Debe de sentirse bastante sola para buscar nuestra compañía. Ese es el tipo de compasión que experimenté. Pero eso no significa que quiera volver a verla sentada a la mesa con nosotras.

Una vez, cuando yo tenía unos diez años, se organizó un acto en el pueblo para concienciarnos sobre el hambre en el mundo. Se trataba de que un día sustituyéramos nuestra cena habitual por un pequeño cuenco de arroz, el equivalente a la única comida que hace en todo el día un niño de la India. El dinero que normalmente hubiéramos gastado en esa cena se donaba a una institución benéfica.

Todo aquello fue idea de mi madre. La institución benéfica era inglesa, insignificante y prácticamente desconocida en Australia: la Fundación Phillips-Pelham, dedicada a aliviar el sufrimiento de lo que entonces se denominaba tercer mundo. Mi madre era la única delegada en nuestro país.

De vez en cuando, mi madre recibía un sobre grande lleno de material de la fundación y debía venderlo para recaudar fondos. Yo no sé a quién se lo vendía, porque nadie había oído hablar de la Fundación Phillips-Pelham y aquello no eran objetos precisamente atractivos, sino diseñados para concienciar a la gente de la disparidad entre el sufrimiento del tercer mundo y nuestra obscena riqueza.

Una vez, el sobre contenía un montón de libretitas de bolsillo con la tapa de plástico, y yo robé una porque me gustaba el lápiz minúsculo que se encajaba en el gusanillo. También me gustaba por un secreto motivo: la libreta estaba ilustrada cada cinco o seis páginas con una fotografía en blanco y negro de la gente a la que ayudaba la fundación. La mayoría de las fotos eran de «leprosos». Yo me llevaba la libreta a una esquina y pasaba las diminutas páginas muy despacio para poder observar las imágenes de esos niños y adultos con terribles deformidades: agujeros en la cara, bocas torcidas, cuencas de ojos vacías, manos en las que en vez de dedos había tumores, brazos sin manos… No podía dejar de mirarlos. Sentía una atracción compulsiva e inexplicable, unida a un sentimiento de culpa: no porque yo tuviera una vida feliz o porque el mundo permitiera que hubiera gente que sufría de aquella manera, sino porque ahí estaba yo mirándolos una y otra vez, acercándome las páginas para ver bien los detalles de la piel hinchada y las caras deformadas. Era un segundo castigo: se les hacía posar ante una cámara, sonriendo —o eso parecía—, para que yo pudiera contemplar a escondidas la desgracia de su vida.

A la cena para recaudar fondos asistieron unas veinte personas; casi todas conocidas de mi madre con sus hijos. La mayoría de los niños eran más pequeños que yo, así que me quedé de pie en una esquina de aquel triste local comunitario, con unas ganas tremendas de irme a casa. Al final, hicieron el arroz —bastante mal— y lo distribuyeron en cuencos. (En aquel entonces, nadie en nuestro pueblo sabía cocinar arroz, excepto los refugiados vietnamitas con los que solía reunirse mi madre, y aunque estos la habían invitado a comer alguna vez, ella nunca les pidió que le explicaran qué había que hacer para que el arroz quedara suelto). Las madres —casi todas con pantalones de estampado de flores— se quedaron de pie, charlando animadamente, mientras los niños mirábamos horrorizados nuestros pequeños cuencos. Cuando recibí el mío me invadió la indignación: ¿por qué me obligaban a hacer eso? La masa pastosa y blanca brillaba sobre la oscura superficie de cerámica. Los otros niños me dirigían aviesas miradas y se negaban a comerse aquello. Yo no tuve opción, y me dieron arcadas cuando tuve que tragarme aquel engrudo. Aborrecí a mi madre y aborrecí a la Fundación Phillips-Pelham, su estúpido nombre y sus causas perdidas.

Mi madre continuó con sus limitadas y patéticas actividades para conseguir fondos y siguió enviando el dinero recaudado a la fundación —cincuenta dólares por aquí, treinta y dos por allá— hasta que se murió.

Simone me ha contado esta mañana que las tres hermanas ancianas que vivían aquí —a las que vinieron a recoger en un minibús poco después de mi primera visita para trasladarlas a una residencia católica en Sídney— han muerto en el transcurso de los dos últimos años. La última, la hermana Gerard Majella (Simone pronunció su nombre con un gran afecto), falleció anoche. Cáncer de vejiga.

Recuerdo a esas mujeres entrando en la iglesia, dos con sus andadores; una, en su silla de ruedas eléctrica. Pensé entonces que debía de ser muy reconfortante saber que una se hacía anciana aquí, en su casa, rodeada de sus hermanas. Pero por lo visto no es eso lo que sucede. Al final, acabas como todo el mundo: sola en una habitación, donde un desconocido, amable a pesar de estar mal pagado, te cambia la cama mojada.

Supongo que Simone piensa que debería alegrarse por ellas, por Hilda, Margaret y Gerard Majella, ahora que se han ido *a vivir con Jesús en el cielo,* pero eso no es lo que parecía esta mañana. La vi desconcertada, como si nunca se hubiera planteado que esas mujeres iban a abandonar este mundo. Puede que haya comprendido por primera vez que la generación anterior a ella, sus mayores, ha desaparecido. Y que ahora la *mayor* es ella.

Catorce huevos hoy: un récord. Creo que las gallinas están engordando a base de ratones.

Cuando aterricé aquí por primera vez, escuchaba desde mi cabaña el leve piar de los pollitos recién nacidos que rompían el cascarón en el gallinero. A algunos los he acompañado durante toda su vida de gallinas adultas: les he dado gusanos del jardín, les he espolvoreado con tierra de diatomea para combatir las garrapatas, les he masajeado la cresta con vaselina durante los meses de frío… Recojo los huevos

cuando todavía conservan el calor de su cuerpo y a alguna de ellas me ha tocado enterrarla, después de una enfermedad o de la trágica incursión de un zorro.

Nunca he tenido que aprender a sacrificar un pollo. Una vez vi cómo Bonaventure lo hacía con gran pericia: lo levantó, lo apretó contra su pecho y lo acarició mientras rezaba una oración. A continuación, puso una pala en el suelo y alzó la parte de la empuñadura, pisando el extremo ancho de la cabeza, al tiempo que tumbaba al pollo —para entonces tranquilo y confiado— en el suelo. Ajustó suavemente la cabeza del pollo a la altura de la empuñadura y la bajó, hasta meter la cabeza del pollo en el hueco de la empuñadura mientras seguía acariciando al animal. Entonces, con un movimiento rápido, puso un pie en cada uno de los extremos del mango, aprisionando la cabeza, al tiempo que tiraba de las patas del pollo hacia arriba y le rompía el cuello en el acto. Oí el chasquido. Las alas siguieron agitándose durante cosa de un minuto y ella volvió a rezar, a acariciar las plumas y a susurrar palabras de cariño. Me explicó que el movimiento de las alas eran impulsos eléctricos que recorrían los músculos, que el pollo había perdido el conocimiento de manera instantánea y que no había sentido ningún dolor.

Yo sabía que le repugnaba hacerlo. Me volví para que no pudiera ver mi desazón. A mí me tocaba desplumar al pollo, lo cual hice con el alivio de no ser yo la que tuviera que matarlo. Sumergí varias veces el cuerpo exánime en el agua que habíamos hervido en el quemador de gas que teníamos fuera, sobre las losas de piedra de la parte de atrás.

Más o menos en la misma época en que se llevaron a las hermanas, decidimos que no íbamos a sacrificar más pollos. No sé si había alguna relación entre las dos cosas —la muerte de las aves y el traslado del trío de ancianas con su silla de ruedas y sus andadores a un lugar donde iban a «estar más cómodas»—, pero el caso es que, muy poco después de aquel día, Bonaventure anunció que no quería volver a hacerlo, que era una muerte innecesaria, y Simone y todas las demás estuvimos de acuerdo.

Una o dos veces al año Richard aparece con dos grandes cubos refrigerados en la caja de su camioneta. Los dos están llenos de diversos cortes de cordero congelado, y nosotras aceptamos el

obsequio agradecidas y metemos las bolsas de costillas, paletilla, pierna y cuello en el arcón congelador. No rechazamos que nos regalen comida, pero preferimos pasar la mayor parte del tiempo sin comer carne antes que acabar con la vida de un animal.

Esta mañana, después de laudes, volví a la iglesia para pasar un rato sola. Escuché un batir de alas sobre mí y vi que un pájaro, una especie de paloma, se había colado por una de las ventanas entreabiertas. Volaba de un lado a otro del espacio vacío, y abrí las dos puertas de par en par para que saliera. La luz entraba a raudales. Me senté y observé cómo la paloma volaba, se posaba, batía las alas, se posaba. Al final se posó junto a la puerta abierta, giró la cabeza hacia atrás y salió andando en dirección al sol.

Esta misma tarde le he descrito el pájaro a Richard Gittens y me ha dicho que era un ave nativa de Australia y Nueva Guinea que se llama tortolita plácida.

Nos han dicho que si se produce una lluvia torrencial nos librará de los ratones. Eso es lo que sucedió en el pasado, en el norte. Pero también nos han dicho que nada de esta plaga se asemeja a las anteriores. Simone pide que todas recemos muy especialmente para que Dios se encargue de la plaga. Me resulta extraño que piense que hayamos estado rezando por algo distinto durante todo este tiempo. Cuando por la noche una escucha a los animalitos correteando alrededor de la cama, no le hacen falta muchos argumentos.

Esta mañana, mientras me duchaba, un ratón me observaba desde la parte de arriba del murete de azulejos. Grité, pero no se movió, ni siquiera cuando lo amenacé con el bote de champú. Estaba a punto de lavarme la cabeza, pero su mirada impasible me producía escalofríos. La simple idea de levantar los brazos y exponer mi pecho me daba miedo. Ridículo. Pero su poder ha llegado a ser más que físico: es un poder místico. En la iglesia es aún peor, cuando los vemos salir corriendo de sus escondrijos en el momento en que empieza a sonar el órgano. Sé que Josephine va a la iglesia mucho antes del rezo del oficio para retirar lo que encuentra en las espantosas trampas adhesivas. A todas nos horripilan esas trampas, pero no podemos permitirnos perder el órgano. Hago todo lo posible por no fijarme en las trampas amarillo chillón que van en la carretilla.

El olor a ratón es cada vez peor en todos lados. El único sitio donde todavía no han aparecido, por raro que parezca, es en la sala de estar buena, aunque corretean por dentro de las paredes y se los ve en la parte exterior de los alféizares de las ventanas.

Rezamos para que llueva. Hasta Richard Gittens reza, creo. Antes se limitaba a sentarse y observar, pero ahora viene, se arrodilla, cierra los ojos y junta las manos.

Una vez fui a una boda en la que uno de los hermanos de la novia llevó a su pareja, una chica complicada, y las cosas no fueron nada bien. La chica se llamaba Cleo. Mi novio era el otro hermano de la novia. La boda estaba muy bien organizada. La ceremonia religiosa se celebró en una iglesia preciosa y el banquete, en el restaurante más elegante del pueblo, que no es que fuera muy elegante, pero sí lo más elegante posible. Yo quería ayudar, y coloqué los adornos florales del extremo de los bancos de la iglesia y las tarjetas con los nombres en las mesas del restaurante. A Cleo no se la vio en ningún momento durante los preparativos de la boda, pero a nadie le importó, porque Cleo tenía una acusada tendencia a cuestionarlo todo y a discrepar, siempre con una sonrisa de oreja a oreja. Era una chica guapa, con una melena negra, abundante y ondulada que le caía hasta la cintura. Creo recordar que tenía un tatuaje en algún lugar discreto: una flor de franchipán o una pequeña mariposa azul. Cleo solía llevar flores en el pelo y vistosas faldas de vuelo amplio, cuando las chicas como yo vestíamos vaqueros y jerséis holgados de colores apagados. Hasta que fui una mujer madura y me empecé a fijar en las chicas jóvenes por la calle, en la playa o en los restaurantes, no me planteé lo raro que había sido que yo cubriera mi cuerpo joven tan a conciencia y de manera tan constante en mi juventud. Lo cierto es que Cleo tenía un cuerpo espléndido y no veía ningún motivo para esconderlo.

El principal delito de Cleo era ser vegetariana, una tremenda afrenta para la madre de aquella familia. En un pueblo como el nuestro, a los vegetarianos se los miraba con recelo e irritación. Solo querían llamar la atención, esa era la opinión general. A Cleo no le importaba lo que pensara la gente y a menudo, en ocasiones como aquella, se preparaba su propia comida. Palitos de zanahoria y dados de queso, o una simple manzana, mientras el resto se peleaba con sus filetes demasiado hechos.

El restaurante de la boda no tenía opciones vegetarianas. Se lo dijeron al novio de Cleo, el hermano de la novia, para prevenirle. Cleo podía comer la guarnición de la carne. A todos les pareció perfectamente razonable. Era el día de la novia. Seguro que hasta Cleo podría entenderlo. Y parece que Cleo lo entendió. Saludó a la novia y al novio de manera afectuosa y agradable, y también su apariencia era

agradable: un vestido discreto con mangas de tono pastel, sin maquillaje, y su precioso pelo recogido en un moño. Llevaba unas sandalias elegantes y un bolso pequeño decorado con lentejuelas colgado en bandolera de una cadena metálica. Y nada de aspavientos.

Cuando llegaron los camareros con las fuentes de pollo y ternera, Cleo sonrió educadamente e hizo un gesto con la mano para que no le sirvieran. Los hermanos y yo observamos cómo sacaba un sándwich envuelto en *film* transparente y lo colocaba en la mesa, entre el tenedor y el cuchillo. Mientras todos cogían los cuchillos y empezaban a cortar la carne, Cleo desenvolvió su sándwich de crema de cacahuete y empezó a comerlo a pequeños mordiscos, sonriéndole a mi novio al otro lado de la mesa y dando sorbos al champán que se suponía había que reservar para los brindis.

La madre de la novia estaba en la mesa presidencial, y recuerdo la mirada de irritación que dirigió a nuestra mesa de veinte comensales. No recuerdo lo demás. Hubo baile y hubo quienes dijeron unas palabras, y todos estábamos bastante borrachos cuando —a altas horas de la madrugada, una vez que los novios y los invitados se hubieron ido— recorrimos las mesas para recoger las cosas que la gente se había olvidado, asegurarnos de poner las tarjetas con los nombres en los regalos y rescatar los centros de flores para nuestras madres y sus amigas. Cleo iba de un lado a otro, recogiendo una cosa por aquí y otra por allá, pero ocupada, principalmente, en lo que parecía ser su vocación: amortiguar el enfado de la familia. Todos estaban indignados con ella por la escenita del sándwich de crema de cacahuete, por haberse convertido en el centro de atención incluso en una ocasión *tan* señalada. La verdad es que creo que de lo del sándwich no se dieron cuenta más que tres o cuatro personas, y tampoco debió de importarles mucho, pero eso era lo de menos. El problema era que ella lo había hecho aposta —como siempre— para montar el numerito. Ni siquiera su novio —el hermano de mi novio— la defendió. Se limitó a ignorarla, mientras se ocupaba de las tareas que tenía encomendadas y soportaba un segundo castigo: el silencio de su madre.

Yo estaba estupefacta por lo poco que a Cleo parecía importarle el odio de toda aquella familia. Sonreía y charlaba en su modo cordial. En el taxi que compartimos de vuelta a casa, la tensión se podía cortar, por la irritación de mi novio con ella y también por la mía, que surgía de un sentido de lealtad y de algo menos definido. Yo necesitaba salir de aquel coche cuanto antes. Entonces, mientras el taxi avanzaba por las calles vacías del pueblo, bajo sus farolas solitarias, Cleo dijo en tono sosegado: «Hay luna llena. La gente se vuelve loca con la luna llena».

La madre de aquella familia era la segunda madre. La primera —la madre de mi novio y su hermano, pero no de su hermana, la novia— había desaparecido en un viaje familiar por el desierto de Nullarbor cuando los niños eran pequeños. La familia había acampado en la llanura desértica, desde la que se podía escuchar el mar en la distancia. Estaba a uno o dos kilómetros, y las olas rompían contra el descomunal acantilado que formaba la tierra antes de sumergirse en el mar. Tenían una tienda de campaña grande, de lona, de las que utilizaba mucha gente en aquella época. Dormían en catres plegables de lona y armazón de madera. Por la mañana, su madre había desaparecido.

Equipos de búsqueda, policía, helicópteros. Rastreadores que atravesaron el desierto con perros. Al principio sospecharon del padre, después no. A la madre nunca la encontraron. Una investigación resolvió que, probablemente, había ido andando hasta el borde del acantilado y, voluntaria o involuntariamente, se había caído. Los acantilados de la zona llegan a superar los cien metros de altura.

Cuando unos años más tarde el padre volvió a casarse con una mujer que tenía una hija —una niña callada y algo mayor que sus hijos— y su propia tragedia matrimonial —el marido, conductor de camión de largo recorrido, había muerto en un accidente—, los niños todavía estaban en primaria. Después de contarme la historia de su madre, mi novio nunca volvió a hablarme de aquello, excepto para decirme que, cuando su padre les dijo que volvía a casarse, él, que era

el pequeño, había llorado desconsoladamente y le había suplicado que no lo hiciera. Por las noches soñaba que su madre volvía y que, cuando descubría que había sido sustituida, se marchaba de nuevo.

No recordaba nada del viaje desde el desierto de Nullarbor —había durado cinco o seis días, eso pensaba— a nuestro pueblo. Creía que su hermano, que tenía siete años, había ido en el asiento del copiloto.

No muy lejos del límite del pueblo hay una presa con una valla metálica que atraviesa el agua embalsada de un lado al otro. Quizás es más preciso decir que el agua se ha embalsado atravesando la valla. La miro siempre que paso por ahí; tiene algo de triste que los finos postes de la valla tengan que soportar el empuje del agua o algún alga llena de barro antes de enderezarse de nuevo y subir airosos por el talud del otro lado de la presa.

Yo siempre había pensado que había un «antes» y un «después» en la mayoría de las cosas que le suceden a una persona; que una valla de tiempo y espacio podía separar las experiencias catastróficas del ordinario acontecer de la mayor parte de la vida. Pero ahora sé que cuando se produce algún tipo de tragedia no hay un antes ni un después. Incluso cuando ha remitido, la conmoción sigue estando ahí, como el agua de la presa, insistente, penetrante, permeando el pasado y el futuro.

He descubierto más historias truculentas de santos en el libro con tapas de tela. A santa Margarita Clitherow, muerta por aplastamiento, la tumbaron sobre una roca puntiaguda y le pusieron encima una puerta sobre la que depositaron piedras «que pesaban más de trescientos cincuenta kilos». «Tardó quince minutos en morir», dice el libro. Y santa Filomena, la virgen y mártir patrona de los bebés, a quien, cuando tenía trece años, «deseó» el emperador Diocleciano. Como la niña lo rechazó, la azotaron, la encerraron en un calabozo, la ataron a una columna y la volvieron a azotar. La ataron a un ancla y la arrojaron al río. La asaetearon. Protegida por unos ángeles, estos la salvaban cada vez que intentaban matarla. Al final, los ángeles

fallaron —o eso parece— y murió decapitada. No hay muchos detalles de violaciones en *Vidas de santos,* así que uno se lo tiene que imaginar. Se supone que sería una parte habitual del *pack,* junto a sacarles los ojos, ahogarlos y todo lo demás. Quizá sea ese uno de los motivos por los que María Goretti nos resultaba tan fascinante: suponía el reconocimiento de lo que no nos contaban de otras muchas historias. *Hermana,* si María se hubiera tumbado, hubiera cerrado los ojos y hubiera soportado el pecado en vez del apuñalamiento, ¿sería santa? *Hermana,* si María hubiera matado a Alessandro apuñalándolo con el punzón que llevaba este, ¿sería santa? *Hermana,* si la madre de María no hubiera perdonado a Alessandro, sino que le hubiera escupido en la cara, lo hubiera maldecido, le hubiera arañado el rostro, le hubiera dado una patada en los huevos, le hubiera pegado un tiro, le hubiera cortado la polla con su cuchillo cebollero… ¿sería María santa?

Esta mañana, mientras corría, oí pasos sobre la gravilla detrás de mí y poco después tenía a Helen Parry a mi lado, siguiendo mi ritmo. No es muy difícil. Corro lento, aunque procuro ceñirme a la técnica que me enseñaron una vez: balancear sin tensión los brazos desde los hombros y echar las manos hacia atrás, como si fuera a coger algo de un bolsillo lateral. A veces, cuando corro, siento como si fuera una forma de volar. No es una sensación frecuente y, desde luego, no se dio hoy con Helen Parry a mi lado. Me notaba más sudorosa y jadeante que de costumbre.

Me saludó con una inclinación de cabeza y se puso a correr a mi lado. Llevaba un pantalón corto muy holgado y desgastado y un sujetador deportivo ancho debajo de una descolorida camiseta de Greenpeace. El cuello de la camiseta estaba dado de sí y se le caía hacia un lado, dejando a la vista el tirante del sujetador. Unas Nike viejas de color negro, pinquis blancos renegridos por el tiempo. Una gorra azul marino con un escudo impreso, de un colegio, o algo así.

Seguimos corriendo juntas durante un trayecto corto. Empecé a bajar el ritmo cuando nos acercábamos a la entrada del vallado, el punto en el que siempre me doy la vuelta. Helen esbozó media sonrisa e hizo un gesto de asentimiento, pero no redujo la velocidad cuando lo hice yo. Siguió corriendo, atravesó el paso canadiense de una zancada —arriesgado: las barras están bastante separadas y son muy resbaladizas— y salió del vallado. Giró a la derecha y tomó la carretera secundaria que va hacia donde viven los Gittens. Yo me quedé junto al paso canadiense recuperando el resuello y observé cómo ella corría por la carretera vacía con su estilo desgarbado. Un poco encorvada, los hombros demasiado altos, pero sin bajar el ritmo. La seguí con la mirada hasta que superó la pequeña elevación y desapareció de mi vista.

Después, al quitarme la camiseta y los calcetines, me di cuenta de que olía mucho a sudor y me pregunté si Helen Parry lo habría notado también. Seguramente sí, pero no había dado ninguna muestra de ello.

Mucho más tarde, al salir de laudes, me la crucé en el patio cuando ella volvía. Le pregunté qué tal había ido el ejercicio y me dijo que estupendamente. No me miró mientras me hablaba, concentrada en algo que había visto en los árboles. Había ido hasta casa de los Gittens: la mujer de Richard Gittens había pasado junto a ella en coche, la invitó a tomar algo frío o una taza de té y ella aceptó. Cuando me contó esto sentí que algo inquietante me recorría el cuerpo. No sé por qué. Me dijo que Annette era una mujer interesante, pero «un poco neuras». Se pasó el brazo por la frente para quitarse el sudor y la curva de su seno se marcó bajo la camiseta. Después de la taza de té había vuelto corriendo. Quise saber si Richard Gittens también estaba, pero algo me impidió preguntárselo. Entonces Helen preguntó si le había llamado alguien del pueblo; yo le dije que creía que no y ella se pasó la mano por la garganta y se separó la camiseta del pecho. Dijo que necesitaba una ducha de agua fría y se fue a su cabaña.

Después me acordé de lo que Virginia Woolf había dicho de Katherine Mansfield —la única escritora de la que Woolf sintió celos — cuando esta fue a visitarla: «Apestaba como un gato de algalia».

En los años setenta, durante un breve periodo de tiempo algunos católicos de nuestro pueblo se dejaron llevar por la moda de organizar sesiones de alabanza en sus casas con la esperanza de que se produjeran experiencias de éxtasis espiritual. Mi madre cambiaba de tema cada vez que se mencionaba a aquellas personas —«los carismáticos»—, que aseguraban, entre otras cosas, que hablaban en lenguas y que, al invadir el Espíritu Santo sus cuerpos, alcanzaban tal grado de embriaguez religiosa que llegaban incluso a desmayarse.

El rechazo que aquello les producía hizo que, curiosamente, mis padres se alinearan con el párroco, quien, de manera discreta, desaconsejaba la teatralidad carismática y animaba a sus feligreses a centrarse en la misa como una forma de oración más tradicional y más

ortodoxa. Al considerarlo ahora, pienso que el desdén de mis padres tenía que ver tanto con lo que ellos percibían como la típica engañifa americana como con su general escepticismo respecto a cualquier manifestación física del Espíritu Santo. Yo entendía que aquellas reuniones las organizaban personas que pensaban que eran especiales o que habían recibido un don, o que simplemente buscaban el efectismo (un auténtico delito).

Ahora pienso que mi madre debió de percibir una especie de trasfondo sexual en las descripciones de aquellos encuentros: había algo de sigiloso, de jadeante, de intempestivo, en el modo en que se hablaba del total abandono del yo, de la supuesta pérdida de control. Quizás estuviera pensando en una de las profesoras de mi colegio y su marido, de los que se rumoreaba que dedicaban los fines de semana al «intercambio de parejas» con los vecinos de al lado.

Una de las casas en las que había reuniones de carismáticos era la de mi amiga Kelly y sus padres. Aunque yo solía ir a misa los domingos con esa familia, tenía prohibido asistir a sus reuniones. A pesar de ello, una tarde de un fin de semana de otoño, Kelly y yo ayudamos a su madre a preparar para la reunión de ese día unos elegantes cuencos de cristal con cacahuetes y una salsa francesa de cebolla con galletitas saladas para untar. La señora Fuller calificaba de «signos y prodigios» y de «dones carismáticos» las facultades extraordinarias que podía tener una persona sobre la que, después de un rato de oración intensa, descendiera el Espíritu Santo.

Todo aquello me resultaba fascinante.

La gente empezó a llegar a casa de los Fuller, solos o en pareja, uno o dos con una botella de vino. Una mujer, que llegó temprano, mostraba un aspecto más sofisticado que la mayoría de las mujeres de nuestro pueblo. El estilo desenfadado de las joyas que llevaba y de su peinado, unido a la seguridad que mostraba al hablar, testimoniaban la autoridad que confiere el ser de otro sitio (casi de cualquier sitio). Se llamaba Jackie y era de Camberra. Ella era la que iba a dirigir el encuentro y había llegado en coche con su marido, Rob, un hombre alto y en forma que sonreía continuamente y le decía a todo el mundo que era de Minnesota, lo que provocaba la admiración de la concurrencia.

Los amigos de la señora Fuller eran otra pareja de mediana edad y su hija de dieciséis años —inescrutable por su silencio y el exceso de maquillaje— y tres jóvenes de aspecto melancólico a los que solía verse por la iglesia ocupados en tareas menores que les encomendaba el cura: repartir los folletos de los cánticos, cortar el césped. Al hacerme mayor, me pareció bastante evidente que la iglesia —y más concretamente el padre Fitzroy— proporcionaba el único entorno en el que un joven gay y pusilánime podía sentirse protegido, acogido, incluso. En el pueblo estaba también el Little Theatre, donde parece que tenían lugar todo tipo de devaneos artísticos, pero aquellos jóvenes eran demasiado tímidos para eso.

Al cabo de un rato se cerró la puerta principal, la madre de Kelly encendió velas por toda la sala de estar y apagó las lámparas. En cuanto Rob pulsó el *play* de un pequeño radiocasete los asistentes dejaron vasos y tazas en la mesa. Jackie y Rob sacaron dos panderetas, empezaron a moverse al ritmo de una disonante melodía pop y cerraron los ojos mientras cantaban lo mismo una y otra vez: *Ven, Espíritu Santo*. Yo había visto a los Hare Krishna en la televisión bailando y cantando por las calles —en ciudades, no en ningún sitio próximo a nuestro pueblo—, y aquellas imágenes de creyentes en éxtasis con la cabeza afeitada volvieron a mi mente al ver cómo la señora Fuller, con los ojos bien cerrados, levantaba los brazos y todos empezaban a moverse y a cantar con sus voces dubitativas de pueblerinos en la oscuridad iluminada por las velas.

Cuando el cántico concluyó con un repiqueteo final de pandereta, Jackie —con los ojos todavía cerrados y las manos en alto— comenzó a explicarnos con voz firme y clara lo que teníamos que hacer. Eran tres cosas, dijo. Primero, teníamos que rezar con *fe esperanzada*. Esto significaba creer plenamente que nuestra oración daría resultados definitivos; que sin duda alguna Dios escucharía y atendería aquella plegaria. Segundo, debíamos seguir cantando «Ven, Espíritu Santo». No debíamos parar, porque ese era el modo de pedir los carismas. Y tercero, si empezábamos a oír palabras desconocidas en nuestra cabeza, aquello era el don de lenguas, un idioma sagrado que procedía directamente de Dios, y debíamos decir esas palabras en voz alta.

Comenzaron otra vez los cantos y yo abrí un poquito los ojos para mirar las caras de la señora y el señor Fuller y las de sus amigos —sonreían, cantaban, se movían. *Ven, Espíritu Santo*—. La expresión del señor Fuller era de paciente indulgencia. Cuando Rob y Jackie retomaron el canto con sus voces diligentes y sonoras, el señor Fuller abrió los ojos y empezó a moverse en silencio entre los oscilantes devotos para recoger tazas y ceniceros y llevarlos a la cocina. La hija adolescente se movía con rigidez pero no cantaba, mientras que sus padres se balanceaban obedientemente, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro, y repetían sin complejos las palabras del canto con sus voces atipladas. Pero los que de verdad se habían metido en aquello eran los jóvenes. Animados por el casto velo que proporcionaba la oscuridad, se emplearon a fondo. Movían sus cuerpos con delicadeza, con una flexibilidad natural que descendía por sus pechos y caderas. Las manos se alzaban en el aire y se mecían como delicadas frondas submarinas, y ellos cantaban suavemente, con mucho sentimiento.

Entonces se escuchó un grito ahogado y vi que la señora Fuller había empezado a temblar y a respirar agitadamente. Jackie se acercó a ella, hizo un gesto de aprobación con una amplia sonrisa, volvió a cerrar los ojos y siguió cantando. Los demás nos apartamos un poco de la señora Fuller y dejamos de cantar cuando esta echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca para emitir una larga sucesión de extraños sonidos, un idioma inventado que sonaba a lengua africana y en el que la señora Fuller cambiaba el «acento» al pronunciar algunas cosas. La señora Fuller seguía con los ojos cerrados y se balanceaba y gritaba, como poseída por algo animal, por una especie de fuerza imperiosa. La luz de las velas hacía que brillase el leve sudor que le cubría el cuello y su voz fue adquiriendo un tono cada vez más angustiado.

Jackie comenzó a gritar por encima de la voz de la señora Fuller y a traducir lo que decía en forma de alabanzas y súplicas. En ese momento la señora Fuller estaba empezando a llorar y a gemir en su nuevo idioma (me di cuenta de que había comenzado a repetir algunas de las primeras «palabras»), y entonces abrió un momento los ojos y se dejó caer en los brazos de Rob, que la estaban esperando. Con sorprendente desenvoltura arrastró el cuerpo de la mujer hasta el sofá

y la acostó en él. La agilidad de la operación me hizo pensar que ya lo habían hecho antes. La señora Fuller yacía en un extático desvanecimiento, con los brazos por encima de la cabeza, jadeante, mientras los demás seguían cantando triunfalmente. El señor Fuller había salido de la cocina y observaba todo aquello desde la puerta.

Después, cuando todos se habían ido a casa y Kelly y yo estábamos ya en la cama, en la oscuridad de su habitación, me puse a pensar. Resultaba imposible creer que la señora Fuller hubiera estado llena del Espíritu Santo, pero yo seguía imbuida de una especie de reverencia por lo que había sucedido. Los jóvenes y su sentimiento, la entrega del yo a una nueva vulnerabilidad, el deseo de apertura… Todas esas cosas me parecían bellas.

Al día siguiente, de vuelta en casa, le conté a mi madre que habíamos cenado pasta con atún y besamel y que habíamos visto en la televisión *This Is Your Life*. Creo que sabía que no le estaba contando la verdad, pero nunca me preguntó nada sobre aquello.

Sueño: Helen Parry bailando, le arde la cabeza. La llama es alargada y densa, le cubre toda la cabeza, desde el cuello hacia arriba. Chilla y agita la cabeza describiendo círculos, y la llama se arremolina como si fuera pelo. El chillido no es de dolor o de miedo, sino de euforia. Un grito de poderío que linda con el terror. Junto a la llama le caen gotas de sudor. Hay algo poderoso y ceremonial en su danza, en el fuego y el sudor. Es una especie de rito sagrado.

Helen Parry no ha venido a cenar esta noche, cosa que sí ha hecho en las últimas semanas. Di por hecho que se había llevado la cena (sopa de coliflor, que no es mi especialidad; me sale muy aguada) a su habitación, pero Carmel me dijo que no, que no sabía dónde estaba. En casa de los Gittens, supuse.

Todas están hartas de ella. Bonaventure parece la más afectada; la intimida hasta un punto que me resulta doloroso. Me fijo en cómo espera a que Helen Parry se siente para elegir disimuladamente un sitio en el otro extremo de la mesa. Me fijo también en cómo cambia el gesto si habla Helen, para no mostrar sus verdaderos sentimientos; su ignorancia, su falta de interés o el miedo a ser juzgada. Pero es como si su inquietud fuera algo químico que Helen puede oler, porque busca a Bonaventure con peticiones innecesarias e impertinentes. Parece que la ve como una especie de sierva. Y Bonaventure sirve. No lo soporto.

Así que hoy, sin Helen Parry en la mesa, había una armonía en el ambiente que yo no había sentido desde hacía mucho tiempo. Además —es demasiado pronto para decirlo, no queremos hacernos ilusiones, pero…—, parece que ha habido menos ratones estos últimos días. Aunque alguien lo comentó, entendimos que no había que tentar a la suerte; nos limitamos a cerrar los ojos y rezar juntas la oración para bendecir la mesa.

Bonaventure me ha desvelado hoy en la sala de estar buena lo que hay detrás de sus sentimientos respecto a los huesos: ella y Jenny tuvieron una pelea terrible e hiriente antes de que Jenny se fuera. Bon no aguantaba la insistencia de Jenny sobre lo inmoral que era quedarse aquí: se lanzaron reproches, se dijeron verdades muy crueles, Jenny se fue y Bonaventure se quedó llorando. Ninguna perdonó ni pidió

perdón, y la noticia de la desaparición de Jenny sumió a Bonaventure en una angustia infinita. Esta es la causa de su penitencia, de sus vigilias ante el ataúd de Jenny.

Yo estaba sentada a su lado mientras me contaba esto y, cuando dejó de hablar, estreché su mano enjuta y suave y observamos juntas el ataúd unos momentos. Siempre convertimos en santos a los muertos, dije. Es el único modo de soportarlo. En ese momento Bonaventure pensó si decirme o no la verdad —me di cuenta de que lo estaba sopesando— y a continuación me dijo que estaba equivocada. Jenny no era, no es, ninguna santa, dijo. No es que ella piense que ojalá le hubiera pedido perdón a Jenny, que ojalá hubiera buscado su absolución. Es justo lo contrario. Jenny se ha ido y Bonaventure se ha quedado con el gran sinsentido y la injusticia de lo que sucedió, y su rabia se resiste a disminuir. «No rezo para que me perdone», dijo. «Trato de buscar una pizca de perdón en mi interior.»

Al decirme eso pude ver el peso duro y frío que soportaba, y la creí cuando añadió que pensaba que aquello no la abandonaría nunca. Volvió a arrodillarse y la dejé allí, con la cabeza inclinada y la palma de la mano sobre el crucifijo de la tapa de madera del féretro.

Si uno no vive la vida para la que ha nacido, se hace daño a sí mismo. Esto es lo que nos ha dicho Helen Parry esta mañana para ilustrarnos con su sabiduría. Los amigos budistas de Helen en Tailandia dicen que es cuestión de tu *dharma,* nos ha explicado. Uno debe vivir según su *dharma,* incluso en el caso de que pudiera tener mucho éxito siguiendo el *dharma* de otro. Si no vives de acuerdo con el *dharma* que te corresponde, te infliges un serio daño espiritual.

Recuerdo un artista que conocí a los veintitantos. Decía que una pintura inacabada era una forma de perversidad. Decía que un artista debe completar su obra, buena o mala, si no quiere que esta le haga daño.

Después de hacer su condescendiente comentario durante el desayuno, me parece que Helen Parry no escuchó lo que Bonaventure contestó en voz baja: «Yo nací para *esta* vida». Comprendí que la suya no es solo una pelea con Helen, sino con la hermana Jenny.

Lo que no aguanto es toda esa palabrería del «me enamoré de Jesús» que estaba segura vendría a continuación, como de hecho vino. Es algo que me produce náuseas; no me cabe duda de que este tipo de vida debe de consistir en algo más serio. Algo austero, trascendental, poderoso. Una intensa atención, un pensamiento profundo. Una lucha para dominar… ¿qué? El ego. El yo. Odio. Orgullo. Pero no, en vez de eso, Sissy y Carmel, con una sonrisita bobalicona, saltan con que están aquí *porque me enamoré de Jesús y quiero vivir con él en el cielo.* Como si estuvieran hablando del típico enamoramiento adolescente. He aprendido a evitar gestos que me delaten, pero a veces es casi imposible. En el preciso momento en el que yo hacía verdaderos esfuerzos por continuar en la mesa, me sorprendí cruzando la mirada con Helen Parry, y me sorprendí más aún de que tanto ella como yo nos sostuviéramos la mirada. Entonces ella hizo un leve movimiento

de cabeza para imitar sutilmente la cursilería de Sissy y Carmel, y yo tuve que desviar la mirada para no echarme a reír, fracasando estrepitosamente en el dominio de mi ego, mi yo, mi orgullo.

Pero Sissy no es tonta. Lo vio y se dirigió a Helen Parry desde el otro lado de la mesa para preguntarle con voz dulce y amenazadora:

—Y *tú*, ¿por qué piensas que has venido aquí, Helen?

Creo que a todas nos impactó la pregunta. Helen hizo una pausa antes de contestar sonriendo:

—Para traer a la hermana Jenny a casa, evidentemente. —Recorrió la mesa con la mirada, Sissy y ella se observaron en el momento de silencio que siguió y Helen consideró la pregunta en ese mismo silencio antes de mostrársenos finalmente—: Y para ver a mi madre —dijo—, antes de que se muera.

Tercera parte

El otoño ha llegado. Los álamos y los sauces se han vestido de amarillo junto a los arroyos, es Miércoles de Ceniza y recordamos que somos polvo.

Recuerdo: el pulgar del sacerdote me mancha la frente con el signo de la cruz; polvillo de ceniza, de olor dulce, me cae sobre las pestañas.

Esta mañana, al llenar la bañera de los pájaros después de laudes, me di cuenta de que el sonido apagado del aleteo de las cacatúas cuando descienden hasta la bañera se parece al que hacen los ratones que se escabullen por la noche. La plaga de ratones lo contamina todo: el sentido del olfato, por supuesto, pero también el sonido e incluso la memoria.

Mientras arrollo la manguera en su rueda, me acuerdo del chico de nuestro pueblo que de mayor mató a sus padres a tiros. En aquella época se veían muchos rifles. Hasta mi padre tenía uno guardado en una caja en el altillo, aunque nunca le vi usarlo. No recuerdo cómo descubrí que estaba allí o por qué necesitaba él tener un arma, pero sí recuerdo la historia que contaba de cuando había disparado a una serpiente en sus tiempos de maestro en una escuela rural. Los niños se habían arremolinado detrás de él mientras apuntaba a una serpiente de color pardo que estaba durmiendo. Después de matarla, se escuchó un sonido prolongado y sibilante que a mi padre le pareció extraño. Sus alumnos se pusieron a chillar y a reírse: le había pegado un tiro a la rueda de su moto y la serpiente se había ido zigzagueando lentamente. El rifle de nuestro altillo incorporó la entrañable pátina de aquella historia. Lo que recuerdo del rifle es la calidez de la culata de madera castaña, brillante y atractiva. ¿Cuándo lo vi? Me parece recordar la reverente apertura de la caja, forrada de fieltro verde (como la de las vinajeras de cristal tallado que se usan para el ofertorio de la misa), el desmontaje del arma, la revisión cuidadosa y

el posterior montaje de cada pieza. Aunque puede que esto lo viera en la televisión o lo leyera en un libro. En algún momento antes de mi mayoría de edad, el rifle desapareció del altillo, sin que nadie dijera nada.

La familia del chico del que hablo era la dueña del Coronation Café de la calle mayor. La madre y el padre vivían en el apartamento que había encima del café y el chico vivía en una caravana en el jardín trasero. Había un hermano mayor, pero no sé dónde estaba cuando sucedió aquello, ni si vivía también con la familia o se había ido de casa. Un día entre semana, por la noche, una o dos horas después de cenar, el chico, que tenía diecinueve años y estudiaba para ser mecánico de automóviles, entró en el apartamento con una camisa en la mano. Esto es lo que se dice que pasó. Que le pidió a su madre que le cosiera un botón de la camisa y que esta le dijo que no, que no se lo pensaba coser. El chico no dijo nada y volvió a su caravana. Poco después, entró en la sala de estar de sus padres con un rifle y les pegó varios tiros a cada uno, hasta que los mató.

Durante años me ha venido a la cabeza ese chico y me he preguntado qué podría haber sucedido en la vida de aquella familia en el tiempo anterior a aquel terrible suceso, y he pensado también en aquella noche. Me he imaginado al chico con la camisa en la mano, el recorrido desde la sala de estar hasta la caravana, el momento de la decisión, los pasos resueltos de vuelta al apartamento por las escaleras que daban a la puerta trasera, atravesando la cocina…, lo he imaginado abriendo la puerta de la sala de estar. En el momento en que vieron el rifle levantado, ¿qué sabían los padres sobre los motivos por los que su hijo iba a hacer lo que hizo?

Después de matarlos —no sé cuánto tiempo después, pero no mucho después—, el chico dejó el rifle en la cocina, cogió las llaves de su Datsun y condujo durante diez minutos hasta la casa de uno de sus profesores de la escuela técnica. Llamó a la puerta y le abrió su mujer. Estaba un poco sorprendida —eran las nueve de la noche—, pero el chico le dijo que necesitaba hablar con su marido, y algo en la manera en que la miró hizo que ella comprendiera que debía dejarle pasar.

Llamó a su marido y este fue a la puerta. En la cocina el chico le contó al profesor lo que había hecho. El profesor llevó al chico a la sala de estar, se sentó allí con él y pidió a su mujer que llamara a la policía.

También he pensado en ese momento durante años. El chico, el profesor, la tremenda monstruosidad de lo que tenía que contarle, el estupor y el paso lento de los minutos hasta que llegó la policía. La incredulidad, la confusión. La amabilidad del profesor y su preocupación por el chico. ¿Qué se dijeron en esos quince minutos? ¿Preparó la mujer tazas de té caliente, muy dulce? ¿Se quedaron mirando la pantalla del televisor? ¿Qué pasó en casa de aquella pareja cuando la policía se llevó al chico?

Después se habló de las manchas de sangre en las tablas del suelo y del hecho absurdo de que la causa de todo hubiera sido un botón descosido. Se habló de lo callado que era aquel muchacho y de que los padres preferían a su hermano mayor, pero incluso entonces aquello me pareció demasiado obvio como para que no fuera pura especulación.

Hubo una vista preliminar en el juzgado local inmediatamente después de los asesinatos. Nadie fue al juzgado para apoyar a aquel chico. Ni siquiera su profesor: ¿quién podría culparle por ello? Mientras el fiscal leía los cargos —asesinato—, el chico estaba sentado en el banquillo, huérfano, sollozando sin parar con las manos en la cara.

Nadie conoce las vidas ocultas de las familias.

En la misa de hoy se habló, por supuesto, de penitencia y perdón. Helen Parry no estaba allí para escucharlo. Creo que estaba en el pueblo, en la residencia. Sé que son esas visitas a su madre las que me han hecho recordar a aquel chico esta mañana. Desde que nos contó que su madre vive todavía, he recordado más y más episodios de violencia de la señora Parry hacia Helen, y la sombría tristeza que la acompañaba las veces que la veía en nuestro pueblo.

Helen no se rendía ante quienes se metían con ella en el patio del colegio, ni ante los profesores, ni siquiera ante el director. Contratacaba, no se callaba, desafiaba; escupía e insultaba. Pero lo que he recordado estos últimos días es el enojoso silencio que mantenía cuando su madre perdía los estribos. Cuando su madre le

gritaba en el autobús o le daba un bofetón en la puerta del supermercado, Helen lo aceptaba y susurraba palabras de consuelo, o permanecía en completo silencio mientras la ira torrencial de su madre se desataba y ella esperaba a que pasara el chaparrón. Todo su afán era proteger a su madre del bochorno que les estaba causando a las dos.

Me fui a la universidad antes del juicio del chico y no me enteré de la sentencia, ni de si se iba a quedar en la cárcel regional de nuestro pueblo o si lo iban a trasladar a la cárcel de otro pueblo para vivir su triste futuro. Quizás habría preferido irse muy lejos.

A pocas calles de la cárcel de nuestro pueblo había un huerto en el que algunos reclusos escogidos cultivaban verduras para la cocina de la prisión. Cuando estábamos en el colegio, uno de nuestros entretenimientos era pasar por delante del huerto para ver a aquellos hombres con rastrillos y palas junto a las hileras de repollos y patatas. De vez en cuando, alguna de las chicas gritaba algún saludo o algún insulto, pero los hombres no levantaban la vista nunca. Pasar por delante del huerto tenía la emoción del peligro: entre nosotras y los hombres no había más que una simple valla de alambre como la de cualquier cercado de las granjas de la zona, y se decía que la cárcel estaba llena de asesinos y violadores. Pero los hombres a los que seleccionaban para trabajar allí parecían personas alicaídas, inofensivas, que se arrodillaban entre las hileras de verdura con sus chándales horrorosos de color verde o empujaban hasta un camión carretillas cargadas de maleza. Supongo que debía de haber un vigilante o dos en algún lugar, pero nunca los vimos. Después me enteré de que la mayoría de los reclusos de nuestra cárcel eran pederastas a los que separaban de otros tipos de delincuentes por su propia seguridad.

Recé por (sentí compasión por, me preocupé por) el chico, que ahora debía de ser un hombre de sesenta y tantos. Creo que en aquel entonces no profesaba ninguna religión, ¿quién sabe si ahora…? Me pregunté si en algún lugar, por la mañana, habría sentido también el tacto firme de un pulgar en la frente, el polvillo en las pestañas. Al

principio di por hecho que seguiría en la cárcel, pero habían pasado más de cuarenta años desde aquella noche terrible y, en realidad, *cadena perpetua* nunca significaba perpetua. Quizá lo habían puesto en libertad. ¿Qué pensaba ahora de lo que había hecho? ¿Qué hace falta para redimirse? ¿Que no te perdonen nunca?

Un frío intenso en el aire esta mañana. Primera helada, justo a tiempo.

Una amiga me contó una vez que su hermano, que se estaba muriendo, había pedido que un activista proeutanasia, un médico, lo visitara en la casa en la que ella y su familia lo estaban cuidando. Su hermano se quería morir, de eso ella no tenía ninguna duda. El médico dejó claro que no podía facilitar y que no facilitaría el «equipo»; él solo estaba allí para informar. Era su modo de protegerse frente a la ley. Les explicó con un lenguaje preciso y descarnado las distintas opciones y métodos. «Fue una conversación muy instructiva», me dijo mi amiga. Ella había tenido la esperanza de poder abordar con el médico la complejidad de aquella situación. Ella no quería ayudarlo a morir, pero ningún otro miembro de la familia estaba de acuerdo con la decisión y su hermano no podía hacerlo solo. No me contó los detalles de lo que les explicó el médico y yo no pregunté. Yo sabía que a ella le resultaba difícil hablar de eso. Era una noche de verano y las dos estábamos sentadas fuera, en su jardín, mientras los demás invitados de la cena permanecían dentro, sentados a la mesa, riendo. Nosotras habíamos salido a fumar un pitillo. Me contó que su hermano le había suplicado que lo ayudara a morir y que ella lo había hecho. Y que viviría con la culpa el resto de su vida.

Me contó que el médico que había ido a visitar a su hermano había mostrado la actitud más fría que había visto jamás en un médico. Conocía a un montón de cirujanos (había tenido cáncer unos años antes y se había recuperado), así que estaba familiarizada con la arrogancia de los médicos. Pero el hombre, que había ido a su casa para explicarle cómo ayudar a morir a su hermano, no mostró ni la más mínima compasión o sentimiento.

«Era un tipo muy extraño», dijo. Ella sabía que, moralmente, aquel hombre hacía bien en ayudar a su hermano. Lo consideraba muy valiente y sumamente compasivo. Sin embargo, me contó, durante el rato que estuvo con él en la habitación su voz y sus gestos no tuvieron nada de compasivos. Dijo que le había puesto la piel de gallina. Pero escuchó lo que le dijo que tenía que hacer y, unos días después, cuando el resto de la familia estaba fuera, su hermano la llamó para que fuera a su habitación. Se habían puesto de acuerdo en que aquella iba a ser la jornada en que sucedería, y ella lo hizo. Su hermano murió y ella vio cómo moría. Inmediatamente después, destruyó las pruebas de lo que había hecho, tal y como se le había indicado, llamó a otro médico —la referencia se la había dado el hombre— y este vino para certificar la muerte de su hermano.

Mi amiga no derramó ni una lágrima al contarme la historia. Pero yo podía ver en su rostro el coste de lo que había sucedido y podía escucharlo en su voz. Ella no olvidaría nunca lo que había hecho y no podría reconciliarse jamás con ello, me dijo.

He visto a ese médico en televisión varias veces en los últimos años y siempre me lo he imaginado con mi amiga y su hermano en la habitación. Parece evidente que no podría haber ayudado a su hermano si hubiera mostrado la calidez humana habitual. Pero en las entrevistas a sus amigos y su familia (las esposas han venido y se han ido: va por la cuarta), lo describen como un hombre de gran ternura y sentido del humor, y cuando lo entrevistan a él muestra una ironía ingeniosa y mucha empatía. Lo he visto mirar a la cámara con lágrimas en los ojos.

Me pregunto si, en el caso de que el médico hubiera mostrado compasión durante su visita, si hubiera manifestado sus emociones, mi amiga habría sido capaz de hacer lo que hizo. Quizá la frialdad fuera la opción más compasiva de todas. Quizá sea algo que solo puede hacerse sin expresar ningún sentimiento. Sentada junto a la cama de su hermano, agarrando la mano que se iba enfriando poco a poco, mientras esperaba a que llegara el segundo médico a certificar la muerte, mi amiga lloró y lloró y lloró. Aullaba, me dijo. Y cuando

llegó el segundo médico, salió y llamó por teléfono a sus hermanos y a sus padres para comunicarles la muerte. Me dijo que con cada llamada su voz se volvía más fría.

Por la noche me despierta un intenso golpeteo. Enciendo la lámpara de mi mesilla de noche y veo que la mosquitera que hay detrás de la ventana cerrada está llena de ratones que trepan y saltan. Al encenderse la luz, un estremecimiento recorre la masa y la agitación se vuelve más frenética. Apago la lámpara inmediatamente y sigo acostada en la cama, rígida, esperando a que el ruido cese.

Despierta en la oscuridad, entiendo que esa débil vibración me está revelando una verdad atroz: que me voy a morir. Una certeza que normalmente permanece oculta a nuestro yo, pero que siempre está ahí, ganando terreno dentro de nosotros, imparable. Este es el motivo por el que odio a los ratones; me doy cuenta ahora, en mitad de la oscuridad, con el runrún de fondo. Y darme cuenta no hace que los odie menos.

Tomo la decisión de poner las patas de mi cama dentro de unos cubos llenos de agua, tal y como nos han insistido que hagamos. Me vuelvo a dormir cuando todavía se escucha el ruido. Trepan para entrar por los huecos que hay en el tejado.

Después de esto, un sueño: estoy desconcertada por la sospecha de que una cucaracha ha estado vagando por mi habitación mientras dormía. Una amiga entra y, riendo, me dice algo que casi me provoca un ataque. Me muestra pruebas de que lo de mi habitación no ha sido una cucaracha, sino un leopardo.

En el pasillo que lleva al comedor está colgada la famosa cita de Juliana de Norwich: *Todo irá bien, todo irá bien y, sea lo que sea, todo irá bien.* Casi al lado, en un pequeño hueco, cuelga otra cosa: una colección de mariposas disecadas de color naranja y negro, sujetas con alfileres, regalo, por lo visto, de un anciano sacerdote fallecido hace tiempo.

Paso por delante todos los días, pero sucede a veces que a uno le impactan de un modo nuevo cosas con las que está muy familiarizado. Durante vísperas siento pena por esas mariposas, por todas las extinciones y amenazas, y vuelve a invadirme el convencimiento de que nada fuera de los muros de este convento va bien y que nada, sea lo que sea, irá bien. Y sé que, dentro de estos muros, Helen Parry es la única que se enfrentará a esa verdad.

Y no sé a qué me obliga este convencimiento, excepto a sostenerlo.

Lluvia durante toda la noche golpeando con fuerza el tejado. Es el sonido de mis veintipocos, cuando me mudé a Sídney por primera vez y me quedé pasmada con aquella lluvia incesante. Yo venía de tierra de sequía; nunca había visto una cosa igual. En la ciudad, el aire dentro de las casas era húmedo, y el moho cubría nuestros zapatos y las partes de atrás de los sofás. En casa de un amigo las paredes rezumaban agua.

Josephine me ha reprendido por algunos comentarios que he hecho a veces sobre las profesoras de mi colegio y los curas de mi infancia, sobre la ausencia total de mujeres en sus apasionadas historias de la Biblia o la Iglesia. Por lo visto, hace unas semanas, dije como de pasada que me habían educado en la idea de que, si no me odiaba por ser chica, yo no le interesaría nada a Dios. La verdad es que no recuerdo muy bien haberlo dicho y, si lo dije, no le di la menor importancia. La pobre Josephine, sin embargo, no ha parado de darle vueltas, y ayer se dirigió a mí —ruborizándose, por supuesto— para darme una lista de mujeres importantes que salen en la Biblia. Rut y Noemí, me dijo. Y Tamar —«la perspicaz nuera de Judá»—, y otra Tamar, hija de David y «víctima de la violencia familiar».

«Y ahí tienes a Débora, *jueza de Israel*», dijo Josephine categórica. Y qué me dices, preguntó, de la conversación de Jesús con la mujer que llevaba doce años con hemorragias… ¿No te parece compasiva? ¡Y la samaritana en el pozo! Y en la crucifixión había *mujeres*. Y las que entraron en la tumba vacía de Jesús eran *mujeres*.

Yo asentía en todo momento mientras me contaba estas cosas, y lamenté haberle causado un dolor que resultaba evidente mientras hablaba. Con mis palabras había despreciado algo que para ella era bello y sagrado, y sé muy bien cómo te sientes cuando alguien ridiculiza una cosa que aprecias. Es un golpe tremendo a la autoestima. Hace que te sientas estúpida y avergonzada, y yo estaba muy arrepentida de haberle hecho eso a Josephine.

Le pedí perdón por haber sido tan displicente y dije que tenía razón y que me había hecho ver que había figuras femeninas muy poderosas en la Biblia. Ella aceptó mis disculpas con un gesto forzado y dolido. Sabía que se daba cuenta de que me importaban un bledo Rut y su suegra y las Tamares y Débora y que, si ella hubiera sido otra persona

—Simone, Richard Gittens, incluso Helen Parry—, yo habría intentado rebatir lo que decía. El rubor de Josephine se volvió aún más intenso al comprender lo falso de mis palabras, y volví a sentir pena, sobre todo al pensar que ella llevaba varias semanas rumiando aquello. Mis disculpas eran sinceras, aun cuando no lo fuera el decir que estaba de acuerdo con ella.

Me da vergüenza mentir de ese modo, porque la gente lo nota. Nos despedimos de buenas, pero eso va a quedar ahí entre nosotras: un nudo de discrepancia que no se va a deshacer fácilmente.

Simone me miró cuando Josephine se fue, y supe que ese era el tipo de cosas que ella había intentado hacerme ver en el pasado. Le dirigí un gesto de asentimiento para transmitirle que lo entendía y que procuraría esforzarme más.

Los pollos salieron disparados al jardín cuando los solté para limpiar el gallinero. Podía escuchar a los ratones moviéndose por todos lados entre las plantas y a las gallinas corriendo detrás por los arriates para intentar alcanzarlos de un picotazo; violentas, salvajes.

La lluvia ha vuelto y no ha dejado de caer durante días. Al principio teníamos la esperanza de que pudiera traer consigo el fin de los ratones. Pero lo único que ha conseguido es que se replieguen hacia el interior de los edificios, con lo que la cosa ha empeorado. Interrumpo mi conversación con Carmel para dar patadas al suelo y evitar así que me pasen por encima de los pies. Anoche, estaba sentada leyendo y uno *me subió por la pierna*.

Esta mañana en la iglesia, al arrodillarme delante del crucifijo con un cubo —me tocaba a mí cambiar las flores—, he visto un bulto en el suelo a no mucha distancia. Era la tortolita plácida, que había vuelto a colarse en la iglesia. Debía de haberse estrellado contra el ventanal al intentar escapar y había caído al suelo. Pero al acercarme no pude evitar soltar un chillido. Dos ratones roían la cara de la tortolita. Grité y di un pisotón en el suelo; los ratones salieron corriendo. Los ojos negros de la pobre paloma brillaban y el pico estaba intacto, pero desde la mandíbula hasta la pechuga era todo un amasijo masticado y sanguinolento. Me arrodillé junto al crucifijo y sostuve entre mis manos aquel animal descabezado que se enfriaba por momentos. Es la peor profanación que he visto hasta ahora. El corazón me palpitaba con fuerza.

Hemos convertido en almacén una de las cabañas de huéspedes. La reformamos hace poco y está muy bien aislada. Hubo una breve tregua, pero ahora los ratones parecen peores que antes, como si la plaga hubiera necesitado tomarse un descanso para volver con fuerzas renovadas. Ya no podemos almacenar las verduras en la cocina, a no ser que las metamos en la nevera.

Helen Parry me ha acompañado a buscar lo necesario para las comidas de hoy. Abrimos la puerta con la llave (mientras dábamos patadas al suelo y gritábamos para asustar a los ratones que pudieran estar junto al umbral) y entramos. Cerré de un portazo y las dos observamos el linóleo verde del suelo, cubierto de calabazas y nabos, y las ventanas, de las que colgaban ristras de ajos. En el fregadero y la encimera junto a la cocinilla había tres grandes bolsas amarillas de Ikea llenas de patatas. En el escritorio, tres cubos de plástico con cebollas. La nevera estaba hasta arriba de otras verduras.

Inspeccionamos la cabaña, las trampas y los armarios. Afortunadamente, todavía no había ratones ni rastro alguno de ellos. Cambiamos los trozos de queso endurecido de las trampas por otros frescos o por cucharaditas de crema de cacahuete. Después nos movimos en silencio por la estancia para llenar nuestras cestas de plástico con lo que necesitábamos.

En el interior de la cabaña, mientras contaba las patatas que sacaba de la bolsa de Ikea y me las pasaba, Helen me dijo:

—Tú te acuerdas de mi madre, ¿verdad? —En realidad, no era una pregunta.

—Sí —dije—, sí que me acuerdo. —No supe qué más decir. Nos miramos un momento. Helen asintió y dijo:

—Suponía que te acordarías.

Abrió la nevera, cogió unas coliflores y unos brócolis y los puso en mi cesta. Encima de nosotras, en la pared, Jesús, clavado en su cruz, supervisaba con mirada triste aquella peculiar cosecha.

Una de las personas que visitaba mi madre era una mujer con una depresión tan profunda que había decidido quitarse la vida. No sé cómo aquella decisión había pasado a ser de dominio público, pero el caso es que un grupo de sus amigos se habían organizado para acompañarla por turnos en su casa, situada en una parcela fuera del pueblo, hasta que superara la enfermedad.

Por las mañanas, el amigo al que le tocaba el turno se levantaba de la cama de la habitación de invitados, recorría sigilosamente el pasillo hasta la puerta del dormitorio de la mujer y aguzaba el oído para escuchar algún movimiento que confirmara que seguía viva.

La mujer soportaba con funesta paciencia a aquella gente que quería evitar que ella hiciera lo que más deseaba. No era agradecida y no les permitía pensar que le estaban haciendo un favor, pero tampoco los echaba de su casa. Mi madre pasaba el tiempo con ella haciendo puzles y hojeando libros de jardinería. Descorría las cortinas para que la mujer pudiera ver el jardín, pero como era pleno invierno, la vista no inspiraba mucha esperanza. Los árboles no tenían hojas y la escarcha cubría el suelo. No obstante, charlaban apaciblemente y mi madre preparaba té y la mujer se lo bebía.

Un día la mujer le dijo a mi madre con un deje de cariño: «No te preocupes, que no lo voy a hacer en uno de tus días».

La mujer no lo hizo en uno de los días de mi madre.

Una vez concluyó todo, me contaba mi madre, los amigos que habían intentado mantener viva a la mujer volvieron a la vida de siempre con sus familias y se acabó el horror de tener que aguzar el oído junto a la puerta del dormitorio de la mujer cada mañana. Pero el sentimiento de estrepitoso fracaso nunca se desvaneció.

Creo que a la señora Parry no la visitaron nunca. Ni mi madre ni nadie.

Abrir la puerta del coche ahora requiere valor. Hemos tenido que tirar el cojín lumbar de Bonaventure. Ayer me dejé caer en el asiento del conductor y noté en la espalda el movimiento de animalitos que se retorcían. Di un alarido, salí del coche como un resorte y me torcí un tobillo en el aterrizaje. Una docena de ratones salieron de detrás del cojín como un estallido y saltaron al suelo del coche intentando escapar. Tardé veinte minutos en armarme de valor para volver a entrar en el coche. Ahora abro las puertas antes de arrancar el motor y espero a que salgan (o se escondan) antes de entrar yo.

Un tiempo antes de que yo me instalara aquí definitivamente, mi amiga Beth recibió la noticia de que el cáncer que padecía era incurable y que en el mejor de los casos le quedaban uno o dos años de vida, seis meses en el peor. Nosotras, sus amigas, sentimos la obligación de hacer algo. Llamadas telefónicas, *emails,* mensajes de texto, postales, flores… Le llevábamos verduras de las que cultivábamos en casa, vales para masajes, comida para su marido y su hijo cuando ella ya no podía comer. La queríamos, no soportábamos tener que perderla. Estábamos dispuestas a hacer lo que fuera para salvarla, aunque no había nada que hacer. Le enviamos ropa cómoda, ayudábamos a su hijo con las tareas escolares, recaudamos dinero para su futura educación. Pero sabíamos de la futilidad de todo aquello, y nos moríamos de miedo cada vez que intentábamos ponernos en contacto con ella.

O yo, al menos, me moría de miedo. Era algo que conocía bien, porque lo había sentido antes: desesperante, insidioso, atenazador. Beth no podía contestar el teléfono ni la mayoría de los mensajes: tenía que dosificar sus fuerzas. Lo entendíamos. Claro que lo entendíamos.

Me aguantaba las ganas que tenía de hacer algo, pero si me enteraba de que otra amiga la había visto y yo no, sentía una herida casi física. No por Beth, porque no consideraba que tuviera ningún derecho sobre ella, y mucho menos en aquellas circunstancias. Pero me sentía herida y abatida, como si se me hubiera arrebatado algo. Supongo que tenía que ver con que Beth tenía la misma enfermedad que había sufrido mi madre. No es muy difícil entender que dentro de mí —en el cerebro reptiliano, donde se encuentra latente el verdadero terror— se había despertado esa antigua amargura y que el miedo lo invadía todo. Había un agresivo sentimiento de intrusión, y eso hacía que me avergonzara. Nunca hablé con nadie de esto, y me cuidé muy mucho de que ella no lo sospechara, de limitar el número de mensajes, de dejarla tranquila.

Una tarde me tumbé con Beth en su césped verde y suave —el mismo césped en el que se había desplomado con el primer ataque, aquel día terrible— y hablamos de su vida y de lo que había aprendido. Me dijo que le parecía que la suya había sido una vida afortunada, y aunque no podía estar de acuerdo con ella en lo de la fortuna (había tenido muchos disgustos), sabía que me estaba diciendo la verdad y que eso era lo que realmente sentía.

Allí tumbadas, mientras una brisa suave refrescaba nuestros pies descalzos, me contó que alguien de su pasado, un hombre que hacía mucho tiempo había hecho algo muy malo (no me dijo qué) y había provocado una profunda ruptura entre ellos, le había escrito el día anterior. Estaba en el noveno paso de su tratamiento de doce pasos y quería verla y hablar con ella, para *reparar el daño*. Para completar su tratamiento y curarse necesitaba enmendar el mal que le había hecho. Se rio en silencio al contármelo. Le había encargado a su hijo que contestara al hombre y le dijera que no había ninguna posibilidad de que hablaran. Que aquel hombre se hubiera dirigido a ella a estas alturas porque necesitaba su perdón le había resultado repugnante, me dijo. Estaba demasiado cansada para enfadarse, pero le resultaba imposible enfrentarse a la tarea de perdonarlo, ni siquiera a la de escucharlo. Ya no se sentía capaz de una mentira piadosa, me dijo. En lo que le quedaba de vida solo había espacio para la verdad, y a veces

eso sería brutal. Resultaba triste, pero era demasiado tarde; ella tenía que prepararse para lo que estaba por venir. Ahora solo podía ocuparse de lo esencial.

La escuché y no supe cómo expresar mi gratitud por haberme permitido ir a verla ese día. Cuando volvió la cara hacia mí, las dos vimos lágrimas en los ojos de la otra. Ella alargó la mano y yo la cogí, y permanecimos así tumbadas sobre el césped, mirando al cielo y hablando un poco más. Me hizo reír y yo la hice reír —aunque era una persona que se reía con facilidad, en aquel momento me pareció el mayor logro de mi vida—, y supe que había llegado el momento de irme. Entramos en la casa y ella se recostó en el sofá mientras yo recogía las bolsas en las que había traído comida para su hijo y su marido, y su baboso perro me siguió hasta la puerta principal.

Solo volví a verla una vez más después de aquel día. Yo había recibido más de lo que merecía y había llegado el momento de hacerme a un lado, dejar sitio, no pedir nada. Les dejaba comida en la puerta, daba dinero para el fondo con el que se pagaba a una limpiadora y le enviaba vídeos graciosos a su marido. Siempre agradecí aquella hora sobre la hierba y el momento en que le cogí la mano. Al final, fueron solo seis meses.

A veces pienso en el hombre que quiso reparar el daño y fue rechazado. Me pregunto si sabía que mi amiga se estaba muriendo, y, si lo sabía, qué esperaba de ella. Me pregunto si se arrepentía de no haberse ofrecido a reparar el daño durante las décadas anteriores a que ella enfermara. Lo imagino el resto de su vida sabiendo que ella se había muerto sin aceptar su petición de perdón y sin perdonarlo, y creo que un remordimiento así acompaña siempre a una persona.

Supongo que en los programas de doce pasos te dicen que hay que contar con esa posibilidad. Me imagino que hay mucha gente que no quiere oír hablar de perdones ni de hacer las paces con nadie. Gente que dice: demasiado tarde, demasiado tarde.

Un sentimiento de que algo está a punto de suceder, de que algo está a punto de nacer en estos momentos. Casi físico, como antes de la regla, o un embarazo, o vómitos. Algo está a punto de resolverse.

Helen Parry me siguió al gallinero esta mañana. Alargó la mano y no tuve más opción que colocarle en la palma un huevo recién puesto. Yo continué a lo mío, agachando la cabeza bajo la tejavana y metiendo la mano por debajo del cuerpo caliente de las gallinas para coger los huevos. Uno por uno, Helen me quitó de la mano todos los huevos.

Después de llenarse los bolsillos de huevos, miró de arriba abajo mi mono de faena mientras yo abría el cubo del pienso y esparcía los *pellets* por el suelo. Las gallinas se abalanzaron sobre la pitanza y yo me vi de pie sobre una piscina de plumas.

Helen me preguntó si podía acompañarme la próxima vez que fuera al pueblo. Le dije que sí, que por supuesto. Durante el resto del día, cada vez que pensaba que tenía que ir al pueblo con Helen Parry, notaba una punzada de tensión, como si tuviera en el pecho un hueso de melocotón.

Mis padres eran miembros de una pequeña organización que se dedicaba a la «reubicación» de unos veinte refugiados que habían huido de la guerra de Vietnam, habían llegado a Australia en barco y, no sé muy bien por qué, después de arriesgar sus vidas en aquel arduo viaje, habían acabado en nuestro pueblo. No sé si habían podido elegir el lugar donde acabaron viviendo, porque nuestro pueblo era probablemente uno de los puntos de Australia más alejados de Vietnam. Quizás el motivo fuera precisamente ese.

No recuerdo a nadie que nos contara cuando éramos niños lo que había tenido que pasar aquella gente y, desde luego, teníamos poca o ninguna idea sobre la guerra que se estaba librando en Vietnam, pero habíamos visto refugiados en las noticias de televisión durante años:

bebés llorando y familias exhaustas —mujeres tan delgadas y jóvenes que parecía imposible que fueran madres— llegaban a tierra firme en barcos destartalados.

Las familias de las que mis padres se habían hecho amigos eran gente extremadamente callada, con la excepción de un hombre muy jovial que hablaba a menudo en nombre de los demás para pedir las cosas que necesitaban. Los miembros de la organización les buscaron casas donde vivir, trabajos, muebles y ropa. De vez en cuando invitaban a mis padres a sus casas para cenas de celebración y nos ofrecían un montón de platos pequeños de cosas que no habíamos visto en la vida. Hay una fotografía de mi padre —que estaba más bien gordito— rodeado de hombres vietnamitas. Los hombres se ríen y uno de ellos hace como que le da de comer a mi padre en la boca la comida de su propio cuenco. La broma es que tratan a mi padre —el único hombre blanco de la foto— como si fuera una especie de emperador. En aquel entonces aquello se consideraba gracioso. Los que salen en la foto parecen divertirse mucho con aquello, aunque quién sabe lo que estarían pensando realmente. Siempre di por hecho que aquel posado no había sido idea de mi padre, sino una broma que se le había ocurrido a uno de ellos. Pero puede que yo esté confundida. No sé si, al hacerse mayores, *los hijos* de aquellos hombres vieron alguna copia de esa fotografía. Imagino que mirarían a mi padre con odio. Yo también lo haría.

Cuando una nueva familia llegaba al pueblo, volvía a repetirse el proceso: buscarles casa, trabajo y todo lo demás. Siempre se organizaba una barbacoa en alguna granja para darles la bienvenida y mostrarles cómo era la auténtica Australia.

En una ocasión tuvimos en casa unos días a dos niñas pequeñas a las que habían separado de sus padres. Tenían tres y cuatro años más o menos. No quiero ni pensar los horrores que habrían tenido que soportar aquellas niñas antes de llegar a nuestra casa asustadas y mudas. Les hablábamos con suavidad, sin saber muy bien cómo consolarlas, y mis padres las cogían en brazos con cariño, les daban de comer, las bañaban y las acostaban en la misma cama. Yo les cantaba canciones infantiles —«Twinkle, Twinkle, Little Star», «Mary Had a Little Lamb»— con voz melosa para que se sintieran seguras.

Un día las llevamos a una de esas fiestas en una granja para que una familia vietnamita se hiciera cargo de ellas. Pronto tendrían a alguien que les hablara en su idioma. Intentamos transmitirles esto cuando íbamos en el coche, hablándoles en voz baja y sonriéndoles con dulzura. Ellas permanecían mudas, sentadas conmigo en la parte trasera, con sus piernecitas sobresaliendo por el borde del asiento. Entonces, el coche se incorporó a la carretera que salía del pueblo y el terror se dibujó en el rostro de las niñas. Cuando lo único que empezó a verse por la ventanilla fueron los cercados agrestes y secos, las niñas se acurrucaron en el suelo, detrás del asiento del conductor, y comenzaron a llorar muy apretadas la una contra la otra. Yo nunca había visto el verdadero terror. No teníamos ni idea de qué estaba pasando e intentamos decirles que no había ningún peligro. Mi padre siguió conduciendo y hablando en voz queda y yo, tumbada en el asiento, les acariciaba el pelo y les susurraba que no iba a pasarles nada. Cuando llegamos a la casa, unos vietnamitas las cogieron en brazos. Las acariciaban y les daban palmaditas para tranquilizarlas, pero ellas lloraban desconsoladamente.

Mis padres decían que las niñas se habían aterrorizado porque para ellas el campo abierto significaba un peligro atroz: minas antipersonas o bombas. No sé si eso era verdad o una explicación que se habían inventado para entender lo que había pasado. Recuerdo que al volver a casa en el coche, sin las niñas, no dijimos ni palabra y contemplé las extensas llanuras de Monaro de manera diferente.

Cuando yo tenía unos trece años, llevé a mi amiga Kelly a una de aquellas reuniones, una fiesta de bienvenida para algunos recién llegados. Estaba harta de aquellas celebraciones, de tener que mostrarme educada con unos anfitriones a los que no conocía, harta de aquel horror opaco que había obligado a las familias vietnamitas a rehacer su vida en nuestro pueblo y harta de lo que me parecían infranqueables abismos de diferencia entre ellos y nosotros. Y no porque hubiera preguntado o me hubieran contado detalles de su viaje: yo estaba demasiado ocupada en mis asuntos como para que me preocuparan los de los demás. Kelly y yo nos acercamos a la mesa donde estaba la comida, evitamos todo lo que fuera vietnamita, llenamos nuestros platos de rollitos de salchicha y pastelillos salados y

nos fuimos a una esquina del jardín, donde nos sentamos en la hierba y nos dedicamos a observar a la gente que conocíamos y a hacer comentarios sarcásticos sobre ellos. Hasta que mi madre nos llamó para presentarnos a una pareja muy joven, solo unos años mayores que Kelly y yo. Se llamaban Binh y Thuy y supusimos que eran novios. Parecían contentos de estar con gente joven como ellos y sonreían continuamente. Nos dijeron hola en inglés y se rieron cuando les preguntamos cómo estaban. Solo sabían decir: «Hola, encantado de conocerte». Nosotras —evidentemente— no habíamos aprendido ninguna expresión en vietnamita, pero la simpatía de la pareja nos llevó a escenificar una especie de conversación que nos produjo mucha risa y que nos hacía gritar «¡ah!» cada vez que entendíamos algo. La tarde fue maravillosa para Kelly y para mí. Nos alejamos del resto de la gente con la pareja y empezamos a mostrarles cosas: les enseñábamos cómo se decían en inglés y ellos nos enseñaban cómo se decían en vietnamita. *Hoja. Vaqueros. Pelo. Plato.* Al final del día, tuvimos la certeza de que algo serio y auténtico había sucedido. Los despedimos con un abrazo —aquello pareció desconcertarlos— y hubo mucha sonrisa, mucho adiós con la mano y mucho repetir «hoja» y «plato». Sentí un florecimiento moral en mi interior que me hizo entender que era posible no solo aguantar abochornada estas situaciones sino también encontrar en ellas placer y frescura.

Dos semanas después, estaba en la calle con unas amigas —no con Kelly, sino con otras chicas más zafias, de padres *normales,* que a veces se referían a los vietnamitas con insultos que mi madre y mi padre habían prohibido en casa— y vi a Binh y Thuy en la puerta de una tienda de la acera de enfrente. Estaban muy delgados y la ropa de tienda de beneficencia les quedaba muy holgada sobre sus cuerpos enfermizos. Las zapatillas deportivas se veían enormes, como de chiste, en sus pies escuálidos. Me vieron y se les iluminó la cara. «¡Hola!», gritaron, con amplias sonrisas y agitando las manos para saludarme.

Yo no podía ayudarlos. Allí en la calle, con mis compañeras de colegio, no podía. Saludé con la cabeza, moví levemente la mano sin levantarla y forcé una sonrisa. Me alejé de ellos al ritmo de mi grupo de amigas, con la cabeza baja, muerta de vergüenza.

Por supuesto, en cuanto nos fuimos de la fiesta, Kelly y yo nos olvidamos de las palabras en vietnamita que Binh y Thuy nos habían enseñado.

Helen Parry iba sentada en el asiento del copiloto con la ventanilla bajada y la mano fuera, la palma abierta contra el aire frío. No me miraba, miraba por la ventanilla. Atravesamos traqueteando el paso canadiense, giramos a la derecha, en sentido contrario al *paintball,* pasamos por delante del pequeño local de madera gris, por delante de la casa de los Gittens y desembocamos en la carretera que conduce al pueblo.

Me sorprendí entonces contándole algo que no le había contado antes a nadie. Que la primera vez que vine al convento, al salir del pueblo en el coche, poco después de pasar por delante del viejo museo abandonado y del edificio de piedra del juzgado —que me pareció mucho más pequeño de lo que recordaba—, vi cómo un hombre se metía en un sumidero y desaparecía.

Le conté a Helen Parry que me había dado cuenta —de pasada, sin prestarle verdadera atención— de que a un lado de la carretera había un hombre sentado en el borde de un enorme sumidero para el agua de lluvia, con las piernas colgando en el hueco. Y entonces, justo después de haber pasado por delante de él y antes de que yo hubiera acabado de registrar lo que había visto, desapareció —el cuerpo, los hombros, la cabeza y las dos manos, que se soltaron del borde— por el sumidero. Cuando volví a mirar —un vistazo doble al espejo retrovisor— no había nada más que un coche normal y corriente aparcado en un lado de la carretera. Era un día seco. El sumidero estaba excavado en el borde de la carretera y la rejilla estaba retirada a un lado.

El hombre debía de saber lo que estaba haciendo, porque se había deslizado dentro del sumidero con agilidad. Probablemente fuera un técnico de mantenimiento, aunque no tenía pinta: ni chaleco reflectante, ni equipo de ningún tipo, ni furgoneta o camión del

ayuntamiento. Seguí conduciendo, despacio, mirando por el retrovisor una y otra vez para ver si salía. Quizá fuera un error mío y aquello no había sucedido en realidad, pero yo sabía que sí y me reafirmaba en ello a medida que el coche aparcado junto al sumidero se iba haciendo cada vez más pequeño en el espejo. El hombre se había evaporado y, aunque pronto pasó algún coche en sentido contrario, yo sabía que era la única persona sobre la faz de la tierra que lo había visto desaparecer.

Tal y como suele hacer la gente que ve algo extraño, le dije a Helen, me convencí de que lo que había visto no tenía nada de malo y seguí conduciendo. Me olvidé del hombre a los pocos kilómetros y pasé el resto del viaje concentrada en la carretera, en las indicaciones que me habían dado y atenta a la desviación que acabaría llevándome al lugar donde vivían las hermanas. Pero, después de todos estos años, añadí, a veces pienso en aquel hombre, en el momento del salto y en lo que él pensó que ocurriría a continuación.

—Te convenciste de que quería desaparecer —dijo Helen, que seguía mirando por la ventanilla.

—Sí —dije.

Entonces ella dijo:

—Como tú.

Mientras conducía, pensé en sus palabras y en la decisión que yo parecía haber tomado en la mitad de mi vida. Había elegido desaparecer, mientras que Helen había elegido lo contrario. Pensé en los costes de aquellas decisiones para cada una de las dos. Justo en ese momento, llegamos a la cuesta donde todavía estaba nuestro colegio.

—¿Puedes parar aquí? —preguntó Helen Parry, y yo reduje la velocidad y me detuve junto a los altos edificios de granito y el grueso muro de piedra.

Era día lectivo. La persiana de la tienda de golosinas estaba levantada y la puerta de entrada a las oficinas del centro estaba abierta. No veíamos movimiento, no había alumnos ni profesores andando por allí, pero sabíamos que estaban dentro, sentados en sus pupitres o de pie delante de la clase.

El aula en la que teníamos las clases de costura no se podía ver desde la calle. Yo era incapaz de imaginarme lo que estaría pasando por la cabeza de Helen Parry. Se me aceleró el corazón, pero ella no dijo nada. Yo tenía el coche al ralentí y pensé entonces que quizá Helen quería bajarse y entrar en los patios; quizá me pediría que la acompañara y, si lo hacía, yo tendría que decirle que sí. Estaba a punto de apagar el motor, cuando dijo: «Vale», y señaló la carretera con la cabeza para indicar que podíamos reemprender la marcha. Me entraron ganas de alargar el brazo y tocar su mano, pero no lo hice, sino que enfilé la carretera para entrar en el pueblo y seguir hasta el aparcamiento del supermercado. Cuando nos bajamos del coche, Helen me dijo que nos veríamos ahí en media hora y se fue.

Después de hacer la compra, mientras esperaba a Helen Parry, pensé en una reunión de la Country Women's Association que se organizó en nuestro pueblo y en la que di una charla para recaudar fondos. Esto fue cuando yo ya era una mujer adulta, pero antes de que mi madre enfermara. Yo había venido a visitarla y, estando aquí, acepté la invitación para hablar del centro de especies amenazadas. Fue la típica perorata sobre «quiénes somos/por qué sí importa»: una estudiada combinación de realidad, «esperanza», ejemplos cercanos, hechos y cifras. Coincidió con una época en la que había cierto debate sobre la decisión de sacrificar caballos salvajes en el parque nacional y la gente estaba enfadada por lo que consideraban crueldad animal. Les encantaban los *brumbies* y decían que eran parte de la cultura e historia locales. Habían inspirado poemas famosos, una popular película, incluso, y formaban parte de la identidad de los habitantes de aquellas agrestes llanuras. La imagen de esos caballos indómitos galopando libremente removía algo profundo y patriótico. Era difícil argumentar en favor de especies autóctonas amenazadas: la rana *corroboree,* la del norte y la del sur, el ranúnculo anémona, la margarita dorada de Monaro, el eslizón hembra de roble alpino, la zarigüeya pigmea de montaña y muchas otras. Lo intenté, pero cuando acabé de hablar, supe por las caras de resentimiento que había fracasado.

Antes de mi charla, habían estado hablando del hospital local y de la falta de un servicio para la atención de pacientes con trastornos de la conducta alimentaria. La mesa estaba formada por un médico del hospital, una psiquiatra de Camberra especializada en salud mental femenina y los padres de una chica del pueblo que había muerto a causa de un trastorno de la conducta alimentaria. El médico habló de la necesidad de una unidad independiente para el tratamiento de estas enfermedades y del número y tipo de chicas —en aquel entonces, casi todas eran chicas— que requerían ayuda. La psiquiatra les explicó a las mujeres del auditorio los últimos avances en el tratamiento de la bulimia, la anorexia y otros trastornos de la conducta alimentaria. Sentada al fondo de la sala junto a varias mujeres del pueblo, me acordé de una amiga del colegio, Dimitra, que no soportaba que los distintos alimentos que le servían en el plato estuvieran en contacto. Se pasaba un buen rato de la comida separando con el cuchillo el puré de patata de la carne, los guisantes de la salsa… Nosotras, sus amigas, nos reíamos de ella. Pensábamos que lo que hacía no era más que una cosa rara.

Cuando llegó el momento de que hablaran los padres, se hizo el silencio en la sala. La madre era menuda, de apariencia muy normal, melena rubia y piel tersa, mientras que el padre parecía trastornado. Las mujeres nos quedamos como paralizadas. La madre tragó saliva antes de levantarse, ponerse las gafas y acercarse al micrófono. Nos explicó con voz muy baja los detalles de cómo y cuándo había empezado el problema de su hija. Durante toda su intervención habló con voz suave y titubeante y sostuvo una fotografía enmarcada de su hija con la cara orientada hacia el público.

Observé a las mujeres que tenía a mi lado: su atención estaba completamente fija en la madre. El rostro de la fotografía era el de una adolescente sana, pero la madre describió el horror de la enfermedad y su progreso. En las caras de mis compañeras de auditorio me pareció ver un atisbo de escepticismo, junto a un sentimiento de compasión y un mal disimulado temor; ellas también tenían hijas. La madre de la niña hablaba tan bajo que teníamos que estar muy atentas para oírla. En aquella época, a menudo se culpaba a los padres de esas

enfermedades. A los padres de las anoréxicas se los consideraba rígidos y controladores, y a los padres de las bulímicas, caóticos. Esos eran los términos que utilizábamos entonces: *anoréxicas, bulímicas*.

La familia vivía en una casa a las afueras del pueblo, cerca de un típico campo ovalado de fútbol australiano. Antes de que ingresaran a la chica por primera vez a los diecisiete años, contaba la madre, ella y su marido se turnaban para dormir en el suelo de la habitación de su hija y evitar así que se levantara a medianoche, se pusiera las zapatillas de deporte y se fuera a correr alrededor del óvalo hasta el amanecer. Al final, después de muchos ingresos, murió a los diecinueve años y medio.

La madre habló de presión social, de médicos cargados de prejuicios y de distorsión de la imagen corporal. Si la familia hubiera tenido más información y hubiera estado menos aislada, si su hija hubiera recibido ayuda especializada en su pueblo, quizás estaría viva. Cuando la madre se sentó una corriente de alivio recorrió la sala y las mujeres se dirigieron miradas compungidas.

Entonces se levantó el padre y el auditorio se tensó. Aquel hombre era conocido en el pueblo. No pertenecía a ninguna familia de la zona y había comprado unos terrenos machacados por el pastoreo excesivo. Se decía que era un reputado edafólogo, pero no trabajaba para nadie. Trataba sus terrenos mediante extraños métodos de gestión hídrica de los que nadie había oído hablar y poco a poco había conseguido que la tierra mejorara, aunque nadie lo visitó para enterarse de por qué o cómo. Tampoco habrían sido bien recibidos. Aquel hombre era conocido por las broncas que armaba en las tiendas y en las reuniones del municipio. Había decidido educar a sus cuatro hijos en casa, y su mujer —que regentaba una farmacia en el pueblo— había dejado el trabajo para darles clase. Aquello había originado más recelos: ¿acaso nuestros colegios y nuestros niños no eran lo suficientemente buenos para los suyos? La hija enferma era muy inteligente y, a pesar de la educación en casa y los ingresos en el hospital, había obtenido una de las calificaciones más altas del estado en el examen final de secundaria.

El padre dijo: «Hay varios puntos sobre la causa de la enfermedad de nuestra hija en los que no estoy de acuerdo con mi mujer. Sí estoy de acuerdo con ella en que necesitamos mejores tratamientos».

La madre sostenía con fuerza en el regazo la foto de la chica y observaba mansamente el suelo bajo los tobillos cruzados. No parecía sorprendida por lo que se avecinaba; miraba el suelo y el tablón de anuncios que había en la pared, junto a los termos de té, con la misma expresión con la que uno podría mirar por la ventanilla del tren durante un viaje habitual.

El padre no creía que su hija tuviera baja autoestima, ni que fuera perfeccionista, ni que tuviera una imagen distorsionada de su cuerpo. «Annabel estaba harta de la situación de este mundo», dijo, mirando hacia el fondo de la sala. Yo podía escuchar respiraciones ansiosas. Él no creía que la culpa fuera del sexismo social; no consideraba a su hija tan insustancial como para dejarse morir de hambre porque su cuerpo no fuera el de una modelo. Ella no se castigaba a sí misma por no cumplir con las expectativas de sus fríos y estrictos padres. La realidad era que Annabel estaba tan asqueada por la codicia humana y la consecuente degradación del medioambiente que, como los ascetas de antaño, la única medida que había podido tomar fue desaparecer poco a poco para no tener que padecer la obscenidad de estos excesos.

«Su sufrimiento era existencial y moral», dijo. «No médico.»

Parecía haber cierto sarcasmo en el modo en que pronunció la palabra *médico*. La psiquiatra y el médico lo observaban fijamente desde sus sillas. El médico tenía la mirada clavada en el cogote del hombre y se mordía un poco el labio inferior, como quien busca dónde poner la pieza de un puzle. La psiquiatra tenía las manos en el regazo y apretaba una contra la otra. Aparte de esos pequeños gestos, me pareció que los dos tenían mucho cuidado de mantener una expresión neutral. Me pregunté si habían previsto que el hombre dijera aquellas cosas. A medida que el hombre hablaba, las mujeres que estaban a mi alrededor comenzaron a inquietarse y a murmurar. No les gustaba ver cómo insultaban de aquella manera al médico y a la psiquiatra. No querían escuchar aquellas monsergas sobre avaricia y excesos a un hombre que había sido incapaz de proteger a su propia hija.

El hombre decía que su hija había sacrificado su vida por la repugnancia que le producían el capitalismo, el consumo que había llevado a un colapso sin precedentes de los ecosistemas, la extinción galopante de… Llegados a este punto, el público no aguantó más y

manifestó de manera evidente que se sentía ofendido: movían las sillas, refunfuñaban y en el centro de la sala estalló una voz que exclamó: «¿Y qué *más*…?». Lo último que dijo el hombre antes de apartarse del micrófono fue: «Y yo respeto la decisión de mi hija».

Después de esas palabras se escuchó un grito ahogado y varias mujeres cerca de mí lo *abuchearon*.

A mí no me gustaba aquel hombre, pero no lo desprecié como hacían aquellas mujeres. No me resultaba difícil creer lo que decía de su hija. Parecía impertérrito ante la reacción de la sala.

La experiencia de años me dice que quienes se enfrentan con vehemencia a los convencionalismos aceptan con bastante serenidad el hecho de que los vilipendien.

De niña, me producía cierta vergüenza el menosprecio de mi madre por la CWA, la asociación australiana de voluntarias. Las madres de mis amigas iban a las reuniones, hacían tartas para los actos benéficos, tejían… Mi madre se limitaba a decir «no es lo mío». Tampoco es que le salieran muy bien ni las madalenas ni los bizcochos de frutas confitadas, aunque sí hacía unos bollitos que me gustaban.

Cuando enfermó, durante las horas que pasábamos en las salas de espera del hospital matando el tiempo con conversaciones intrascendentes, le pregunté alguna vez, no sé por qué, por el CWA. Me contó que, de recién casada, había acudido puntualmente a una de las reuniones, en 1961 o por ahí. El tema de debate, me dijo enarcando una ceja, era la redacción de una carta para denunciar que los fabricantes de pantalones de mujer hubieran movido las cremalleras del costado a *la parte delantera*. No recordaba a quién le iban a enviar esa carta ni qué problema planteaba la cremallera delantera, aunque supuso que debía de simbolizar un *acceso más fácil a lo que tú sabes*. «Me marché sigilosamente de aquella reunión y no volví jamás.» Las dos nos echamos a reír en la penumbra verde pastel del pasillo del hospital.

Pensé en aquellas dos reuniones —la del padre abucheado y la que abandonó mi madre—, mientras esperaba a Helen Parry en el aparcamiento, junto al antiguo local del CWA de nuestro pueblo, que

ahora es un gimnasio de *kickboxing*.

Cuando Helen llegó, se dejó caer en su asiento, cerró la puerta, se giró hacia mí y me dijo: «He conseguido un vuelo para la semana que viene». Por primera vez, la vi sonreír.

Le dije que me alegraba por ella. La verdad es que me alegraba no solo por ella, sino por todas nosotras. Sin embargo, sentí algo antiguo y familiar, el mismo sentimiento que había tenido en el bosque, de inconclusión.

Entonces, cuando estaba saliendo del aparcamiento, Helen Parry me preguntó tímidamente: «¿Me harías un favor?». Me pidió que volviéramos por otro sitio y me dijo las calles por las que quería pasar, y yo le dije que por supuesto y la llevé por las calles de nuestro pueblo. Nos paramos en lo alto de una cuesta, delante de los que en tiempos habían sido unos bloques de apartamentos de la agencia estatal de vivienda. Se bajó, se quedó de pie en el camino de cemento y observó detenidamente las estrechas ventanas del último piso, mientras yo la esperaba en el coche.

Pensé en el cable del hervidor y el uniforme demasiado ajustado y en las veces que Helen se había quedado sola durante semanas. Pensé en las bofetadas y gritos en público.

Hacía viento, pero Helen estuvo un rato allí plantada, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, hasta que se dio la vuelta y volvió al coche. Yo no deseaba otra cosa que alejarme de aquel edificio y de todo lo que Helen había vivido allí. Y eso es lo que hice. Acelerar y alejarme, más y más lejos. Pero cuando estaba a punto de incorporarme a la carretera que salía del pueblo, Helen dijo: «Gira a la izquierda», y me di cuenta de que quería pasar por delante del hospital. Yo no había pasado por allí desde que me había ido del pueblo, pero hice lo que me pedía Helen Parry. Cuando el edificio se alzó ante nosotras, dijo: «Gira aquí», y yo reduje la velocidad al entrar en el recinto del hospital. Atravesamos el aparcamiento en dirección a la salida más alejada y bordeamos los edificios por la estrecha carretera de sentido único del hospital. Pasamos el ala donde está la maternidad, en la que habíamos nacido las dos, la unidad de pediatría con sus nuevas ampliaciones; el servicio de mamografías y rayos X, los laboratorios; seguimos y pasamos por la zona de adultos,

donde estaba la habitación en la que había muerto mi padre (¡mi padre querido!) con mi madre junto a su cama. Se me estaba acelerando la respiración y a mi lado también podía sentir la tensión del cuerpo de Helen.

Ella dijo con mucha suavidad: «Vale».

Entendí que eso quería decir que debía parar el coche, y vi que avanzábamos por un largo tramo de la carretera que acababa en una rotonda para dar la vuelta, delante de un conjunto de pequeños edificios separados a una buena distancia del resto del hospital. Detuve el coche en el borde de la rotonda, donde había varios sitios para aparcar. Enfrente de nosotras teníamos unos bloques de ladrillo rojo con rejas de seguridad en las puertas. Sin moverse del asiento, Helen Parry estuvo observando aquellas puertas durante un rato largo. Respiraba con el mismo ritmo acelerado que yo. Junto a los edificios había un intento de jardín completamente seco y un pequeño letrero de madera que tenía tallado el nombre DHURRAWAŊ y su traducción debajo: LUZ. Ese era el tipo de uso que las autoridades solían hacer de las lenguas aborígenes cuando no querían decir explícitamente qué era una cosa; en este caso, la unidad de salud mental.

En nuestra infancia, a ese lugar lo llamábamos de otra forma, y el nombre lo utilizábamos como insulto. No conocíamos a nadie que hubiera estado allí, pero de vez en cuando escuchábamos historias de terror sobre el lugar, porque la madre de alguna de nosotras tenía una amiga que era limpiadora allí, o algún padre se encargaba de llevarles la ropa de cama de la lavandería. Nosotras bromeábamos sobre paredes acolchadas, camisas de fuerza y la enfermera Ratched.

El viento gélido seguía soplando mientras permanecíamos sentadas en el coche, y yo me acordé del color que tenía el agua del mar después de una terrible inundación, cuando vivía en la costa. Durante muchas semanas el mar siguió trayendo basura a la playa, aunque las inundaciones habían sucedido hacía bastante tiempo. Todas las tardes me acercaba a la playa, recogía como podía lo que flotaba en la parte poco profunda, lo subía hasta el aparcamiento y lo dejaba junto a los cubos de basura. Arrastraba por la arena parte del depósito de agua

de una casa, un trozo grande y pesado de cañería de color negro, un bolardo de plástico de color naranja, paneles de lavavajillas y neveras, bastidores de sofás rotos… Sacaba de entre la espuma una silla de plástico marrón o el revestimiento interior de una puerta de coche, y los dejaba goteando sobre el asfalto del aparcamiento. Pero cada vez que volvía la vista para mirar el mar, después de haber sacado toda la basura posible, veía que el agua seguía meciendo los deshechos que por todos lados flotaban en ella: ramas y objetos de formas diversas, de un siniestro color negro; y veía que el agua estaba adquiriendo también un horrible tono purpúreo. Pensaba en ese color como *maligno,* una palabra que no usaba nunca. Pero eso es lo que me parecía: el mar, con un color y una agitación antinatural, con árboles desgajados que emergían y se ocultaban como garras bajo la superficie del agua.

Sentada en el coche con Helen Parry, mientras ella observaba las puertas cerradas de aquellos edificios, entendí que cuando su madre la dejaba sola durante semanas era ahí donde estaba. Y nadie en nuestro pueblo —ningún profesor, ningún psiquiatra, médico o enfermera, ninguna compañera o padre del colegio, ni la señora Bird, ni mi madre — había movido un dedo para hacer nada por una niña a la que dejaban sola en un apartamento de la agencia estatal de vivienda, desde donde iba todos los días a un colegio en el que la insultaban, se metían con ella y la despreciaban, para volver otra vez allí al final del día a seguir sola.

Una de las puertas con rejas de seguridad se abrió y salió una mujer joven. Era una enfermera de uniforme: pantalones azules y un sencillo blusón azul. Llevaba al cuello un cordón naranja del que colgaban una tarjeta de seguridad y un manojo de llaves. Cerró la puerta, tiró de ella para asegurarse de que no se podía abrir y echó a andar contra el viento. Al pasar junto a nuestro coche, nos vio mirando, nos dirigió una sonrisa —extraordinariamente cálida y agradable— que atravesó el cristal y se coló hasta el interior y aceleró el paso en dirección a otro edificio.

Aquello rompió el hechizo. Helen se volvió hacia mí y dijo: «Vámonos». Nos alejamos de los edificios con puertas de seguridad, pasamos por delante de la maternidad —donde en aquel preciso

instante habría mujeres pasillo arriba, pasillo abajo, dando golpes con la cabeza contra el pecho de sus maridos o pariendo a cuatro patas— y salimos del recinto para adentrarnos en las frías calles.

Nos quedaba una parada más.

Esperé en el coche mientras Helen entraba en el geriátrico a hacer una última visita. Estuvo dentro bastante tiempo. El calorcito del sol que atravesaba el cristal hizo que me quedara dormida, a pesar de las ráfagas de viento. Me desperté cuando se abrió la puerta del copiloto. Helen entró y se abrochó el cinturón de seguridad. No dijo nada, pero su expresión era resuelta, concluyente.

Mientras recorríamos de nuevo las calles de nuestro pueblo, me dijo con voz serena: «Quiero que sepas que yo he querido a mi madre y que ella intentó, en la medida de sus posibilidades, quererme a mí».

Me parecía importante repetir sus palabras en voz alta, y lo hice. Y le dije que me alegraba de que tuviera claro aquello sobre sí misma y sobre su madre.

Salimos del pueblo y avanzamos por la carretera, serpenteando entre matorrales hasta llegar a las llanuras altas, pedregosas, azotadas por el viento.

He leído que existe una cosa que llaman terapia del perdón. Los psicólogos que trabajan en ese campo dicen que el perdón no puede darse sin una exhaustiva y minuciosa evaluación y reconocimiento de la naturaleza y los efectos de la herida. El perdón, dicen, no requiere la reconciliación con la persona que ha causado la herida, ni significa que haya que olvidar el daño.

El verdadero perdón exige cuatro pasos, dicen los terapeutas: descubrir la naturaleza del daño; la fase de la decisión, en la que hay que resolver si se concede el perdón o no; el necesario «trabajo»; y el último paso: la profundización o descubrimiento. Mucha gente llega a la fase de decisión y descubre que le resulta imposible perdonar. En la fase de trabajo, la persona ofendida debe esforzarse por comprender de una manera diferente al individuo que causó el daño, lo cual puede generar más compasión hacia el ofensor y hacia uno mismo. En la fase final de profundización, el que perdona debe sentir que el dolor y el

odio asociados a la injusticia disminuyen aún más. La persona que perdona puede descubrirle un sentido a su sufrimiento y entender que existe una libertad en el perdón.

Es este un trabajo serio que no está al alcance de retóricas o meras cuestiones circunstanciales. Y nadie puede exigirle a nadie un esfuerzo moral tan severo, peligroso y lacerante.

Cuando llegamos del pueblo, el sonido de la miniexcavadora de Richard Gittens volvía a extenderse por los cercados. Helen fue a su cabaña y yo me acerqué a la valla, pero no se veía a nadie en los alrededores de la fosa de los ratones. El sonido venía de otro sitio más alejado, detrás de la presa. Entonces sonó la campana y me dirigí a la iglesia.

Después de la muerte de mi amiga Beth, a veces sentí que me había inventado nuestra cercanía, o que la había exagerado, porque yo conocía a mujeres que habían pasado años en su compañía, que habían sido sus amigas desde antes de que naciera su hijo; y aunque yo la conocía desde hacía mucho tiempo, no habíamos sido amigas íntimas hasta los últimos años. Sus amigas de siempre se conocían entre ellas y se reunían para llorar y lamentar su muerte, pero yo no formaba parte de ese grupo y no quería inmiscuirme en su dolor, por lo que me mantuve al margen de esos encuentros.

Cuando me di cuenta de que había perdido o borrado los mensajes de texto o de voz de Beth, como suele ocurrir con el tiempo, lloré. Busqué en mi ordenador y en mi teléfono algún rastro de ella, pero no había ninguno. No obstante, tenía algo: un trozo de cartón de la caja en la que venía una botella de champán que me regaló por un pequeño favor profesional que yo le había hecho. En un lado de la caja había escrito «gracias» y había añadido: *Eres una verdadera amiga, buena y generosa*. Recorté el trozo de cartón y lo guardé, y durante años, cuando sentía lejanos los recuerdos de los momentos pasados con ella, buscaba el trozo de cartón y volvía a leer aquel mensaje. Esto lo escribió ella, pensaba yo. Sí, lo escribió ella.

Esta mañana, en el agua del vaso que tenía en la mesilla de noche se había formado una fina y delicada capa de hielo: el invierno ha llegado pronto.

El patio está sucísimo: tierra, hojas, telarañas polvorientas. Durante los salmos no paré de pensar en una escoba, deseosa de sentirla en mis manos. Después cogí una del cobertizo. Golpeé las fibras de la escoba contra el murete de ladrillo para que cayeran las arañas, fui al patio y me puse manos a la obra. La profunda satisfacción de los adoquines y ladrillos barridos, su belleza austera, el orden restablecido. Mientras barría, me vino a la cabeza que mi incapacidad para superar la muerte de mis padres siempre me ha avergonzado. Pensaba que con el tiempo y la adultez lo superaría, pero no. Es un sentimiento que pierde fuerza a veces, pero que siempre está ahí y me convierte en una niña torpe y llorona que no hace más que compadecerse. Y la pena se manifiesta una y otra vez, calladamente.

En los dos últimos días nadie ha visto un ratón vivo, aunque todavía seguimos encontrando aquí y allí algún cuerpo medio comido que nos hace soltar un grito.

Durante las últimas semanas y los últimos días de vida de mi madre, yo ponía música para llenar las horas. Mi madre sabía que se estaba muriendo, aunque, desde que el médico le había confirmado aquella inevitabilidad y yo la había visto parpadear e intentar asimilar lo que le acababan de decir, no volvimos a hablar del tema. ¿Qué íbamos a decir? Ella lo aceptó y adoptó el modo taciturno que siempre adoptaba cuando se avecinaba una catástrofe.

No debió de ser sencillo. Seguramente lloró. Y si lo hizo, lo hizo tan discretamente que nunca lo vi, aunque estaba con ella casi todo el tiempo.

Era invierno, y su habitación daba al jardín y a un cornejo sin hojas ni flores. A veces siento que no se muriera en primavera y que no la acompañara la luminosa visión de las hojas verdes, los macizos de lirios, margaritas y malvas y el zumbido de las abejas en las flores del cornejo. Pero quizás eso hubiera hecho más doloroso el abandonar la vida. Lo cierto es que no fueron las hojas verdes lo que vio desde su ventana. El invierno en nuestro pueblo es un tiempo gris e inmisericorde, y lo que vio fue un monocromo de ramas desnudas, césped muerto y un cielo glacial y plomizo. Un manto de nieve podría haber suavizado aquella vista, pero la nieve no caía nunca; solo aguanieve o una lluvia punzante arrastrada por las ráfagas de viento.

En aquellas últimas semanas, vino mucha gente a despedirse. Mientras pudo, se sentaba en un rincón sorprendentemente cálido de la habitación a la que habíamos dado el esperanzador nombre de «cuarto del sol», pero cada vez se fue sintiendo más débil e incapaz de moverse de la cama. Las enfermeras de cuidados paliativos venían dos o tres veces al día: una sutil bendición de competencia y amabilidad. Yo pensaba en aquellas mujeres como en unas santas, aunque sabía que no les gustaba ese lenguaje. Creo que el lenguaje de la religión les parecía un tanto complaciente, o estúpido, y nunca dije nada de eso en voz alta. Había oído a otras personas llamarlas «ángeles», y puedo entender que aquella denominación, con sus sensibleras evocaciones de misticismo, las irritara, porque sus destrezas no eran milagrosas, sino médicas, intelectuales y adquiridas a base de mucho esfuerzo. Y aun así… había algo en su trabajo, una especie de talento instintivo. Parecían pasar a un segundo plano cuando había otras personas en la habitación, dejando espacio para el dolor y las despedidas, pero sin abandonar nunca ni a su paciente ni a mí. Rellenaban la jeringa y la acoplaban a la bomba de morfina con eficiente naturalidad, desenredaban los tubos, me explicaban cómo tenía que girar a mi madre, cómo humedecerle los labios y la boca.

Aun cuando apenas estaba consciente, mi madre recibía a sus lacrimosos visitantes con una solemnidad pálida y trascendental que la hacía parecer más pequeña y esquelética en su cama, pero que la engrandecía en cierto modo: supongo que quiero decir espiritualmente. Parecía elevarse incluso cuando se empequeñecía. Nunca me sentí capaz de decirle esto a nadie. No sé cuál es el motivo de que quiera decirlo ahora.

Durante esos días, puse la música que pensé que le gustaría a mi madre: Bach y Debussy, algunas sonatas para piano de Beethoven. A veces, cuando ella estaba dormida —a medida que pasaban las semanas, dormía más y con un sueño cada vez más profundo, aunque ¿quién podía decir cuándo era sueño y cuándo inconsciencia?—, yo ponía mi música, que escogía al azar entre la pila de cedés que había traído del coche.

Una vez que entré en su habitación estaba despierta y me di cuenta de que escuchaba la música, con la cabeza hundida en la almohada pero los ojos atentos. Separó los labios resecos y masculló que quería volver a escuchar la canción que acababa de sonar, que era «Everybody Hurts», de R.E.M. Me volvió a pedir que se la pusiera casi todos los días, hasta que perdió la consciencia definitivamente.

Cuando tu día es largo
Y la noche, la noche es solo tuya.

Antes de esa época, durante el caluroso verano que pasó recuperándose de la cirugía en la habitación libre que yo tenía en mi lúgubre apartamento del centro de la ciudad, mi madre empezó a sentir un desasosiego profundo e irracional por ciertas cosas. En aquel apartamento de la primera planta vivían dos gatos a los que les gustaba pasearse elegantemente por los anchos alféizares de la ventana abierta, como habían hecho durante años. Las ventanas permanecían abiertas todo el verano, porque no había aire acondicionado y, sin la corriente que se creaba, el calor del apartamento, que estaba orientado hacia el sol de poniente, resultaba insoportable. Una vez llamé a mi doctora —la misma que me había hablado de la roca madre y que

también había tratado a mi madre de diversos síntomas horribles de su enfermedad que el cirujano no consiguió evitar y por los que no se interesó lo más mínimo— y le expliqué que mi madre se estaba obsesionando con los gatos. Le asustaba —le aterrorizaba, más bien— que los gatos se cayeran de la ventana y se mataran. Me suplicaba que cerrara las ventanas, al parecer más preocupada por que los gatos pudieran hacerse daño que por todo lo que estaba pasando ella. Yo cerraba las ventanas cuando ella estaba en la habitación, pero aun así seguía tensa y ansiosa: en la tórrida quietud de aquel cuarto, se quedaba mirando a las ventanas con los ojos vidriosos por el miedo.

La doctora me dijo que iba a darme una receta para un ansiolítico y que podía pasarme a recogerla por la consulta en el transcurso de una hora. Cuando lo pienso, me sorprende que yo no me tomara ninguna de aquellas pastillas.

Durante todo el tiempo que duró su enfermedad, mi madre solo me confesó otro miedo. Fue unos días antes de su operación, mientras estábamos sentadas en un pasillo del hospital esperando no sé qué tipo de escáner. Le daba mucho mucho miedo tener «una experiencia cercana a la muerte». Había leído y escuchado cosas sobre la luz, el túnel, sobre sentirse dichosamente arrastrada hacia la muerte para regresar después. El mero pensamiento la aterrorizaba. Yo no sabía qué decir para tranquilizarla, pero tras esa confesión, se lo guardó para sí y jamás me volvió a hablar de ello. Después de la operación le pregunté y, aunque no dijo nada, me pareció que estaba más tranquila. No había tenido esa experiencia, sino la de un anestesista encantador y un olvido instantáneo, y las dos lo agradecimos.

Por enésima vez me digo que ojalá yo hubiera sido mayor de lo que era cuando mi madre se puso enferma. Estoy segura de que más madurez habría supuesto más capacidad para ayudarla de la que yo tenía entonces.

Hoy, Simone anunció en la comida que Helen Parry nos deja. Helen sonrió cuando Sissy, Carmel, Bonaventure y las demás soltaron exclamaciones de alegría, incapaces de disimular que la alegría no era por Helen, como dijeron, sino por ellas mismas y por todas nosotras.

Dentro de dos días un coche vendrá a recoger a Helen, y dentro de tres sale su avión a Bangkok.

Bonaventure observó a Simone mientras esta nos daba otra noticia: Richard Gittens ha excavado una tumba para los huesos en el cercado Stone Yard, en el extremo más alejado de la presa, y finalmente la hermana Jenny podrá ser enterrada y descansar en paz. Lo haremos antes de que se marche Helen Parry.

Hacia el final le pregunté a mi madre si tenía miedo de morirse. Miró por encima de mí, a través de la ventana, al cornejo, y dijo en voz baja y serena que estaba «un poco nerviosa». Más tarde, yo contaría esta historia con orgullo, poniendo el acento en su estoicismo y aceptación, su valentía y su extraña fe (en otra ocasión había dicho que tenía ganas de ver a mi padre y a su hermano, dondequiera que estuviese el lugar al que iba a ir; pero también había dicho que no creía en el cielo ni en el infierno ni en ningún tipo de vida en el más allá). Después leí estas palabras en una novela: «"Nervioso" era la palabra de papá para terror».

Una vez, cuando ya estábamos casados, Alex me despertó angustiado a las cinco de la mañana. Creo que me está dando una especie de reacción alérgica, dijo. Tenía la cara muy hinchada y la voz ronca, y me dijo que le costaba beber agua. Le di un antihistamínico que tragó con dificultad y llamé a la ambulancia desde la cocina, desnuda. Me fui vistiendo mientras hablaba con el operador: un jersey de Alex que estaba colgado en un balaustre de la escalera y unas mallas que encontré en la cesta del lavadero. Unos veinte minutos después llegó la ambulancia y se llevó a mi marido al hospital.

Nunca le he contado a nadie que, casi en el mismo momento en el que me dijo que le costaba respirar —se le estaba hinchando la lengua y la garganta se le empezaba a cerrar—, sentí una urgente necesidad de ir al baño, urgencia que ignoré mientras llamaba a la ambulancia y observaba la cara enrojecida de mi marido y esperábamos a que aparecieran por la cuesta las luces estroboscópicas de color azul.

Durante todo el tiempo que estuve hablando con el operador del triple cero sentí la necesidad de ir al baño y controlé la necesidad. Estuve tranquila todo el tiempo: durante la llamada; mientras le daba a Alex las dos pastillas de antihistamínico y observaba cómo se las tragaba; mientras me ponía aquel extraño atuendo; mientras salía a la carretera para hacerle señas a la ambulancia que se acercaba bajo la luz del amanecer. No se me aceleró el corazón en ningún momento, ni sudé ni tartamudeé.

Tan pronto como se llevaron a Alex en la ambulancia y supe que estaba en buenas manos y que se iba a poner bien —yo los seguiría en coche al hospital enseguida—, no pude controlar la urgencia. Fui al baño, me senté y mis intestinos se vaciaron por completo. No es agradable hablar de esto, lo sé, pero es lo que sucedió: un apremiante, ininterrumpido y total vaciamiento, cuya necesidad se había impuesto en cuanto supe que mi marido estaba en peligro. Estuve así un rato y no pude hacer nada para detenerlo: sentada con los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, dejé que mi cuerpo se vaciara hasta que no quedó nada. Durante la emergencia había estado muy tranquila. Pero el cuerpo primitivo conoce el miedo, y reacciona.

Esto me ha sucedido dos o tres veces en mi vida, en momentos muy críticos, y nunca se lo he contado a nadie.

Hace mucho frío y llueve un poco la mañana en que enterramos los huesos.

Me llevó todo un día comprender que el permiso de las autoridades locales no ha llegado todavía y que no parece que vaya a llegar pronto. Tampoco va a haber sacerdote ni permiso de la Iglesia. Recordé a Helen Parry bajando de Stone Yard el día que me la encontré en la presa. Había sido Helen la que había buscado el sitio, la que había hablado con Richard y la que había acabado con la desesperanza de la inacción al hacernos ver que podíamos darnos permiso nosotras mismas.

Esto es lo que pasa. A las diez Richard Gittens llega en su Land Cruiser. Entonces, seis de nosotras —Josephine y Sissy delante, Bonaventure y Simone en el centro, Dolores y yo detrás— pasamos el ataúd de la hermana Jenny de la mesa de caballetes a un viejo carrito de té. Juntas conducimos el féretro fuera de la sala y por el pasillo, sosteniéndolo también por las asas de cuerda que tiene a los lados, no vaya a ser que el peso sea excesivo para el endeble vehículo. Carmel va por delante, apartando mesitas y sillas de nuestro camino, diciéndonos que vayamos más despacio cuando empujamos el carrito por encima de los bordes curvados de la alfombra del recibidor y fijándose todo el tiempo en las ruedecitas del carrito para asegurarse de que no se doblan por el peso del ataúd. No se doblan.

En la entrada principal nos espera Richard. Nos ayuda a meter el ataúd en la caja de su *pick-up,* que ha acercado marcha atrás hasta el borde de las escaleras. Sube el portón trasero, lo encaja de un golpe y cubre el ataúd con una manta antes de asegurarlo con unas correas de trinquete; a continuación, con Simone y Bonaventure sentadas junto a él en la cabina, conduce la camioneta lentamente por detrás de los cobertizos, desde el cercado central hasta Nursery, atravesando un

cercado y el siguiente, y Simone se baja cada vez que hay que abrir un portillo. Salen de Nursery y atraviesan Dungeon, y siguen hasta el lugar de enterramiento que Helen ha escogido en la ladera de una colina de Stone Yard, cerca de un eucalipto solitario y desde donde se divisa el convento y las extensas llanuras. El resto vamos a pie —cuatro de nosotras y Helen Parry— y veo que Annette Gittens se ha unido a nuestra sombría comitiva; todas vamos calzadas con zapatos recios y chubasqueros o paraguas, y avanzamos por los cercados bajo la llovizna.

Tardamos veinte minutos en llegar al lugar en el que ha aparcado Richard, junto a la miniexcavadora y el oscuro hueco en la tierra, donde han colocado una escalera. Impresiona ver a Richard Gittens y a Helen Parry bajar a la fosa. El resto nos arrodillamos a un lado del agujero y empujamos y levantamos con cuidado el ataúd de la hermana Jenny, para que lo agarren los brazos estirados que lo esperan en la fosa. Hay un momento en el que todas contenemos la respiración, porque parece que el ataúd se va a caer, pero los brazos y las espaldas de Helen y Richard son fuertes y no se tambalean cuando afianzan la postura, bajan la caja y depositan los huesos de Jenny en el suelo. A continuación se echan a un lado, con la espalda contra la pared de tierra, y avanzan hasta el extremo de la fosa. Primero Richard y después Helen, suben por la escalera que Bonaventure y yo sujetamos para que no se mueva. Bonaventure agarra a Richard del brazo, este sale y sujeta la escalera mientras yo cojo a Helen y tiro de ella para ayudarla a salir. Las dos agarramos con fuerza el brazo de la otra. Clavo mi mirada en sus ojos castaños y ella me mira a mí. Nos apretamos el brazo y lo soltamos.

Sacamos la escalera y nos ponemos de pie alrededor de la fosa, con la cabeza inclinada y la lluvia repiqueteando sobre el nailon de nuestros chubasqueros. Cerramos los ojos y Simone encomienda a la tierra el cuerpo de su —nuestra— hermana. Que se le conceda a Jenny el descanso —un verdadero descanso, por fin— y que la luz perpetua brille sobre ella. Se escucha algún sollozo ahogado. Que se perdonen nuestras ofensas, que las perdonemos. No miro a Helen, pero sé que ella sabe que pido perdón; y sé también que ella tiene otros perdones más profundos que considerar, o rechazar.

Por turnos, echamos paladas de tierra sobre los huesos de Jenny. Nos sorprende que Annette eche una. Por sus mejillas corren las lágrimas de un dolor íntimo y viejo. Apoya la cabeza en el pecho de Richard y este la abraza circunspecto. La lluvia es ahora más intensa y la tierra se vuelve barro. Simone le dice algo a Richard y todas damos un paso atrás y nos cogemos de la mano, mientras Richard arranca la miniexcavadora y la máquina avanza y empuja la tierra —toda la tierra— al lugar de donde procede. A lo lejos, veo que Helen se marcha ya a través de los cercados.

Después, caminamos por la hierba mojada con los zapatos y los pies empapados y yo levanto la vista hacia el convento; Helen Parry acarrea bolsas y cajas desde su cabaña hasta el maletero abierto de un coche negro que ha ido a recogerla. Cuando llegamos al último portillo, ya no está.

Estoy echada en la cama, envuelta en la oscuridad de la mañana. Por fin, después de semanas, la lluvia ha parado de verdad, los pájaros han vuelto a salir y escucho el parloteo de las gallinas. La plaga de ratones, parece, ha terminado por ahora.

Me viene un recuerdo de la perra de mi infancia, Peggy, cruce de kelpie australiano, a la que mis padres encontraron herida en la carretera después de que la atropellara un coche cuando yo todavía no había nacido. La llevaron al veterinario, que le tuvo que amputar una pata, y después, a casa. Aquella cojera mansa estuvo presente toda mi infancia. Era una perra muy dócil, y hasta los veintitantos no caí en la cuenta de que su nombre venía de *peg leg,* pata de palo. La perra dormía fuera de casa, en el cobertizo, sobre unas mantas viejas. Una noche de invierno, mis padres la metieron en casa para que durmiera junto al radiador de aceite, y comprendí que se estaba muriendo. Vi algo de sangre que le había salido por la nariz o la boca. Por la mañana se la habían llevado y la habían enterrado en el jardín, y yo me senté en el suelo, delante del radiador, en el espacio que ella había ocupado.

Mi madre decía que todo lo que en algún momento estuvo vivo debía volver a la tierra. Los restos de comida iban al compostador, por supuesto, incluidos la carne y los huesos, a pesar de la extendida recomendación en contra. El papel lo rompía en trozos para que el aire y los microbios circularan libremente entre ellos. Cortaba el algodón, la seda o la lana en pequeños jirones y también los compostaba. Las espinas y la carne del pescado. Paños de cocina de lino. Muy a su pesar, no compostaba los trozos de madera grandes, y suspiraba todo el tiempo por una trituradora. Dejaba que los muebles de mimbre se pudrieran y los enterraba. Citaba a un jardinero del

palacio de Buckingham que había visto una vez en televisión, quien echaba al compostador botas de cuero. Solo era cuestión de tiempo y naturaleza. Cualquier cosa que hubiera vivido podía volver a ser útil, convertirse en nutriente una vez muerto, decía mi madre.

Nunca conocí a nadie que profesara semejante veneración por la tierra.

Agradecimientos

Hemos hecho todo lo posible por encontrar a los titulares de material sujeto a derechos de reproducción. Si alguien tiene información relativa al material sujeto a derechos que se ha incluido en este libro, le rogamos que, por favor, se ponga directamente en contacto con la editorial.

p. 9. Nick Cave y Sean O'Hagan, *Faith, Hope and Carnage,* Text Publishing, 2022. Reproducido con permiso. Elizabeth Hardwick, *Sleepless Nights,* Faber and Faber Ltd., 2019. Reproducido con permiso.
p. 57. Zuzana Justman, «My Terezín Diary», *The New Yorker,* 16 de septiembre de 2019.
p. 107. David Gulpilil, *My Name is Gulpilil,* documental dirigido por Molly Reynolds, Vertigo Productions, 2021.
p. 121. Gustavus Hindman Miller, *10,000 Dreams Interpreted,* Hubbard Press, Northbrook Illinois, 1931.
p. 158. Simone Weil, *Gravity and Grace,* Routledge Classics, Taylor & Francis, 2002.
p. 161. Comentarios de Wynton Marsalis en *Jazz,* dirigido por Ken Burns, PBS, 2001.
p. 172. Elie Wiesel, *All rivers Run to the Sea: Memoirs,* Schocken, 1996.
p. 269. «Everybody Hurts», letra y música de William Berry, Peter Buck, Michael Mills, John Stipe. © Night Garden Music, Universal Tunes, Universal/MCA Music Publishing Pty Ltd. Todos los derechos reservados. Derechos internacionales asegurados. Reproducido con permiso.
p. 272. Molly Keane, *Good Behaviour,* Virago Modern Classics, 2006.

Gracias a Alison Mackay y Richard Morecroft, Alison Manning, Lucy Culliton, Susie y Craig Mitchell, Leslie Solar, la profesora Jakelin Troy, Prue Sargent, Ailsa Piper, Vicki Hastrich, Lucinda Holdforth, Tegan Bennett Daylight. Agradezco a Camilla Nelson y a la Copyright Agency de Australia la financiación de mi estancia en la Universidad de Notre Dame entre 2019 y 2020. Mi agradecimiento también a Ali Lavau, Christa Munns y Peri Wilson, de Allen & Unwin, a Federico Andornino, de Sceptre, y a Sara Schindler, de Kein & Aber. Gracias muy especiales a Jenny Darling y Jane Palfreyman por los consejos que me dan siempre y por su enorme amabilidad durante 2022. Mi cariño y mi agradecimiento a mi hermano y a mis hermanas, por su confianza y apoyo constantes. Por último y siempre, mi agradecimiento a Sean McElvogue, por todo.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento al traductor de la presente edición en español, José Gabriel Rodríguez Pazos, por su lectura perspicaz, su generosidad y su dedicación al arte de la traducción.

«La atención es la forma más rara
y más pura de generosidad.»
Simone Weil

Desde Libros del Asteroide queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El retiro*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que visite www.librosdelasteroide.com y nuestros perfiles de redes sociales, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Charlotte Wood (Cooma, Australia, 1965) es autora de tres libros de no ficción y siete novelas, entre las que destacan *En estado salvaje* (2015), que ganó el premio Stella y el Australian Prime Minister's Literary Award; *The Weekend* (2019), que fue un éxito de ventas internacional, y *El retiro* (2023; Libros del Asteroide, 2026), finalista del premio Booker.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El retiro*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

La liebre y yo, Chloe Dalton
Hotel du Lac, Anita Brookner
Despejado, Carys Davies

Table of Contents

- Primera parte
  - Día Uno
  - Día Dos
  - Día Tres
  - Día Cuatro
  - Día Cinco
- Segunda parte
- Tercera parte
  - Agradecimientos
  - Nota biográfica
  - Recomendaciones Asteroide